

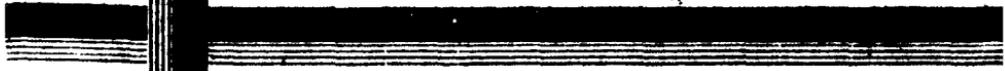
ALFONSO ZAMORA

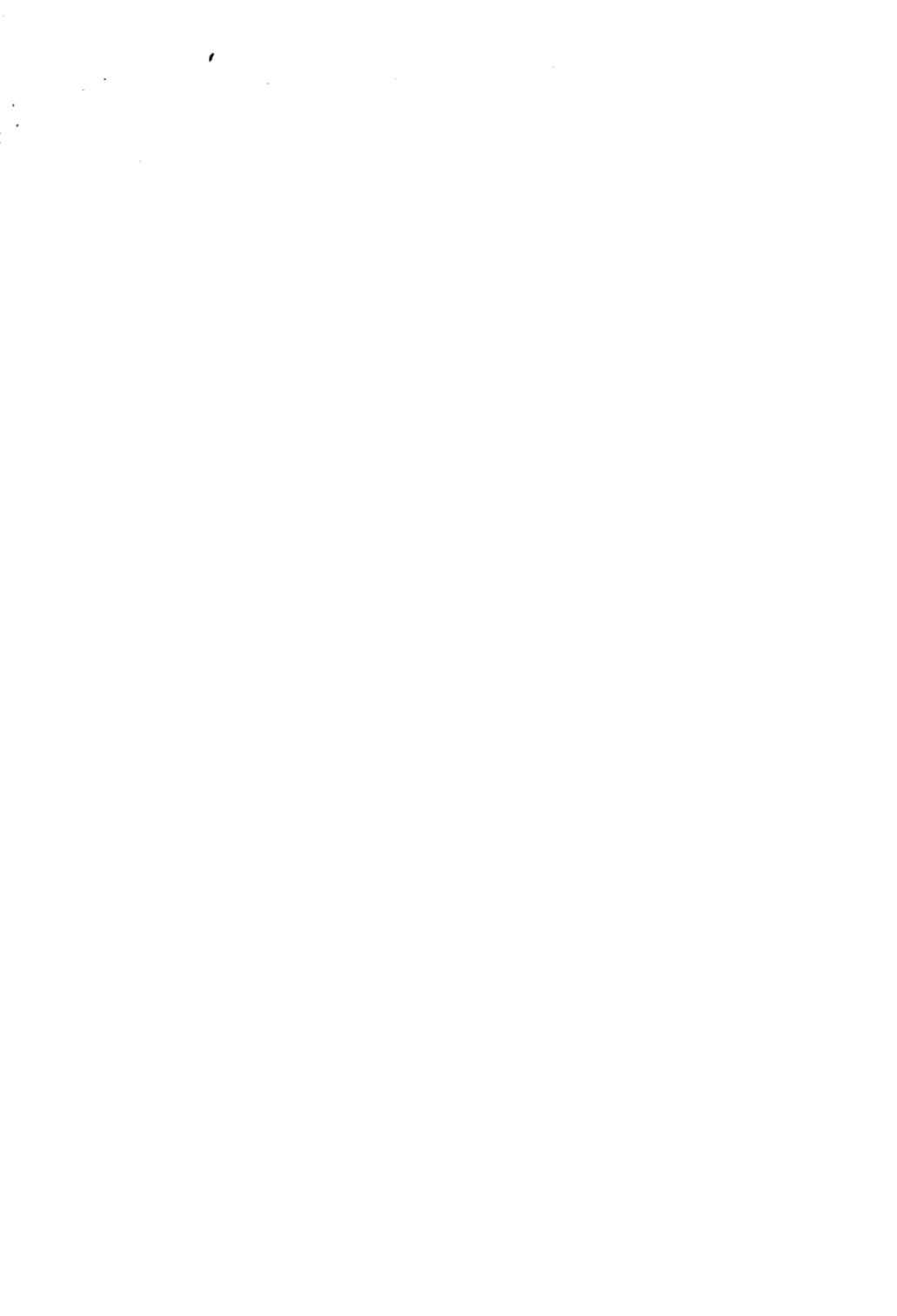
LOS  
MARTIRES



DE

TURÓN





Mimo  
115.€



LOS MARTIRES DE TURON

A-



## A D. Gonzalo Gálvez Carmona,

Inspector de Primera Enseñanza y Caballero de la Orden  
Civil de Alfonso X, El Sabio

*Mi querido y excelente amigo:*

*Porque creo que estas páginas son algo más que un «reportaje» de actualidad, esto es porque considero que en ellas se contiene, además de la narración imparcial y verídica de los hechos que le sirven de fondo, un engarce de noticias y de reflexiones en las que he puesto, a falta de ciencia y arte, todo el calor de mis sentimientos, y, finalmente, porque quiero rendir a usted de alguna manera el tributo de mi devoción; incensurable, y no sé si más adelante se me ofrecerá mejor ocasión, es por lo que no vacilo en aprovechar la presente, dedicándole este pobre fruto de mi desmedrado ingenio.*

*Acéptelo, siquiera por la buena voluntad que pongo en servirle, y no necesitaré más para quedar contento, como quien a la vez que cumple un deber da satisfacción legítima a un anhelo de su corazón.*

*Que Dios proteja a usted y no abandone a su agradecido amigo que tanto le quiere,*

ALFONSO ZAMORA



## PERSONAS QUE HAN PROPORCIONADO DATOS PARA LA COMPOSICION DE ESTA OBRA

Don José Márquez Escudero, abogado y juez municipal de Turón; D. Eduardo Roda Martín, labrador y superviviente de la tragedia; D. Francisco Pérez Vargas, carpintero y superviviente; D. Vicente Vargas Benavides, labrador y superviviente; D. Nicolás Fernández Vargas, labrador y superviviente; D. José Fernández López, labrador y superviviente; D. Manuel Gómez García, sacerdote y superviviente; D. Serafin Fernández Maldonado, comerciante y superviviente; D. José Arance Egea, maestro nacional y superviviente; D. Diego Villegas Martín, superviviente; D. José Cantón Moreno, superviviente; Doña Adela Pérez, viuda de D. José Cassinello, asesinado en Turón; D. Arturo Zamora Romera (+ 13 de Noviembre de 1939), maestro nacional; D. José Montes Sellés, maestro nacional; D. Antonio Castilla, maestro nacional; D. Francisco Mingorance, médico titular de Turón; D. José Rodríguez Pérez, farmacéutico de Murtas; D. Francisco Gil Molina, secretario del Ayuntamiento de Turón; D. José García Roda, secretario del Juzgado municipal de dicho pueblo; y la COMISION PRO-VICTIMAS DE TURON, constituida en Almería y compuesta de los siguientes señores: Presidente, D. Antonio Oliveros Ruiz (hermano de las víctimas D. José y D. Francisco, inmoladas en Turón); Tesorero, D. Alfonso Jiménez Riquelme, superviviente; Secretario, D. Miguel Viciano González, superviviente; y VOCALES, D. José Alemán García (padre de D. José y D. Antonio Alemán Illán, asesinados en Turón); y D. Manuel Romero Bretones, superviviente.



# PREFACIO

**A** principios del verano de 1938 comenzaron a circular por los pueblos de la Alpujarra unos rumores siniestros.

Hagamos, antes de proseguir, una observación importante: En aquellos días, como durante todo el tiempo de la revolución y de la guerra civil, eran frecuentes, diarias mejor dicho, las noticias de carácter prohibido que, sigilosamente, corrían de persona a persona y de pueblo en pueblo por toda la extensión de la zona roja: "Avances victoriosos de las fuerzas de Franco en los diversos frentes de combate", "desbandadas pavorosas de los ejércitos rojos en este o aquel sector", "conquistas de pueblos y ciudades por los fascistas", "terribles bombardeos de la aviación nacionalista en los puertos de Cartagena, Valencia o Barcelona", "hazañas prodigiosas del "Canarias" o del "Cervera"; terror de la navegación marxista", "barcos rojos hundidos o capturados" etc. etc.

Con esos informes de carácter bélico se mezclaban otros de orden político o social o simplemente administrativo, según las circunstancias, reflejos de las vicisitudes por que pasaba el Gobierno rojo a través de la guerra y de la política internacional.

Pero, al par de esas noticias, captadas en su mayoría por aparatos escondidos en cuevas o en pajares, cogidas otras valientemente por funcionarios civiles o militares adictos a la causa nacionalista en los mismos cuarteles y centros oficiales rojos,

circulaban numerosos bulos, fantasías disparatadas, invenciones de la ignorancia, a veces de la maldad, y en ocasiones hasta del buen humor.

Se vivía con el ánimo en tensión continua, pendiente a todas horas de la noticia clandestina, susurrante, misteriosa, que podía llegar por cualquier conducto a levantar el espíritu, a tonificar la fe siempre viva en el triunfo de las armas del Caudillo, que el buen pueblo, en su totalidad, deseaba. “¿Qué se dice?”, “¿Se sabe algo?”, “¿Hay algunas noticias?”, eran preguntas que se repetían al día cien veces en boca de una misma persona.

A principios de verano de 1938—hemos dicho más arriba—comenzaron a circular por los pueblos de la Alpujarra unos rumores siniestros: En la carretera de Turón se estaban cometiendo asesinatos. Una “checa” encargada de los presos políticos llevados a trabajar en la construcción de dicha carretera los iba “eliminando” día tras día por los procedimientos más inicuos y feroces.

Las gentes sensatas rechazaron al principio tales rumores: “¿Eso no puede ser verdad!”, “¿Eso es absurdo!”, se contestaba a los portadores de dichas noticias, no ciertamente porque los hechos revelados en ellas fuesen plantas exóticas al clima moral de las hordas marxistas; se sabía ya mucho de lo que había pasado en Málaga, en Almería, en Motril, en Adra y en tantas otras partes sometidas al terror de los rojos, y no podía, por tanto, sorprender ningún nuevo crimen por monstruoso que fuera.

Lo que motivaba la incredulidad de las personas de buenos sentimientos en este caso, ante las atrocidades que se referían, eran, de una parte, la repugnancia instintiva que produce siempre en el hombre todo hecho contrario a la capacidad moral del alma humana; y de otra, que habían pasado ya aquellos días del dominio desenfrenado de las turbas, en las que la criminalidad es un fenómeno consustancial con la pasión brutal que rige los instintos de las masas, y a la cual deben éstas su razón de ser.

Dirigía entonces los tristes destinos de la zona marxista, en la cual padecían hambre y sed de justicia muchos millones

de españoles inocentes, un Gobierno que se titulaba democrático, que con este carácter se esforzaba en presentarse ante las Cancillerías europeas, y que, para parecerlo así, organizaba la vida interior con simulacros de autoridades civiles encargadas de velar por el orden y de hacer justicia conforme a las leyes.

Por razón de esta apariencia de normalidad pública, los crímenes que se cometían en la carretera de Turón resultaban inexplicables. Se comprendía, desde luego, que los presos políticos condenados a trabajos forzados, lo mismo en este pueblo que en cualquiera otro lugar de la retaguardia "rusófila", no podían ser tratados con la humanidad y el respeto siempre debido a todo ser racional; la incultura característica de los mandos en la zona roja, y la pasión satánica del odio, típica de la doctrina marxista en quienes la profesan, no consentían benevolencia ni piedad para los desgraciados caídos como enemigos en sus manos. Sentadas estas premisas podían admitirse como cosa lógica los malos tratamientos, el hambre, el trabajo duro y agobiador y cuantas penalidades físicas y morales encierra la esclavitud. Todo eso, que no es poco, podía, repetimos, admitirse; pero no el asesinato absurdo, cruel, sin finalidad económica ni moralmente provechosa para la propia causa marxista, nunca el asesinato practicado como divertimento o "sport" macabro precedido del martirio...

Los primeros rumores señalaban ya siete víctimas inmedias estúpida y ferozmente en las hreñas de los montes que rodean a Turón. En días sucesivos fué aumentando ese número a veinte, a cuarenta...

Un día, hacia últimos de Julio, un amigo nuestro, persona digna de entero crédito, se nos acercó y, con voz angustiada y semblante demudado por el espanto, nos dijo sigilosamente:

—;Ya van setenta y cuatro!

—Pero ¿es posible eso?

—¿Posible?... Peor aún: ¡Es cierto!

No cabía duda ya. Tanta persistencia en la repetición de aquellos rumores siniestros en los que la cifra de víctimas era mayor cada día que pasaba y en los que los detalles horripilantes de las ejecuciones se renovaban, acusando nuevas formas de barbarie y de tormento en cada relación, no podía ser ya una

invencción macabrá de la fantasía popular. Había en todo aquello que temerosamente se decía una verdad terrible que ponía índices de pavor en el semblante y temblores de angustia en el corazón.

No había que intentar por aquel tiempo hacer averiguaciones de ninguna clase; la policía marxista, pródigamente extendida por pueblos, aldeas y campos vigilaba celosamente los movimientos de todas las personas calificadas o sospechosas de adhesión al credo nacionalista; y el terror rojo imperante era una amenaza de muerte suspendida siempre sobre la cabeza de todo ciudadano honrado, dispuesta en todo momento a caer sobre ella a la menor indiscreción. Había pues, que permanecer impasibles con quietud y mudez de cariátides soportando la pesadumbre de los acontecimientos, si se quería salvar la vida y no poner en peligro de perderse a los seres más queridos.

Pero el propósito de aclarar algún día tan tenebroso episodio, si la misericordia divina nos permitía sobrevivir al cautiverio rojo, se hizo parte vital de nuestra voluntad, y en ella ha vivido hasta hoy en que, libre España de la garra marxista, por las gloriosas armas de nuestro invicto Caudillo, y liberados todos los españoles, nos entregamos a la tarea de recoger datos sobre aquellos sucesos, interrogando personalmente a los escasos supervivientes de aquellas tristes brigadas de trabajadores formados, que fueron, a la vez que víctimas, testigos de tantas crueldades y de tantos crímenes.

Muchas han sido las dificultades que hemos tenido que vencer para poder llegar al esclarecimiento de los hechos. Los hombres milagrosamente salvados de aquella espantosa hecatombe (fueron más de cien los que perecieron allí) no han podido ofrecernos más que los recuerdos conservados en la memoria. La implacable vigilancia a que vivían sometidos, el rigor espantoso que se ejercía sobre ellos y el celo inquisitorial con que eran observados y examinados todos sus movimientos, actos y palabras les impidió en absoluto tomar por escrito notas ni apuntes de ninguna clase sobre lo que allí ocurría. Y ninguna memoria por feliz que sea puede retener—y sometida a la presión terrorífica de circunstancias como aquéllas, menos aún— los detalles todos de efemérides tan luctuosas.

Por otra parte, repartidos los presos en varias brigadas, los testigos sólo pueden dar noticias ciertas de los hechos ocurridos en la brigada a que cada uno pertenecía y, difícilmente, de lo que sucedía en las demás. Esto ha dificultado enormemente la comprobación de las declaraciones, tanto porque el número de testigos de un hecho determinado resulta así menor, como porque de algunos acontecimientos los informes de unos declarantes, aunque coincidentes en lo fundamental, no concuerdan exactamente con los de otros en detalles que son de importancia para el justo aquilatamiento de la verdad. Por estas y otras causas preciso es confesar también que algunos crímenes han quedado sepultados, acaso para siempre, en el más profundo misterio.

De todas maneras, las páginas que siguen ofrecen al lector una historia lo más completa posible de los crímenes cometidos en Turón, de los cuales, es preciso decirlo aquí, como se dirá también repetidas veces en el curso de la obra, este noble pueblo alpujarreño no tiene la menor responsabilidad ni la más pequeña culpa. El destino lo escogió para escenario de una horripilante tragedia en la cual sus habitantes no han sido más que mudos y espantados espectadores.





PRIMERA PARTE

TURÓN





## CAPÍTULO I

### TURÓN Y SU TERMINO

Turón, a quien una de las checas más crueles que ha padecido España ha venido a dar recientemente una celebridad tristísima que repugna a su tradicional hidalguía de pueblo alpujarreño y cristiano, es un lugar de unos 1.800 habitantes situado en una apacible cañada, a la falda de una de las estribaciones del calar de Valbuena, nudo montañoso, derivación de la Contraviesa, que se alza a más de 1.200 metros sobre el nivel del mar.

Turón es un pueblo de origen muy antiguo; acaso deba su fundación a los colonizadores griegos de la Alpujarra oriental. Por lo menos se sabe que ya existía bajo la dominación romana con el nombre de «Turobriga», según nos dice Pedro A. de Alarcón. En el «itinerario de Antonino», que se guarda en el archivo de la Academia Española de la Historia, y en la relación de las «mansiones» que corresponden al camino de «Cazlona» a Málaga, aparece Turón

con el nombre de «Turániana», a 16 millas de «Virgi» (Berja) y a 12 de «Murgi» (probablemente Murtas). No cabe duda, pues, de que Turón existía ya, nace nada menos que veinte siglos, es decir, que es cinco veces más viejo que Buenos Aires y Nueva York.

De antigüedad tan venerable, el pueblo que nos ocupa, no conserva el menor vestigio. Acaso, pero esto no se ha podido dilucidar aún, algunas de las muchas bocaminas que se descubren en sus contornos tengan tan remoto origen. Y quizás, también, ciertos trozos de sus actuales caminos de herradura, labrados a fuerza de pico en la dura piedra de los montes que lo rodean, se remonten a un pasado tan cargado de siglos. En el pueblo, ni un muro, ni un cimientito, ni una piedra siquiera nos dice nada que traiga al pensamiento la idea de que allí comieron, bebieron, y durmieron súbditos de Augusto o de Trajano. ¡Qué cosa más terrible es el tiempo!

Pero no es lo malo que nada sepamos del Turón «griego» o «romano»; lo peor es que tampoco sabemos cosa alguna del «árabe», lo cual vale tanto como decir que Turón es un pueblo cuya historia no se ha escrito, o si ha sido compuesta por algún autor anónimo, autor e historia se han perdido. Y no hay cosa más triste, tanto para el filósofo como para el poeta, que un lugar sin recuerdos de su pasado.

Hasta la rebelión de los moriscos no se tiene noticia de hecho alguno que a este pueblo se refiera, y lo que de él se cuenta con relación a dicho suceso es también muy poco: «Los del lugar de Turón —dice un cronista de aquel tiempo— recogieron diez y ocho cristianos que allí vivían y por que los morisques no los matasen los acompañaron hasta Adra y los pusieron en salvo con todos sus bienes muebles». Pero pocos días después llegó con una compañía el capitán Diego Gasca, el cual, olvidando aquel acto de generosidad de los turonenses islamitas, cometió tantos abusos que dió motivo con ellos a que los moriscos, irritados, se amotinaron y le dieran muerte. Entonces los soldados cargaron violentamente contra ellos y mataron a ciento veinte, «robaron

el lugar, cautivaron todas las mujeres y niños, y, dejando ardiendo las casas, volvieron a su alojamiento y repartieron la presa». ¡Así paga el diablo!

Turón, o consecuencia de este desastre quedó desierto, y hasta algunos años después, que fueron a habitar sus ahumadas casas las veinte o veinticinco familias de gallegos, leoneses o extremeños que le correspondieron en el reparto de colonos que vinieron a repoblar la Alpujarra, no tuvo otros habitantes que los gorriones que pudieron escapar de la chamusquina provocada por los soldados del malaventurado capitán Gasca.

---

Pedro A. de Alarcón, al hablar de la situación topográfica de este pueblo, tal como se nos muestra actualmente, dice: «...subimos a un empinado monte y ya en lo alto de él, descubrimos que, a la parte opuesta, es decir, a la parte del Mediodía, estaba hendido de alto a bajo por una frondosísima cañada, llena de verdura, de árboles en flor y de seculares higueras...» Aquella fértil y deliciosa cañada sirve como de triunfal avenida a Turón, y desde que se entra en ella, forma uno completo juicio de la riqueza del lugar a que conduce, como las hileras de monumentos y sepulcros de la «Via Apia» anunciaban antiguamente al viajero todo el poderío y majestad de Roma.

¡Fatídica evocación la del insigne literato accitano! Ya no será sólo su hermosa cañada la que anuncie al caminante la proximidad del pintoresco pueblo. ¡También una hilera de cruces señalará en lo sucesivo al viajero el camino de Turón, su trágica carretera, en la cual han sucumbido tantos mártires de Dios y de la Patria!

Todos los pueblos alpujarreños ofrecen perspectivas lejanas que fijan su posición en el cuadro general de la comarca. Turón no se ve desde ninguna parte; es preciso llegar al borde mismo del pozo que forman los cerros que lo circundan para descubrirlo. Entonces se muestra a los ojos

en toda su extensión, y lo vemos del mismo modo que lo verán los pájaros que vuelan de una a otra de las cimas que lo rodean.

La vista de este pueblecito produce en el alma, como la de ningún otro, una sensación de consuelo: es la vista del oasis para el árabe, la de la isia para el náufrago; un refugio, un lugar de salvación.

El pueblo se muestra en un repentino contraste de lo más salvaje y áspero a lo más apacible y risueno. Después de haber atravesado, con el alma entristecida por la soledad y el ánimo sobrecogido por el temor, las quebraduras y barrancadas de sus áridos calares, de pronto, cuando nos se espera, descúbrese una extensa hondonada y en medio de ella, la blanca masa de un poblado, en el que se destaca sobre las demás edificaciones la fábrica de la iglesia parroquial coronada de elegante y agudo campanil.

El pueblo se tiende en figura geométrica de polígono casi regular en la suave ondulación del terreno que forman las dos vertientes de la cañada, cuyo cauce, canalizado, lo cruza de Este a Oeste. Algunas miniaturas de huertos y jardines lo rodean, en los cuales verdean milagrosamente algunos frutales y plantas de adorno, como lucen por arte de una economía rayana al sacrificio ciertas familias venidas a la pobreza el brillo de su antiguo señorío. Tal es la escasez de agua que se padece en Turón.

Las casas—a excepción de una media docena, que revelan, ya que no arte, sí cierta disposición en sus líneas y algo de la desahogada posición económica de sus dueños en la limpieza y adorno de sus fachadas—son pobres, pero no miserables. La pobreza tiene también su carácter, que es modesto o humilde, pero que nunca ofrece la sordidez horrorosa de la miseria. Esta no se conoce en Turón, como tampoco en ningún otro pueblo de la Alpujarra.

Las calles son estrechas y tortuosas, pero no tan malas como las de otros pueblos donde apenas se puede dar un paso seguro en ellas. (Esto lo afirma quien ha pasado por las calles de Sorvilán tocando un clarinete). Por las

de Turón, diga lo que quiera D. Pascual Madoz, se puede andar cómodamente y sin ningún peligro.

La iglesia de Turón, único edificio de carácter monumental que se encuentra en el pueblo, parece ser obra de comienzos del siglo XVII. Su estilo arquitectónico es sencillo, sin adorno ninguno en la fachada, pero en su conjunto ofrece la firmeza y esbeltez del estilo mudéjar. Interiormente es de una amplitud considerable. Consta de una nave central muy espaciosa y dos laterales de menores dimensiones, separadas por recias pilastras de gran elevación que mantienen la techumbre abovedada.

Antes de la revolución poseía esta iglesia un magnífico y valioso retablo, que ocupaba todo el testero del altar mayor, donde se veneraba la imagen de San Marcos, obra también de algún valor artístico. Había, además, en las naves laterales otras capillas con imágenes y retablos más modernos, un buen órgano, varios cuadros antiguos y una importante colección de exvotos, algunos de mucho precio.

Todo eso ha desaparecido completamente. No queda ya en este templo vestigio alguno de esas cosas, ni la más leve señal siquiera de devoción ni de culto. Todo ha sido destruido y borrado por la horda roja.

Además de la iglesia parroquial hay en Turón varias ermitas, entre las cuales la más importante es la de San Marcos, que es casi una iglesia por su dimensiones. Esta ermita se halla en una eminencia desde la cual se domina todo el pueblo y sus alrededores en un golpe de vista sumamente pintoresco; se asciende a ella por una empinadísima calzada.

---

Turón corresponde al partido judicial de Ugíjar; su término municipal confina al N. con los de Beninar y de Murtas; al O. con el de este último pueblo; al S. con el de Adra, y al E. con los de Berja y de Beníjar nuevamente. Estas tres últimas poblaciones son de la provincia de

**Almería, de donde se deduce que Turón se halla al S.E. de la de Granada, a la cual pertenece.**

Nada más caprichoso, al menos en apariencia, que las divisiones territoriales hechas por la Administración pública. El término municipal de Turón es un ejemplo; su figura es la de un muslo de pollo, poco más o menos, pero un muslo con más hueso que carne, aunque ésta, por cierto, de las más sabrosas. Queremos decir con esa metáfora que el término de Turón contiene mayor extensión de terreno inculto que de tierra laborable, si bien ésta, de las más productivas de la Contraviesa.

Como todos los pueblos de la Alpujarra, a excepción de los que festonean el litoral, Turón, según ya hemos dicho, se halla entre montañas. Al Mediodía tiene el calar de su nombre, y al Poniente el de Valbuena, grandes masas pequeñas cubiertas, en lo que consiente la piedra, de monte bajo, que sirve de pasto al ganado y de leña a los habitantes del término.

De esos calares arrancan, escalonadas en todas direcciones, formando ramales a modo de estribos o raíces de dichos núcleos montañosos y determinando las cuencas de numerosas ramblas, barrancos y cañadas, varias series de lomas, rojizas unas y grises otras, de tierra arcillosa o caliza que constituyen el terreno laborable, plantado en toda su extensión—lo que acredita la extrema laboriosidad de los turonenses—de viñas, almendros e higueras. Estas mismas tierras, cuya producción más importante la constituyen los higos, el vino y las almendras, rinden también en los años que no son demasiado secos buenas cosechas de cereales y de legumbres, que cubren cumplidamente las necesidades de toda la población del término.

Esta se halla repartida, a excepción de la parte que vive en el pueblo, en multitud de cortijadas y caseríos diseminados por el campo, forma la más general de distribución de la población humana en toda la Contraviesa.

Los nudos montañosos de los calares ya dichos y el

profundo cauce de la rambla llamada de Turón dividen la parte productiva y habitable del término en varios sectores o parajes, en los que aparecen más o menos agrupados los cortijos o caseríos en que vive la población exclusivamente agrícola. Los más importantes de estos lugares son los de Diétar, Los Llanos, Los Pozuelos y Huarea.

Entre esas cortijadas merece especial mención la última, o sea la de Huarea o Guarea. La ortografía de esta palabra, como todo lo que a este lugar se refiere, se presta a muchas confusiones: se escribe «Huarea» y se pronuncia «Guarea». En esa cortijada, cuyo nombre más general es «Los Moras», y también «El Pozo» (vayan ustedes anotando datos) se juntan cuatro términos municipales, tres partidos judiciales y dos provincias, y entre todos se reparten las cuarenta o cincuenta casas del lugar, pero de una manera tan a la rebatiña que hay casa en la que, al pasar de una habitación a otra, se pasa, no solamente de un término municipal a otro, sino también de una a otra provincia.

Consecuencia de lo dicho es que en esta cortijada hay siempre nada menos que cuatro alcaldes pedáneos, a cual más celoso por la emulación de los fueros y dignidades del cargo.

No sabemos, por otra parte, cómo se las compondrá el Fisco de esos cuatro Ayuntamientos condueños del lugar para repartirse la lana de las pobres «ovejas» de Huarea, ni qué equilibrios tendrán que hacer éstas para que no las desuellen entre tantos alcaldes mayores y menores, entre tantos jueces y fiscales y entre tantos recaudadores de contribuciones, de cédulas, de consumos, etc. etc.

Volviendo a la geografía de este término cuyo relieve orográfico queda bosquejado, diremos que, aunque surcado el terreno por una infinidad de cauces de barrancos y ramblas, el agua es tan escasa que apenas basta para calmar la sed de los moradores de Turón y sus cortijos. El pueblo tiene dos fuentes públicas de no muy abundante caudal; los habitantes de los cortijos tienen que buscar el agua en el fondo de las cañadas, esarbandando a veces la tierra para

aflorar uno que otro hilito del preciado líquido que les libre de morir abrasados por la sed.

No hay, por tanto, tierras de regadío en el término de Turón; todo el cultivo en él es de secano. Las ramblas y los barrancos, secos en todo tiempo, se convierten en torrentes espantosos de aguas cenagosas cuando las tormentas descargan su furia sobre las cimas de los calares; pero a las pocas horas de haber llovido, todo vuelve a quedar tan enjuto como antes.

El clima de Turón es suave y seco; aunque más expuesto el pueblo por su orientación a los vientos fríos del Norte que a los cálidos del Mediodía, su escasa altitud geográfica y el cerco de montañas que lo rodea lo libran de los rigores del cierzo invernal y de la flama ardorosa de los solanos caniculares. Estas cualidades de templanza, sin cambios bruscos, unidas a la característica sequedad del ambiente en todo tiempo hacen del clima de Turón uno de los más sanos de la Alpujarra. Por esto los turonenses disfrutaron siempre de una salud envidiable, y no mueren hasta que se caen de puro viejos.

Turón no tiene actualmente más que una carretera a la que lo une a Berja. El problema de las comunicaciones ha sido siempre el de solución más difícil para todos los pueblos alpujarreños. Un kilómetro de carretera en la Alpujarra es de construcción costosísima por los grandes desmontes y por las numerosas obras de fábrica que requiere; y luego, la utilidad pública de estas vías, relativamente escasa.

La carretera de Turón a Berja mide unos 22 kilómetros y pasa por Benínar. Turón, pues, en comunicaciones se viste con lo prestado por una provincia que no es la suya; y los turonenses para ir en coche desde el pueblo a Granada, que es su capital, tienen que pasar, dando un gran rodeo, por tierras y pueblos de la provincia de Almería.

En la actualidad tiene en construcción otra carretera —¡ay! la trágica carretera de Turón a Murtas— de la cual hablaremos en capítulo aparte, que, una vez concluida, lo

pondrá en comunicación directa con Granada. Además de esas vías. tiene en proyecto un camino vecinal que lo enlazará con Adra.

Fuera de eso, Turón no tiene hoy más que los antiguos caminos de herradura que tuvo siempre, y como tales, malísimos, practicables únicamente para la arriería, avizada a transitar de día y de noche por las quebraduras y precipicios de la Alpujarra.

## CAPITULO II

### COSAS NOTABLES DE TURON

Turón tiene fama en toda la Alpujarra y fuera de ella por dos cosas: Por sus higos y por su patrón San Marcos. Justo es que al hablar de este pueblo dediquemos a ambas algunas líneas.

Por sus higos, el nombre de Turón, lo pronuncian ya con la extraña fonética de sus lenguas respectivas, ingleses, franceses, yanquis, alemanes, escandinavos y no decimos rusos, porque éstos, mientras no cambien de régimen político, no merecen comer higos de Turón.

«Son más chicos que los de Smirna»—diría el autor de «La Alpujarra»—y mayores que los de Cosenza y, por su delicadeza y dulzura, recuerdan los de Tusculum tan celebrados por el cónsul M. T. Varrón en su libro «De re rústica» y tan apreciados todavía en los mercados de Roma con el nombre de «Higos de Frascati». «Macrobio», «prefectus cubiculi» de Teodosio el Joven, hace notar en sus curiosísimas «Saturnales» que la higuera es el único frutal que no echa flores, y luego clasifica a la «higuera blanca» entre los ár-

boles de buen agüero, y a la «higuera negra» entre los árboles fatídicos protegidos por los dioses del Averno».

Los higos que Turón produce para el mercado, así nacional como extranjero, son los blancos, pero de una variedad, entre las muchas que de este color se conocen, que podemos calificar de «autóctona», por lo que, a nuestro juicio, debieran catalogarla los botánicos, si es que no lo han hecho ya, con el nombre de «Ficus turoniensis» para diferenciarla del «Ficus carica» de Linnæo, que no puede ni mucho menos compararse con aquella. Donde hay un higo de Turón tienen que callar todos los demás higos del mundo, porque no hay nada en su género más exquisito.

Las variedades negras o de otro color, que se dan con igual lozania que la blanca en las cumbres y laderas de los montes de Turón, no han tenido hasta ahora aceptación en el mercado extranjero, no sabemos si por desidia de los productores turonenses, o porque los ingleses y demás gente de allende los Pirineos y el Atlántico hayan tomado en serio la ocurrencia de Macrobio, y no quieran tratos con los «spiritus infernales».

Como quiera que ello sea, nosotros creemos que algunas de esas variedades de color son dignas de mejor suerte; de modo especial la llamada vulgarmente de «calabacilla», que nosotros no podemos menos de calificar de «regalo del gusto» por su sabor incomparable, que supera y no poco al del higo blanco. La particular predilección de que son objeto los higos de calabacilla por parte de los gorriones, golosos catadores de todas las frutas, nos induce a creer que sean de la misma variedad que los griegos llaman «calistrutias», y de los que, según cuenta la Historia, (nosotros nos lavamos las manos) Albino, aquél célebre general africano, rival de Septimio Severo, se comía «quinientos» (no sabemos si secos o frescos) en el desayuno.

Hasta no hace muchos años los productores alpujareños ponían sumo cuidado en la selección de los higos para su presentación en el mercado. Después de recogidos de los «paseros» los clasificaban escrupulosamente, sepa-

rándolos unos de otros según su calidad, de lo que resultaban tres clases de higos llamados de «primera», de «segunda» y de «tercera». Estos últimos servían para alimento del ganado; los de segunda, para el consumo del país; y los de primera, para la exportación. De esta manera, iban al mercado exterior higos muy selectos que por esto alcanzaban un crédito extraordinario.

El pueblo de Turón, especialmente, se distinguió en esta labor de selección de sus frutos, lo que unido a la indiscutible superioridad de los mismos, hizo que su nombre fuera garantía de calidad dentro y fuera de España, y que en una Exposición de productos nacionales celebrada en Madrid en la última mitad del siglo pasado los higos de Turón obtuvieran una medalla de honor.

Durante la guerra europea de 1914-18, la demanda de higos, como es de suponer, fué extraordinaria; los precios que alcanzaron no menos extraordinarios también. Los productores turonenses, como los de toda la Contraviesa, hicieron por aquellos años su agosto, y sus «Agostos» también en el sentido literal de la palabra, porque es en este mes del año, precisamente, cuando se recogen los higos. Por entonces, la demanda excesiva de una parte, y la codicia sin escrúpulos de otra, fueron motivos de que se enviasen al mercado los higos malos revueltos con los buenos, como se comprende con grave perjuicio de la calidad del producto y, por consiguiente, con daño de su crédito. Esta falta de honradez comercial trajo al remate la correspondiente quiebra, cuyos efectos, a pesar del tiempo transcurrido, se sienten todavía.

Para ser fieles a la verdad conviene decir ahora que no todos los higos que se venden dentro y fuera de España con la marca de «Higos de Turón» son de Turón precisamente. No habría espacio para tantas higueras como serían menester en toda la extensión de la Contraviesa. Con esto ocurre lo mismo que con otras muchas cosas. Ejemplo: Si todos los jamones que se venden en el mercado con la marca de Trevélez tuvieran que criarse en este pueblo, sus ha-

bitantes no podrían hacer otra cosa que guardar marranos.

Aparte el engaño o fraude deliberado, y punible desde luego, de ofrecer al consumidor higos de otras regiones españolas o extranjeras con la denominación y marca mencionadas, van a todas partes mezclados, confundidos con los de Turón, higos de Murtas, de Albondón, de Albuñol y de otros pueblos de la Contraviesa, sin que en esta mezcla haya engaño alguno para el comprador. Y esto es así, porque los higos de esos pueblos son de la misma calidad que los de Turón su zona de producción en general la misma, también, pues la naturaleza, desdeñosa siempre con los caprichos o conveniencias de los humanos, sobre todo, los de división territorial, sólo atiende a las condiciones climatológicas y fisicoquímicas de los terrenos para dar color, olor y sabor a sus frutos. Y en este caso son las lomas de la Contraviesa, no sólo las comprendidas en el término municipal de Turón, sino también las de todos los demás términos enclavados en esa cordillera, las que nos regalan con los higos exquisitos que ingleses, franceses, alemanes, etc. llaman en sus lenguas bárbaras «higos de Turón».

No vean los turonenses en estas líneas menoscabo ninguno para el crédito de sus «ilustres higueras» como Alarcón las llama con mucha justicia, pues nadie podrá arrebatarse a sus frutos la fama que tienen, y a cuya sombra medran como hemos visto, honradamente por cierto, otros pueblos de la Alpujarra.

---

San Marcos Evangelista es el patrono celestial de los turonenses. Entre todos los pueblos alpujarreños, Turón se ha distinguido siempre por la honda religiosidad de sus habitantes. Mientras en otros lugares —más expuestos que éste, desde luego, a los ataques de la impiedad— las prácticas de la devoción y del culto han visto disminuir el fervor de sus adeptos, en Turón han encontrado siempre la máxima veneración y asistencia.

Las fiestas en honor de San Marcos se celebran el día 25 de Abril. Como un día solo no da espacio suficiente para desarrollar todo el programa de festejos con que los fieles desean honrar a su Santo y divertirse ellos también, hacen fiesta la víspera, y a veces, cuando se quiere dar mayor solemnidad y esplendor a dichos festejos, también la antevispera.

La parte religiosa de estas fiestas puede reducirse en su aspecto popular a dos actos solemnísimos: Una misa mayor con todo lujo de ceremonias y de ornamentos y con acompañamiento de órgano y banda de música, y una procesión con la imagen del Santo en valiosas andas de madera y plata, acompañada de estandartes, clero, hermandades y banda de música, durante la cual se disparan infinidad de cohetes y se queman muchos y variados juegos de piroecnia.

A ambos actos concurre todo el pueblo con sus mejores trajes y gran número de forasteros que acuden a Turón en esos días, unos a rendir tributo de gracias al Santo por mercedes recibidas, y otros sencillamente a divertirse.

Los festejos de carácter puramente profano son muy diversos, y su número y lustre dependen de la mayor o menor amplitud que los recursos económicos permitan dar a las fiestas de cada año. Pero por limitadas que sean nunca faltan en ellas las dianas, las retretas y los conciertos populares, todo, como se ve, a costa de la banda de música, cabeza de turco de todos los números del programa. Los alpujarreños son tan devotos de Orfeo como de sus santos titulares, y en Turón, lo mismo que en los demás pueblos de la Alpujarra, como no haya banda de música no hay festejos ni fiestas que contenten a nadie.

Unos y otras tienen siempre por remate obligado el tradicional castillo de fuegos artificiales con el indispensable «trueno gordo», morterazo final que mantiene en suspenso los corazones de los espectadores antes del estallido. Este morterazo es la orden terminante de irse a la cama los de

casa y el «Vayan ustedes con Dios», no menos terminante, dado a los forasteros.

Un número tradicional y muy celebrado que, desgraciadamente, ha caído en desuso, abolido como tantas otras cosas por el «progreso», era en casi todos los pueblos de la Alpujarra el de «moros y cristianos», pantomima bélica muy divertida en la que con gran gasto de pólvora y lujo de vestimentas a usanza mora y cristiana, se remedaba un combate en el que menudeaban, con los tiros, las arengas, los discursos y los retos, todo ello en romances compuestos con mucha propiedad por autores populares anónimos.

---

La devoción de los turonenses hacia su Santo ha sido siempre de lo más edificante y ejemplar que puede imaginarse. A esta devoción ha correspondido indudablemente la protección divina por la intercesión de San Marcos con singulares milagros en favor del pueblo y de sus devotos moradores.

La fama de milagrosa que por estos beneficios alcanzo la imagen venerada en Turón se extendió muy pronto por toda la Alpujarra y fuera de ella; y miles y miles de criaturas necesitadas de auxilio divino elevaron sus pæces y sus súplicas al Santo titular de este pueblo para venir luego en largas peregrinaciones a rendir sus gracias y sus votos a los pies de la sagrada imagen.

La poesía popular, con el candor, la gracia y el sentimiento que pone siempre en sus creaciones, ha embellecido las tradiciones piadosas en todos los lugares del mundo. Los turonenses guardan entre sus leyendas locales algunas de esas tradiciones, de las cuales vamos a narrar una por la agudeza y encanto que a nuestro parecer encierra.

Extendida por toda la Alpujarra, en virtud de sus muchos milagros, la fama de la imagen venerada en Turón, algunos pueblos alpujarreños sintieron (preciso es decirlo) una gran envidia hacia los turonenses por la posesión de

tan preciado tesoro, y quisieron arrebatarlo a éstos. Pero no se podía pensar en la fuerza de los brazos ni en la de las armas para tal empresa sin contar de antemano con que habrían tenido que dejar sin vida, tendidos en las calles del lugar, a todos sus moradores, antes de conseguir su intento; es decir, que para llevarse la imagen por las malas habrían tenido que matar primero a tres o cuatro mil turonenses, y esto era cosa demasiado seria.

Albuñol, cabeza de partido —o lo que fuera— entonces, con jurisdicción, a lo que parece, sobre Turón, hizo de esta condición jerárquica algo así como derecho de primogenitura, y, valiéndose del expedienteo, logró, no sabemos si con buenas o malas artes, pues no hemos podido leer la pieza documental del proceso para aclarar este punto, que se le reconociera el derecho de posesión de la referida imagen y su traslado a la propia iglesia parroquial.

Los turonenses no pudieron impedir este legal despójo, y como la ley es la ley, y ellos son muy respetuosos siempre con las disposiciones legales, llenos de dolor y con los ojos arrasados de lágrimas, vieron un día salir de la iglesia a su querido Santo, llevado en andas por unos hombres enviados de Albuñol para tal efecto.

Pero en todo este proceso se había cometido una omisión gravísima que lo invalidaba completamente desde el primer apuntamiento hasta el fallo: y fué que no se había consultado la suprema voluntad del Santo para nada. Y San Marcos, por lo que resultó luego, quería permanecer en Turón recibiendo la adoración de sus devotísimos habitantes, a los que de modo especial protegía.

Fuera ya del pueblo con su sagrada carga los portadores de la imagen, comenzaron a subir la asperísima pendiente con que comienza el camino que conduce a Albuñol. «Cuesta de la Amargura» ¡ay! se llamó después a esta trágica pendiente. Aquel día lo fué con dolor de corazón para los turonenses que iban a despedir a su querido Santo, y que tras él marcharon hasta lo alto de la loma donde ya se pierde de vista el pueblo y sus poéticos contornos.

Nada ocurrió hasta que la comitiva estaba ya para dominar la cumbre... cuando, de pronto, comenzaron a sentir los portadores de la imagen que ésta aumentaba en peso cada vez más, y que este peso, creciendo, creciendo por momentos a medida que avanzaban, vino a hacerse insostenible al llegar a la cima. Allí resolvieron depositar la sagrada carga en el suelo para descansar un poco y así lo hicieron.

Luego, recobradas las fuerzas, cargaron de nuevo con el Santo, pero al intentar continuar la marcha el peso creció otra vez de tal manera que de nuevo sintieron flaquearles las piernas y tuvieron que volver a dejar la imagen en tierra. Varias veces más repitieron el intento y todas con el mismo resultado.

—¡Milagro! ¡Milagro!— gritaron entonces algunos fervorosos turonenses que se percataron del extraño acontecimiento.

—¡El Santo no quiere pasar de aquí!— exclamaron otros, iluminados por la fe.

—¡Al pueblo otra vez con él!— gritaron ya todos a una con ardiente resolución.

Y cien brazos se agarraron a las andas y levantaron la imagen, que entonces se ofreció liviana como una pluma, y volvieron con ella a Turón.

Los de Albuñol se fueron mohinos y acobardados.

Para conmemorar este milagro los vecinos de Turón pusieron una cruz en lo alto del cerro donde ocurrió el suceso, lugar que desde entonces se conoce con el nombre de la «Cruz de San Marcos».



## CAPITULO III

### ESTADO SOCIAL Y POLITICO DE TURON AL ESTALLAR EL MOVIMIENTO

Turón, en el orden político y social, ha seguido la misma suerte que los demás pueblos de la Alpujarra: igual sosiego en tiempos de paz, idénticas inquietudes en horas de agitación y de revuelta. De una manera general, la historia de Turón, en lo que va del presente siglo hasta el 18 de Julio de 1936, está comprendida en la historia de los demás pueblos alpujarreños.

En tiempos anteriores al advenimiento de la dictadura «primorriverista» no conocen éstos las preocupaciones ni desasosiegos de las luchas políticas; tampoco saben nada de problemas sociales. Pueblos exclusivamente agrícolas, el afán del trabajo en forcejeo continuo con la tierra es la pasión dominante, la nota característica de su vida. El ambiente de orden en que desarrollan sus actividades fecundas no se presta a otras manifestaciones.

Fuera de la región alpujarreña luchan los partidos políticos en una batalla sin tregua. En el mismo campo mo-

nárquico, representando la eterna fábula de los «Conejos», viven en continua discordia los partidos liberal y conservador con variedades más o menos acentuadas de «caudillaje» personal, nocivas, no sólo al crédito de los mismos partidos, sino al supremo interés del régimen. Al margen de éste y en lucha directa contra él, van creciendo de manera prodigiosa los partidos republicano y socialista: el primero, muy antiguo, herido de muerte con la Restauración borbónica, cobra repentinamente un vigor extraordinario a partir del desastre colonial; el segundo, nuevo en la palestra española, va ganando cada día mayor crédito en las masas populares y haciendo cada vez más graves e inminentes los peligros con que amenaza, no sólo a la Monarquía, sino, lo que es peor aún, a los mismos fundamentos de la sociedad.

En medio de esta barahunda política, la Alpujarra es un remanso de paz; el sordo estrépito de la contienda que se desarrolla más o menos violentamente al otro lado de sus montañas no llega a ella. Mientras en el resto de la nación, los españoles, divididos en bandos, riñen unos con otros y se disputan la supremacía del poder público, lo mismo en villorrios que en ciudades, los alpujarreños viven tranquilos, entregados al trabajo fecundo, que es manantial de vida y de hermandad. (Este beneficio, como otros muchos de los cuales hablaremos algún día con la debida extensión, si Dios da lugar a ello, lo debe la Alpujarra a uno de sus hijos más ilustres: a D. Natalio Rivas).

Pero viene luego la dictadura de Primo de Rivera arrojando por la borda a todos los políticos del llamado «antiguo régimen», y con ella, las horas preñadas de preocupaciones políticas para los alpujarreños.

Los pueblos caen en manos de comisiones gestoras y de delegados gubernativos que no saben gobernar ni administrar la vida de los municipios, por falta de experiencia en unos casos y por sobra de bajas pasiones en otros. Una preocupación singularmente curiosa domina a los nuevos caciques: la de ver delincuentes en todos los que han ejercido alguna autoridad o desempeñado algún empleo público

durante el régimen fenecido. Movidos de esta preocupación, no sólo destituyen y dejan cesantes a rajatabla a todas las autoridades y funcionarios que encuentran, sino que encarcelan y persiguen a todas las personas de algún relieve que se han significado por su adhesión a la política de D. Natalio Rivas o, simplemente, por su amistad a este señor.

La Dictadura cayó y vino la República. Con el régimen republicano se enciende más la hoguera de las pasiones políticas en la Alpujarra. Esta región no se diferencia ya en nada de las demás regiones españolas a este respecto. En los pueblos alpujarreños ha penetrado ya el virus marxista, y la lucha de clases, como sistema político, plantea sus problemas nuevos y raros a las autoridades y a la conciencia pública, problemas que no hay manera de resolver, porque no responden a cuestiones de índole individual ni local, sino a exigencias de la táctica revolucionaria, porque no son, en fin, sino eslabones de una cadena que tiene su término en la Revolución social y en la «Dictadura del proletariado».

A Turón trajeron el veneno marxista unos mineros procedentes de Linares, Figols y otros puntos. No encontraron estos «apóstoles» muchos adeptos al principio, porque Turón era un pueblo muy apegado a sus antiguas tradiciones, de costumbres sumamente austeras y de honda raíz gambre religiosa. Pero la propaganda sin freno de los dirigentes revolucionarios, apoyada en bastantes casos por las autoridades locales, y el ejemplo cada día más elocuente de subversión social que ofrecían los demás pueblos, dentro y fuera de la Alpujarra, acabaron por seducir completamente el espíritu de una parte de la clase obrera con la promesa de un reparto general de bienes que había de permitir a todos «vivir sin trabajar».

En estas circunstancias, los lazos de hermandad que antes unían a todos los vecinos en un concierto permanentemente de voluntades, de respeto mutuo y de cristiana convivencia, fueron poco a poco relajándose y rompiéndose, hasta dejar al pueblo dividido en dos bandos forzosamente enemigos uno de otro: izquierdas y derechas, pobres y ricos.

montescos y capuletos, que no podían encontrarse en la calle sin cruzar miradas de venganza y odio.

Organizados los elementos marxistas en partidos de denominaciones diversas, pero de doctrinas y procedimientos comunes, sus directivos, constituidos en comités de acción permanente, daban a los afiliados las normas de lucha contra sus «enemigos», todas encaminadas al ataque directo y sistemático contra la propiedad, contra las personas que no les eran gratas y contra la religión; es decir, contra todo aquello que antes había sido, dicho sea en términos de filosofía escolástica, forma sustancial de la vida turcnense.

Jornales elevados, horas escasas de trabajo, labores abusivas «al tope», alojamientos de obreros, toda la gama, en fin, de procedimientos ideados para derrumbar la economía privada, sin la compensación debida a la utilidad pública con un esfuerzo adecuado a las necesidades de la producción en general. Contra las personas, la falta de todo respeto, las injurias, las amenazas, las persecuciones, las multas y los encarcelamientos. Contra la religión, la impiedad, el sacrilegio y el escarnio.

Las elecciones del 16 de Febrero, dando más o menos francamente el triunfo a las fuerzas del llamado Frente Popular, agravaron de modo repentino la situación, penosísima ya, de los elementos de derechas, que hasta ese día habían estado aguantando con más o menos dificultades, la ofensiva de sus enemigos. La constitución inmediata de un Ayuntamiento compuesto de lo más ignorante y fanático de las huestes marxistas hizo recaer todos los poderes en manos de las fuerzas puestas al servicio de la revolución.

Por entonces se estaba en los comienzos de la construcción de la carretera a Murtas, de la trágica carretera que, dos años después, habían de regar con su sangre tantos mártires. Los directivos izquierdistas, al hacerse completamente dueños de la situación, prohibieron trabajar en ella a aquellos obreros que no estaban afiliados a sus partidos. Era este el primer ataque a fondo contra los intereses

generales de la población en masa, que produjo gran exaltación en los ánimos.

Como estos obreros no sindicados, que constituían un número muy respetable, se negaran a renunciar a sus derechos, el teniente alcalde se presentó en el trabajo con la Guardia civil y les obligó a dejar las herramientas y a volver a sus casas. Este atropello, que no iba dirigido ya contra los «ricos» sino contra los mismos obreros, contra el pueblo en general, por un afán sectario, provocó un conato de motín que hizo venir a Turón al teniente de la Guardia civil, jefe de la línea, el cual pudo de momento restablecer el orden.

Algunos días después, la minoría marxista dominante en el lugar cometió otros atropellos más de carácter público, tratando de impedir por medio del terror y de la fuerza que se celebraran las ceremonias rituales de Semana Santa: arrojaron unos petardos en la iglesia cuando ésta estaba llena de fieles y encarcelaron a muchas señoras al salir de los oficios divinos. Por si esto fuera poco, prohibieron luego que se celebraran las fiestas tradicionales de San Marcos, y aunque lograron privar al pueblo de estos festejos, no pudieron evitar que las mujeres de Turón sacaran en procesión la imagen del Santo. Estos sucesos, como se comprende, vinieron a irritar más los ánimos y a hacer más hondo el abismo entre los dos bandos en que estaba dividido el vecindario.

A tal grado de excitación llegaron los espíritus que algunas familias tuvieron que abandonar el pueblo para refugiarse en lugagres que ofrecieran más seguridades de vida a las personas, amenazadas ya de muerte. El párroco fué obligado a marcharse en un plazo perentorio de horas. Los vecinos que no pudieron dejar sus hogares tuvieron que hacer vida de reclusión en ellos para excusar todo encuentro posible con sus enemigos.

De esta suerte, Turón conoció por aquel tiempo todas las inquietudes y pasó por todas las pruebas de indisciplina social con que la anarquía reinante entonces afligía a

los pueblos españoles, singularmente a los del medio rural donde el vacilante Poder público no alcanzaba ya a ofrecer garantías de orden ni de respeto a ninguna ley humana ni divina.

En estas circunstancias llegó el 18 de Julio de 1936.

La noticia del Alzamiento se recibió en Turón por radio, la noche del mismo día 18. Toda aquella noche y el día siguiente, el pueblo entero, como toda España, vivió bajo la tensión nerviosa más extraordinaria, esperando el resultado de un acontecimiento tan transcendental para la suerte de la nación, presa en las garras de la anarquía.

Los informes que llegaban de hora en hora, eran contradictorios, según su origen y la incertidumbre más angustiosa se reflejaba en todos los ánimos. Izquierdas y derechas eran presas del mismo desasosiego, fluctuando entre la esperanza y el temor.

El día 20, el comandante del puesto de la Guardia civil, cabo D. José Fernández Ortega, con la fuerza a sus órdenes, declaró el estado de guerra, destituyó el Ayuntamiento existente compuesto de socialistas y comunistas, y nombró otro formado con elementos de derechas.

Este cambio produjo gran satisfacción en el pueblo, puesto que llegaba en horas de verdadera angustia a asegurar rotundamente el orden. Pero este contento duró poco, pues al día siguiente la Guardia civil, cumpliendo órdenes de la Superioridad, tuvo que salir de Turón para concentrarse en Albuñol, y el pueblo quedó sin más custodia que la de unos cuantos paisanos, la mayoría sin armas, porque éstas las habían recogido meses antes los socialistas. Estos, ausente la Guardia civil, se rehicieron, y en seguida pidieron auxilio a su cofrades de Berja, donde, como en Almería y en todo el litoral, los rojos se habían hecho dueños de la situación.

Tres o cuatro días después, el 25 de Julio, fiesta del

Apóstol Santiago, llegaron a Turón en varias camionetas unos trescientos milicianos rojos, procedentes de Berja, rodearon previamente el pueblo y luego se lanzaron al asalto. El guarda municipal Juan López Rodríguez les hizo frente al grito de «¡Viva España!» y se entabló un tiroteo, de resultas del cual quedó muerto el comunista Nicolás López Jiménez, alias «Reculta», herido gravísimamente el guarda referido, y con lesiones menos graves Antonio López Roda y dos o tres hombres más, todos del bando derechista.

Los rojos, más numerosos y mejor armados que sus contrarios, salieron triunfantes del encuentro, se apoderaron del lugar, detuvieron a las personas más caracterizadas de derechas que pudieron encontrar en él, saquearon algunas casas y, finalmente, establecieron el régimen comunista bajo la autoridad de un comité, dueño absoluto de vidas y haciendas. Hecho esto, los milicianos forasteros se marcharon, llevándose al guarda herido y a algunas personas más en calidad de prisioneros.

Por aquellos días escaparon del pueblo unas sesenta personas, entre hombres, mujeres y niños, que, a través del campo, en éxodo lleno de peligros, lograron ponerse a salvo hallando refugio en la zona dominada por las fuerzas nacionalistas. Los que, siendo elementos de derechas, no pudieron huir a tiempo, fueron encarcelados, sus familias arrojadas de sus hogares, desposeídos de todos sus bienes y perseguidas bárbaramente hasta hacerles padecer hambre y miseria.

Consecuentes con su ateísmo doctrinario, los rojos asaltaron la iglesia, destruyeron todos los objetos de culto, hicieron pedazos las imágenes, entre ellas la de San Marcos, Titular del pueblo, que, según parece, era una escultura antigua de algún mérito y saquearon, finalmente, el sagrado recinto llevándose lo que consideraron de valor material: exvotos, cálices, candelabros, coronas, etc.

Pero el odio marxista no podía quedar satisfecho sin dar algunas pruebas de venganza sanguinaria. Entre los



detenidos el día 25 figuraban dos ancianos, D. Emilio Serrano Guillén, con más de ochenta años, y su hermano político D. Eduardo Gutiérrez Ruiz, capitán de Infantería de Marina, retirado. Los rojos exigieron por la libertad de cada uno de estos detenidos 10.000 pesetas. Entregadas estas cantidades, que se repartieron alegremente los individuos que componían el Comité, sólo dieron libertad al último de dichos señores. Luego sacaron de la cárcel de Berja, donde se hallaba, al señor Serrano Guillén y, engañado con la promesa de que lo restituían, libertado ya, a su casa, lo llevaron en un coche hasta las cercanías de Turón. Allí, en la soledad de un profundo barranco, a unos cien metros de la carretera, le dieron muerte a tiros y dejaron abandonado su cadáver. Al día siguiente fueron los mismos asesinos a darle sepultura, pero antes de enterrarlo le quemaron la barba y le destrozaron la cabeza a golpes de espíocha.

Otra víctima de los rojos por aquellos días fué el gitano Marcos Heredia Garcés, de filiación derechista, que se había distinguido en las luchas políticas anteriores al Alzamiento, y luego en la refriega del 25 de Julio, como uno de los defensores más activos de la causa nacionalista. Al quedar el pueblo definitivamente en poder de los rojos, el pobre Heredia se vió obligado a huir para no caer en manos de sus enemigos; anduvo errante algún tiempo por el campo y pueblos comarcanos, hasta que, descubierta su pista, y perseguido de cerca, fué alcanzado y detenido una tarde del mes de Octubre en las inmediaciones de Benínar.

Quisieron sus aprehensores matarlo en el acto, pero los vecinos de este pueblo se opusieron resueltamente a ello, y sólo accedieron a que lo encerraron en el arresto municipal, por ser ya tarde para conducirlo a pie a Turón.

Nota sentimental muy destacada de este suceso fué la intervención que en el mismo tuvo la esposa del gitano. Esta infeliz mujer, no pudiendo hacer compañía a su marido en la prisión, hincóse de rodillas junto a la reja y

allí pasó toda la noche llorando. De vez en cuando, el gitano, que la oía gemir angustiosamente, desgarrada el alma, cantaba:

Apártate de mi vera  
que me da penita el verte,  
de haber «sío» mi compañera...

Al amanecer sacaron a Marcos Heredia del calabozo. La gitana, suplicante, quiso seguir tras él, pero los rojos la amenazaron de muerte, apuntándole con las escopetas, si daba un paso más. Entonces ella cayó de hinojos a los pies de su marido, se abrazó a él y le besó las manos, que llevaba atadas a la espalda. Luego, perdido el conocimiento por la intensidad de su dolor, se desplomó, crispadas las manos contra el suelo, como si en las tinieblas de la inconsciencia creyera retener aún en ellas al ser querido.

Marcos Heredia fué conducido a Turón y encarcelado. En la madrugada del día siguiente lo sacaron del calabozo y lo llevaron al cementerio para matarlo. El desdichado puesto en trance tan terrible, suplicaba con lágrimas en los ojos a sus verdugos que lo dejaran vivir para criar a sus hijos; pero éstos no le escucharon, siquiera.

El primer disparo que le hicieron le seccionó un brazo; todavía el infeliz gritaba en el fondo de la sepultura que no lo matasen, pues, aunque manco podía ser útil a su familia; pero otros cuatro o cinco disparos, hechos seguidamente sobre él, le acabaron de quitar la vida.

Además de esos dos asesinatos cometidos por los elementos rojos de Turón hay que cargar a la cuenta de éstos tres víctimas más: D. Manuel Morón Espejo, que, aterrorado por las persecuciones de que era objeto, se suicidó y D. Marcos López Martín y D. Manuel Romero Peña, que detenidos y llevados a la cárcel de Almería, murieron de hambre en la prisión.



## CAPITULO IV

### LA CARRETERA DE TURÓN A MURTAS

Hasta hace años, Murtas y Turón han carecido en absoluto de vías de comunicación modernas. Ni carretera ni caminos vecinales llegaban a estos pueblos, los cuales no sabían lo que era, no ya un coche, sino ni siquiera una mala tartana, por no haberlos visto nunca, a pesar de su antigüedad dos veces milenaria. Estos pueblos sólo disponían, pues, de tortuosos y antiquísimos caminos de herradura, llamados oficialmente con más ironía que acierto «caminos reales» por los que sólo podía transitar la arriería acostumbrada a andar continuamente, de día y de noche, con buen o mal tiempo, a través de las ásperas montañas alpujarreñas.

Turón y Murtas no han tenido, por tanto, carreteras hasta la segunda decena del presente siglo. Han sido los pueblos más infortunados a este respecto de toda la Alpujarra, quizás también de toda la provincia. Su situación geográfica, al extremo Sudeste de ésta, y su posición topográfica entre montañas tajadas por cauces profundos, han

sido, entre otras, las causas que han prolongado tanto su aislamiento.

Mas no se crea que las vías de que actualmente disponen esos pueblos satisfagan por completo sus necesidades. Murtas sólo dispone de un ramal de camino vecinal que lo une a la carretera de Albuñol a Cádiar; y Turón, de una carretera de tercer orden que lo pone en comunicación con Berja.

Murtas dista de Almería unos ochenta kilómetros; los murteños tienen que recorrer una distancia de ciento sesenta, esto es, el doble, para trasladarse a la capital mediterránea. Turón dista de Granada cien kilómetros; los turonenses tienen que recorrer cerca de ciento setenta para llegar a la ciudad de los cármenes. Los murteños y los turonenses para visitarse reciprocamente en coche tienen que hacer un recorrido de cien kilómetros, cuando sólo los separan ¡cinco!

Estos pocos kilómetros de terreno, no salvados aún por ninguna carretera, son los que dan lugar a ese extraordinario derroche de distancias que dejamos apuntado. Cuando esa carretera exista, Murtas estará en orden al transporte a la mitad de distancia a que se halla actualmente de Almería; Turón verá acortada la suya a Granada en cerca de setenta kilómetros, y ambos pueblos hermanos y vecinos, cuyas campanas se saludan a todas horas a través del aire, podrán comunicarse diariamente en pocos minutos.

Ese trozo de Contraviesa entre Turón y Murtas, mejor dicho, ese ramal montañoso entre el calar de Valbuena y empeñando entre ambos pueblos algo así como una es-el Cerrajón, no abierto aún al tráfico rodado, ha venido desde piele de frontera mogólica, que ha dificultado enormemente el desenvolvimiento industrial y comercial de los mismos. No bastaba que a Turón y a Murtas pudieran llegar los vehículos venciendo largas distancias; era preciso acortar estas distancias, reduciéndolas a sus justos límites, para que los resultados de su aprovechamiento tuvie-

ran expresión positiva en los problemas de la economía regional. Y esto podía hacerse fácilmente rompiendo la solución de continuidad existente entre las carreteras de Turón y Murtas, esto es, construyendo un ramal de enlace entre una y otra.

Para dar solución a este importante problema, las autoridades locales y los jefes políticos de uno y otro lugar trabajaron sin descanso elevando peticiones al Gobierno, y removiendo toda clase de influencias durante mucho tiempo. En la primavera del año 1935 una grave crisis económica, por falta de trabajo, hizo más apremiante la necesidad de llevar a la práctica la construcción de dicha carretera.

Invitados por ese tiempo a dar un mitin de propaganda política en Turón los diputados por Granada Ruiz Alonso y Moreno Dávila, llegaron a este pueblo el día 25 de Abril, fiesta de San Marcos, Patrono del lugar. Es decir, llegó el primero de dichos señores, pues el coche en que venía el segundo sufrió con grave accidente entre Turón y Berja, del que resultó herido el señor Moreno Dávila, el cual hubo de volver a esta última ciudad para atender a su curación.

El mitin se celebró, no obstante, en el cual Ruiz Alonso prometió a los turonenses interesarse, desde luego, por los problemas de la localidad, y de modo especial por el de la carretera, que era el más importante de todos.

Al día siguiente, una comisión de vecinos presidida por el abogado y jefe político de Turón, D. José Márquez, fué a visitar al señor Moreno Dávila, herido, aunque no gravemente, en el accidente del día anterior. Con este motivo se celebró una reunión en Berja en la que intervinieron los diputados granadinos ya dichos, el también diputado a Cortes por Almería D. Lorenzo Gallardo y los miembros de la comisión referida. En esta reunión, los parlamentarios citados prometieron dar solución rápida y definitiva al problema de la carretera de Turón a Murtas.

La promesa fué cumplida, pues no más que un mes más tarde, a primeros de Junio del mismo año, apareció

en la «Gaceta» la subasta del primer trozo de esta carretera, cuya adjudicación se hizo en el plazo reglamentario a favor del contratista D. Eduardo Pérez Molinero. Más tarde fué adjudicado el segundo trozo a D. Andrés García Rivas.

Los trabajos comenzaron inmediatamente, con gran satisfacción del pueblo, que veía próxima a realizarse su gran aspiración, la construcción de la carretera a Murtas, y resuelta al mismo tiempo la crisis económica que amenazaba con el hambre y la miseria a muchos hogares.

Todo marchaba bien, en relación desde luego con las circunstancias políticas y sociales de aquellos días; la obra avanzaba, haciendo concebir la esperanza de una terminación pronta y feliz. Pero el asalto al Poder de los partidos revolucionarios el 16 de Febrero del año siguiente, con el desbordamiento anárquico de las masas socialistas en toda España, hizo sentir en Turón sus efectos perturbadores en términos sumamente perjudiciales para las faenas de la carretera en construcción. Huelgas, motines, reducción de jornadas, etc. mermaron considerablemente el rendimiento en los trabajos y entorpecieron su avance.

Al producirse el Alzamiento nacional, la paralización fué absoluta. Se habían desmontado solamente unos seis kilómetros de terreno.

La carretera de Turón a Murtas traza, en su proyección sobre un plano horizontal, una semicircunferencia cuyo diámetro está determinado por la recta entre ambos pueblos. Así, siendo la distancia a vuelo de pájaro entre dichos lugares de unos cinco a seis kilómetros, la carretera en su trazado, con los desniveles y desviaciones naturales, tiene un desarrollo de doce a catorce.

Esta arranca de la parte NO. de Turón, asciende dando unas vueltas para ganar la divisoria del lado S. del pueblo, donde se une al antiguo camino de Albuñol, por el cual sigue casi sin desviación ninguna hasta el cortijo de los Máximos. En este punto deja el camino referido, faldea la

umbria de los Nevazos, sigue por la de Alvarez, al N. del cortijo de la Negra hasta encontrar el antiguo camino que va de la costa a Murtas, por el cual continúa hasta empalmar con la carretera de este pueblo en la venta de su nombre. Este desarrollo lo imponen, de una parte la gran diferencia de altitud entre Turón y Murtas, y de otra, la necesidad de sortear los numerosos y profundos barrancos que forman la cuenca de la rambla de Turón.

Esta carretera, cuya importancia en orden al desarrollo mercantil, industrial y agrícola de esta parte de la Alpujarra se deduce de lo dicho en los párrafos anteriores, tenía para el Ejército rojo en la pasada guerra un interés extraordinario.

Dada la disposición del frente Sur de Sierra Nevada, cuyo centro de resistencia para las fuerzas rojas lo constituía el recio y elevado macizo del Haza del Lino, una vía militar que pusiera en comunicación este punto directamente con Almería, era cosa de gran necesidad, lo mismo para una operación de avance sobre la línea enemiga que para el caso contrario de una retirada forzada. Así debió de comprenderlo el mando rojo, aunque demasiado tarde para el logro de sus efectos.

El frente rojo de la Alpujarra tenía su base de aprovisionamientos en Almería; el punto central de ataque y de resistencia era, como hemos dicho, el Haza del Lino; la distancia más corta entre este punto y la capital referida la determinan el lomo central de la Contraviesa hasta la venta de Murtas, el trazado de la carretera de Murtas a Turón, la carretera ya construida de este pueblo a Berja y, finalmente, la de Berja a Almería. Pero en toda esta línea no había más carreteras en servicio que la de Almería a Turón, y el trozo de camino vecinal entre la venta de Murtas y la del Tarugo. Era preciso unir a Turón con la primera de las ventas, y la segunda con el Haza del Lino para completar la ruta.

No por esto debe pensarse que el Haza del Lino careciera de comunicaciones. Tenía para servicios de guerra en

primer lugar la carretera de la costa que pasa por Adra y luego gana por Albuñol y Sorvilán las alturas de la Contraviesa. Tenía, además, las carreteras interiores de la Alpujarra, entre Berja y Alcolea de una parte y Torvizcón de otra. De ellas se ha servido el mando rojo sin obstáculo ninguno, porque la inactividad de este frente no ha creado dificultades al transporte.

Pero en el caso de una gran batalla en este frente, la carretera de la costa podía ser interceptada por la Marina de guerra, y todas las del interior—ocupadas previamente las alturas orientales de Sierra Nevada— batidas eficazmente por la artillería. Sólo hubiese podido el Ejército rojo en este caso recibir refuerzos o retirarse a lo largo de la Contraviesa, por la línea indicada, más corta y menos expuesta a los riesgos de un ataque a fondo que las anteriores.

El Estado Mayor rojo debió comprender sin duda, el valor estratégico de esta presunta línea de comunicaciones cuando se decidió a construir los trozos que le faltaban. Pero esto lo hacía ya cuando la conquista del territorio alpujarreño dejaba de tener interés para los Ejércitos nacionales, triunfantes en empresas de más valor decisivo para la guerra, como la reconquista de Teruel, la toma de Lérida y el avance a través del Maestrazgo hasta las playas de Castellón y Tarragona. Esto lo hacía el mando rojo cuando el camino de Granada por el frente de la Alpujarra estaba completamente cerrado para sus tropas. Esto es, que lo hacía cuando ya no era menester.

Para el trozo comprendido entre la venta del Tarugo y el Haza del Lino destinó prisioneros de guerra, italianos algunos de éstos. Para el trozo entre Turón y Murtas, presos políticos. Estos los tomó de la cárcel de Almería.

No hemos podido averiguar hasta ahora el origen y desarrollo del proyecto que dió por resultado el envío de estos presos a trabajar en la carretera de Turón. La tenebrosa política de los rojos no ha dejado rastro alguno de este asunto en los centros oficiales, y no sabemos si la orden partió del Gobierno Negrín, o fué obra exclusiva de Cañas

Espinosa, gobernador a la sazón de Almería, bien por iniciativa propia, o ya a requerimientos del teniente coronel Galán, jefe de la División roja que operaba en la Alpujarra.

Circula a este respecto una versión, de cuya veracidad no podemos responder. Sabido es que Cañas Espinosa era un inculto minero asturiano; había tomado parte activa en la revolución de Octubre y había intervenido en las matanzas del Turón de Asturias. Pero él ignoraba que en la provincia de Granada y lindante con la de Almería hubiese otro pueblo del mismo nombre.

Cierto día que se hallaba en su despacho oficial con algunos «camaradas», oyó decir a uno de éstos:

—Ayer estuve en Turón.

Preguntó entonces qué Turón era éste, y, habiéndosele dado la explicación necesaria, parece que en aquel instante concibió la idea de conmemorar las sangrientas efemérides del Turón asturiano con nuevos y más feroces crímenes en el Turón granadino.



SEGUNDA PARTE

# LOS CRIMENES



# CAPITULO I

## LOS PRESOS POLITICOS

Al estallar el Movimiento, los partidos de izquierda que componían el llamado «Frente Popular» ocupaban, como sabemos, el Poder. Las masas que estos partidos dirigían, animadas de impulsos revolucionarios que ya, desde las elecciones de Febrero, mantenían en estado de agitación y revuelta el país, lanzáronse a la lucha con unos bríos que parecían nacer de la más completa seguridad en la victoria. Lanzáronse a la lucha, repetimos, despreciando al enemigo que, sin esperarlo, se había levantado a cerrarles el camino por donde, alegre y confiadamente, marchaban hacia la implantación del Estado comunista.

La contienda, en aquéllos primeros días, turbulentos y borrascosos como nunca los ha conocido España, se redujo a forcejeos locales, violentísimos y sangrientos en muchos casos, por el predominio de unas o de otras fuerzas políticas en cada ciudad o lugar. Allí donde, al final de esa primera fase de la guerra civil, sin lucha o como resultado de ella, los elementos de izquierda lograron dominar, co-

menzaron inmediatamente a desarrollar su programa revolucionario.

Los dirigentes locales de los partidos extremistas (cuanto más extremistas más autorizados) constituyeron los llamados «Comités de enlace», especies de Juntas Supremas con facultades omnímodas y poderes absolutos en cada localidad. Las autoridades existentes hasta el 18 de Julio cesaron de hecho en sus funciones, que pasaron todas a ser ejercidas con procedimientos de lo más arbitrario que puede imaginarse por los comités referidos.

Establecido de este modo el «orden revolucionario», esos comités, secundados por partidas compuestas por los individuos más feroces y crueles de los cuadros marxistas de cada localidad armados de pistolas y escopetas, lanzáronse a cometer toda clase de atropellos contra las personas y la propiedad. Es decir, no de una manera general y sistemática contra la propiedad y las personas, sino, por lo pronto, únicamente contra aquellos vecinos que no les eran adictos o gratos en la medida de sus conveniencias, y contra los bienes de los mismos.

Esta distinción estaba de antemano hecha. Las batallas electorales habidas antes del Alzamiento habían echado ya las líneas de separación entre los bandos en que quedaban divididos los vecinos más caracterizados de cada localidad. Los rojos no tuvieron que trazar fronteras al quedar de a mos. Y fueron directamente, sin vacilación, contra los que creían sus enemigos. Pero no supieron detenerse aquí.

El problema de la moral roja y el de las conveniencias de guerra se complicaron desde un principio en este asunto de las persecuciones personales. Los marxistas se echaron torpemente el gato a las barbas; condujéronse como si contaran con las más completas seguridades de victoria, atacando imprudentemente intereses que debieron respetar, si no mirando al presente, al menos por lo que les convenía para el porvenir.

Con tan torpe criterio dieron lugar a que la parte de

opinión neutral primero, y luego la comprendida bajo la clásica denominación de «liberalismo ilustrado», republicanos de orden, hombres de ideas libres pero de sentimientos civilizados, que no podían en conciencia hacerse solidarios de los asesinos que en partidas armadas iban sembrando el terror por pueblos y campos, ni con los que patrocinaban su feroz conducta se fueron poco a poco convirtiendo de aliados en enemigos, ocultos desde luego, pero decididos de la causa que aquellos defendían. De esta manera la llamada «opinión pública» fué, al poco tiempo de estallar la guerra, completamente adversa a los marxistas en su propia zona.

Como se ve, una falta absoluta de ponderación en los mandos rojos fué la causa determinante de la descomposición que se produjo en la masa de resistencia de su retaguardia. Aparte la desorganización económica, consecuencia irremediable de la carencia de capacidades técnicas, que por su profundidad y extensión llegó a ser una de las causas de la derrota, había que estimar como factor importantísimo de ésta, quizás el más decisivo por su influencia en la capacidad combativa del Ejército rojo, el de la moral de la población civil, que, a consecuencia de los atropellos de que fué víctima por parte de las hordas marxistas, a las pocas semanas de comenzada la lucha, deseaba ya ardentemente el triunfo completo de las armas de Franco en toda España.

---

Pero no fué la enemistad política la causa única de las persecuciones y encarcelamientos, ni siquiera la más importante en muchos lugares, sobre todo en los del medio rural. En buena ley de guerra civil es admisible y lícito que al enemigo político en actitud beligerante se le combata hasta someterlo, y cuando se muestra espontáneamente sumiso se le vigile y hasta se le encarcele en momentos en que su libertad pueda constituir un peligro inminente y

grave para la causa. Medidas de guerra necesarias que no necesitan para su justificación que las apadrine el odio. Pero, desgraciadamente, esta brutal pasión fué desde un principio la fuerza impulsora de todos los actos de violencia cometidos por los rojos contra sus enemigos. Movidos de ella, el pretexto podía ser ya cualquiera cosa, la más pueril, la más ruín; y así ocurrió en la mayoría de los casos.

Dueños los rojos de los lugares en que su dominación se hizo efectiva por más o menos tiempo a lo largo de la lucha, el odio más que las conveniencias de la guerra les empujó a perseguir no sólo a sus enemigos ya calificados en las contiendas políticas anteriores al Movimiento, sino también a otras muchas personas que no habían tenido intervención destacada en aquéllas. Con el dominio de cada lugar y la sumisión de su vecindario podía creerse que nada había que hacer en orden a la seguridad de la causa que sustentaban. Pero, desdichadamente para esta causa, y también ¡ay! para la suerte de tantos desgraciados asesinados vil e innecesariamente por las hordas marxistas, no se trataba en conciencia de defender un credo, que exige fe y sacrificios de sus mantenedores, sino de dar satisfacción a pasiones infames que no requieren ni sacrificios ni fe.

Había que saciar la sed de odio haciendo daño a personas y a cosas; todo el daño posible. Eran horas de venganza, y había que aprovecharlas. Así se lo habían inculcado a las masas ignorantes y necias los predicadores de la doctrina atea y materialista de Marx y sus secuaces; y así lo exigían también los instintos brutales de la chusma inculta, libre de frenos y exenta de toda responsabilidad.

Los más ignorantes esperaban, sin dda, que aquellos excesos tendrían por término «saludable» la destrucción y aniquilamiento de los «culpables» de su infelicidad y de su miseria, y que, al cabo, de todo aquello saldría el nuevo orden social que había de proporcionarles todos los placeres materiales de que, según ellos imaginaban, se componía la

vida de los ricos. Otros más ladinos, seguramente no esperaban esta felicidad, pero no habiendo de ser dichosos, se vengaban de su propio e irremediable infortunio haciendo todo el daño posible a los demás.

De esta manera, desatadas las furias agresivas de todos los rencores, los atropellos se sucedieron sin interrupción en aquellos días pavorosos para todos los elementos que por su historia política, por su significación social, por su posición económica, por su cultura, por su educación y por su honradez no podían hacer causa común con los foragidos, in con los que, al frente de los comités, los dirigían y amparaban.

A los cárceles rojas fueron, por tanto, víctimas de esta sañuda persecución las personas más caracterizadas de cada lugar: los intelectuales, los hacendados, los comerciantes, los industriales, los artesanos, los labradores, hasta los mismos obreros que no se habían dejado seducir por las mentiras del comunismo ni de la revolución social.

Pero con todos esos fueron también a los calabozos, y en número crecidísimo otras muchas personas carentes de relieve social, político y económico; hombres y mujeres del pueblo, gentes sencillas que no se habían mezclado nunca en cuestiones políticas ni sociales, y que no conocían otra razón de existencia que la del trabajo para mantener la vida.

La chusma, a pesar de su ignorancia y de su maldad, tenía un sentido exacto del nivel que le correspondía en la escala de los valores humanos que componen la sociedad. Se miraba en lo más bajo de esa escala, y odiaba cuanto veía por encima de su propio nivel. El hombre de la chusma odiaba al hombre ilustrado, porque él era un ignorante; odiaba al rico, porque él era un descamisado; odiaba al hombre trabajador, porque él era un vago; odiaba, en fin, a todo hombre honrado, porque él era un sinvergüenza. Y dueño del poder, hacía valer su odio vengándose en todos.

Pero había más todavía. Había, al margen de ese odio que podríamos llamar de casta, las malquerencias por mo-

tivos puramente personales, de antipatía individual unas veces, de resentimientos por pleitos o litigios antiguos, de enemistades familiares, de riñas de muchachos, de celos femeniles, de chismorreos de comadres... De todas esas ruines menudencias hicieron motivos de persecución y encarcelamiento. Y estos excesos costaron muchas vidas.

¿Y qué diremos de los procedimientos que empleaban para detener a las personas? Pocas veces iban a buscarlas de día a los lugares de trabajo. Las horas de la noche eran las preferidas para sorprenderlas en sus domicilios y llevárselas. ¿Hacían esto por pudor? No es de creer que alentarán en ellos sentimiento tan delicado. Es que durante la noche podían hacer sus presas con más seguridad: caían repentinamente sobre una o dos docenas de hombres que dormían con más o menos tranquilidad, acaso algunos hasta con garantías de sus mismos aprehensores, y en pocos momentos, sin darles tiempo ni para reponerse de la sorpresa, los detenían, los sacaban de sus casas a medio vestir en ocasiones y los conducían a las mazmorras locales para llevarlos luego, con atestado de «fascistas peligrosos», a las prisiones provinciales.

Estas «razzias» policíacas, pasados los primeros meses de agitación revolucionaria, las realizaban con algunos intervalos de tiempo, aguardando siempre a que la sensación de tranquilidad, dentro de cada lugar, fuese mayor en el vecindario para asegurar los «golpes». Cuando menos se esperaba, pues, de la noche a la mañana, desaparecían de la localidad algunos vecinos. La alarma cundía entonces poniendo pavor en los ánimos de todos los que no tenían una personalidad revolucionaria perfectamente definida: pero no podía hacerse la menor manifestación pública, individual ni colectiva, de protesta ni de disgusto. Había que aparentar tranquilidad e indiferencia.

En todos estos casos, por la calidad de los secuestra-

dos se deducía el peligro que amenazaba a los que aún gozaban de libertad. Y muchos de estos hombres, temerosos de verse cazados como conejos, en sus propios domicilios, pasaban las noches en el campo, escondidos en cuevas o agujeros, o simplemente agazapados entre las malezas y quebraduras del terreno, aguantando las lluvias y las heladas invernales, mientras se les ofrecía la oportunidad de escapar de la zona roja pasando a la nacional.

Después de cada redada de estas se desarrollaba un múltiple drama familiar doloroso en extremo. Los parientes de los detenidos, no pudiendo abandonarlos a su suerte, comenzaban en seguida a hacer gestiones en favor de ellos para procurar su libertad. Y empezaba un éxodo tristísimo de infelices mujeres con niños en los brazos algunas de ellas, que, no encontrando la mayor parte de las veces vehículos de ninguna clase para viajar, hacían las marchas a pie, teniendo que llevar a cuestas, además de la impedimenta propia para no morir de hambre en el camino, todo el bagaje que podía ser útil a los detenidos, arrancados de sus casas sin consentirles llevar provisiones de ninguna clase.

Por lo común, las gestiones que estas pobres mujeres (esposas, hijas, madres, hermanas) realizaban tan penosamente, consumiendo energías, tiempo y dinero, no daban ningún resultado favorable. A veces, sin embargo, por un juego de circunstancias fortuitas, solían conseguir la libertad de alguno, que si no se daba maña para conservarla, a la redada siguiente iba de nuevo a la cárcel.

---

Aherrojada en prisiones, después de las bárbaras matanzas de los primeros meses, vivió la mayor parte de la población honrada de la zona roja durante toda la guerra. Los marxistas, con un celo digno de más nobles empresas, dedicaron sus mejores esfuerzos a privar de la libertad a aquellas personas que más se distinguían dentro

de cada localidad por sus virtudes ciudadanas, comprendiendo en esta denominación—desde el intelectual hasta el obrero— a todos los hombres de conciencia sana que se mantenían fieles a los principios fundamentales de la sociedad española.

Los pueblos quedaron así despojados de aquella parte selecta y noble de su vecindario que daba tono a la vida local, en su multiplicidad de manifestaciones, desde las puramente artísticas hasta las marcadamente utilitarias. Los hombres más representativos, los de mayor crédito moral y económico, los que por sus actividades fecundas y provechosas eran la expresión de las fuerzas vivas de la localidad, puestas al servicio de la localidad misma en función de los altos intereses de la sociedad y de la Patria, fueron eliminados de la comunidad por las persecuciones y los secuestros decretados implacablemente contra ellos a todo lo largo de la revolución y de la guerra.

Los pueblos, conviene decirlo, con esa «poda» brutal de buenos ciudadanos, y la consiguiente paralización de los negocios y trabajos que éstos realizaban, perdieron gran parte de su carácter propio, con lo que vinieron a parecerse unos a otros en su aspecto, con un parecido muy en consonancia con el principio de «igualdad» marxista, esto es, con esa igualdad terriblemente expresiva que impone la incultura, la ruína y la miseria.

En los calabozos, en las prisiones flotantes y en los campos de trabajo, sometidos a todas las crueldades a todos los martirios, a toda las privaciones, padeciendo hambre, frío, miseria y vejaciones sin cuento, miles y miles de hombres honrados y buenos, arrancados violentamente de sus hogares, desgajados, podemos decir, del árbol de la vida social, consumían lastimosamente su existencia en espera de la muerte, que bajo formas diversas estaba pronta siempre a hacer acto de presencia ante ellos.

En estas terribles circunstancias, dábales fuerzas, sin embargo, la fe en Dios, porque eran creyentes, y animábanles la esperanza del triunfo de las verdaderas armas de

España, porque eran patriotas. Pero, a pesar del aliento que estas virtudes prestaban a su ánimo, la calidad de los padecimientos físicos y morales que se veían obligados a sufrir, bajo la vigilancia siniestra de sus feroces guardianes y bajo el régimen de terror impuesto por las autoridades rojas, era tal que muchos perecieron antes de que sonara para todos la hora de la liberación y del triunfo.

La persecución roja amontonó en las cárceles hombres de todas las profesiones y de todas las edades; muchachos y ancianos, varones ilustres y humildes braceros; arrojó a ellas también hombres enfermos, sin consideración ninguna a su estado. El odio que provocó estas concentraciones penitenciarias no paró mientes en respetos humanos de ninguna clase.

Todos estos hombres, desde el sacerdote, el médico o el abogado hasta el más ruin pastor o labriego, vinieron por la vía dolorosa del martirio a constituir dentro de cada ergástula roja algo así como una hermandad de creyentes, como una especie de Orden caballeresca con tácitos votos de sacrificio por Dios y por la Patria.

De esta benemérita clase de ciudadanos fueron los hombres que los rojos enviaron desde la cárcel de Almería a los campos de trabajo de Turón.



## CAPITULO II

### LA PRIMERA EXPEDICION

Los presos políticos de Almería tenían por cárcel el viejo caserón llamado el «Ingenio». Este edificio es una amplia construcción, levantada a últimos del pasado siglo en las afueras de la capital, con destino a una fábrica de azúcar —de ahí su nombre— que por causas que ignoramos no llegó a funcionar. Estaba abandonado, y los rojos, al estallar la guerra, lo destinaron a prisión.

Este edificio llegó a contener algunos miles de hombres, encerrados en él por la persecución marxista desatada brutalmente contra toda la masa de población que no era afectada a la causa revolucionaria. La mayor parte eran almerienses, pero había también muchos de otras provincias, especialmente de la de Granada, cuya mitad oriental había quedado en poder de los rojos.

La vida en el Ingenio era, como debe suponerse, penosísima para los hombres encerrados como presos entre sus muros. Tratados como si fueran bestias, y vigilados implacablemente como si fueran criminales de la peor especie, pasaban las horas terribles de cautiverio soportando resig-

nadamente toda clase de incomodidades y de privaciones, y aguardando siempre, como cosa cierta, el momento espantoso de la muerte.

Hubo un tiempo, sin embargo, en que disfrutaron las ventajas de una buena alimentación, por estar permitido a sus familias llevarles diariamente la comida. Pero este régimen cambió al tomar posesión del Gobierno civil de Almería el célebre criminal Cañas Espinosa, el cual ordenó que las cestas con alimentos que llegaban a la prisión con destino a los detenidos en ella pasasen a los comedores de «refugiados», y a los presos se les diera el rancho reglamentario. Este consistía en un repugnante cocimiento de acelgas o de nabos, sin condimento de ninguna clase, igual al que se hace para los cerdos en las casas de labor. Sometidos forzosamente a esta detestable alimentación, muchos enfermaron, y algunos que no podían tolerarla murieron de hambre.

Tal era la situación de los presos políticos en la cárcel de Almería, cuando se dispuso enviar una expedición de ellos a trabajar en la carretera de Turón.

---

Las noticias que tenemos de este hecho arrancan del momento en que fué comunicada a los presos la orden de estar preparados para la marcha. Esto ocurrió el día 2 de Mayo, a las tres y media de la tarde. Reunidos todos los presos que había en el Ingenio en uno de los departamentos del edificio, se les leyó en voz alta una lista de trescientos nombres. Eran los de los designados para la primera expedición que había de salir al día siguiente, 3 de Mayo, fiesta de la Cruz, símbolo del Martirio de Nuestro Señor.

Quizás fuera casualidad el señalamiento de este día para la salida de la expedición; acaso fuera escogido intencionadamente por las autoridades rojas. De todas maneras, esa fecha significaba ya para aquellos desgraciados algo así como un aviso de la suerte que les estaba reservada. Iban

a ser martirizados y muertos en una montaña alpujarreña, Gólgota de su cruento sacrificio por Dios y por la Patria.

Copiamos a continuación algunos párrafos de una carta que uno de los expedicionarios, asesinado cuatro semanas después dirigió a su esposa **la noche antes** de la salida del Ingenio. En ellos se refleja de una manera elocuentísima el estado de ánimo, no sólo de su autor, sino también de todos sus compañeros de infortunio. (1)

«Animo, esposica, es poco; pido más, mucho más que ánimo. Somos nada, y sea lo que Dios quiera. Ya sabes: «Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo». Nos ha ayudado mucho, nos ha protegido. ¿y por qué no seguirá ayudándonos? Mucha fe y más esperanza; esto será, Dios mediante, corto y tienes que sobreponerte a todo, y por encima de todo has de excederte; mucho has hecho, pues has de hacer más; mucho has sufrido, pues dispuesta a sufrir más, y con la sonrisa y alegría en tus ojos y en tus labios, que es mi alegría. A luchar, y ya sabes que nada somos».

«Por lo que más quieras, por todos los santos y por todo lo que quieras complacerme, hazme el favor y dame el gusto de no moverte de aquí. Salimos a las seis y media de la mañana. ¿Adónde? No lo sé; la madre de uno de los viajeros se ha ido a Baza: otros dicen que vamos a Chirán, a un kilómetro de Berja; lo seguro nadie lo sabe, y lo primero que procuraré hacer es decírtelo, a fin de que estés avisada; yo me inclino a creer será a Berja, por aquello ser de la misma provincia.»

«Acabo de hablar con papá, y está animado, pues aquí todos, si no contentos, por lo menos resignación animada sí tenemos. A los niños, que sean buenos, no ahora sino siempre, y que se acuerden de mí. Entrego el certificado de mi condena: guárdalo, que eso y lo de que me acusan es motivo de orgullo para mí. En fin, hasta que Dios que

\* (1) A la amabilidad de la distinguida señora doña Adela Pérez, viuda de Cassinello, debemos la atención que nos permite ofrecer a nuestros lectores tan interesante documento.

ra, que ojalá sea tan pronto como lo deseo. Tuyo siempre,  
PEPE.—Gestión ninguna, como no sea consular».

---

Llega la mañana del día 3 de Mayo de 1938. En el Ingenio se observa una actividad desusada. Trescientos hombres de los detenidos allí preparan azoradamente sus petates. Han recibido la orden de marchar. ¿Adónde? Todos lo ignoran. Pero cualquiera que sea el lugar señalado por sus tiranos para término de aquel viaje, el objeto del mismo lo presumen todos más o menos confusamente; quitarles la vida, asesinarlos.

Las prisiones de los rojos eran, desde luego, sombríos lugares de tormento: hambre, sed, miseria, malos tratos; pero con todo eso había en ellas una relativa seguridad personal; los asesinatos no los cometían los verdugos marxistas en los calabozos; los sitios escogidos para sus carnicerías no estaban en las capitales, sino en los pueblos de corto vecindario y, preferentemente, en los desiertos campos. De esto pueden dar fe la Albufera de Adra, los Pozos de Tabernas y otros muchos lugares. Por eso, la salida de un pelotón de hombres de una prisión cualquiera con término desconocido significaba para éstos lo mismo que la entrada en capilla para un reo de muerte.

Al amanecer del día referido «llegaron—leemos en un periódico de Almería— a la puerta de la checa provincial los doce camiones que nos habían de conducir a nuestros lugares de martirio. En cada coche había cinco o seis soldados, fusil en mano y bayoneta calada. La simple contemplación de estos individuos inquietaba, pues en sus rostros parecían distinguirse las huellas de la criminalidad. Con tono brusco y ademanes groseros nos hicieron subir a veinticinco presos en cada camión, después de habernos cacheado cuidadosamente. Antes de partir la triste comitiva, el teniente, jefe de aquellas fuerzas, dijo a sus esbirros: «Mucho cuidado con esta gente. Al que se mueva lo

atravesáis con la bayoneta. Al que mate a un aparato de estos le doy quince días de permiso». Los centinelas aprietan los dientes y empuñan fuertemente el fusil como si se dispusieran a cumplir la terrible orden. Enmudecemos de espanto. Con los ojos desorbitados nos miramos unos a otros como si quisiéramos interrogarnos, pero en todas las caras parecía leerse la misma respuesta: «Ha llegado nuestra última hora; nos sacan de aquí para asesinarlos».

El tenente jefe de la expedición, un tal Maximiliano Céspedes, que ya se había apoderado del dinero encontrado a los presos en el registro hecho antes de salir del Ingenio, llevaba la lista de éstos encabezada con el calificativo de «fascistas peligrosísimos», que Cañas Espinosa enviaba a Galán, acompañada de una nota en la que le decía: «Ahí te mando 300 fascistas; cuando se te acaben te mandaré más».

Dada la señal de marcha, los coches arrancan en dirección a la ciudad, pasan por la Puerta de Purchena y llegan al Paseo del Príncipe donde, bruscamente, se detienen. Una muchedumbre enfebrecida, haraposa y maloliente, estacionada en la ancha vía recibe a los presos con injurias y denuestos; voces roncadas, aguárgentosas, claman por todos lados pidiendo que los maten, que los echen al mar. Este doloroso y repugnante espectáculo dura cerca de una hora. Los pobres presos, inmovilizados en los coches, sufren con resignación el tormento de aquella exhibición cruel bajo la lluvia de amenazas que cae sobre ellos. Algunos lloran; han descubierto entre la multitud caras doloridas, ojos llenos de lágrimas que los miran angustiados; son de seres queridos que, recatadamente, escondiendo todo lo posible su amargura, han ido a mezclarse con la turba para darle desde lejos el último adiós.

Por fin la caravana arranca de nuevo, atraviesa la capital, que al paso de los lúgubres coches parece estremecerse del terror, y sale de ella por la carretera de Poniente, pintoresca cornisa de once kilómetros que corre a lo largo del acantilado que se prolonga desde el cerro y castillo de San

Telmo hasta el pueblo de Aguadulce. Luego avanza con su sordo trepidar de motores por la larga recta tentida sobre la inmensa llanura del Campo. Atrás ha quedado Almería. ¡Cuántos no volverán a verla más!

Los camiones se detienen luego en el caserío de El Ejdo. Las dudas que ensombrecían el ánimo de los presos sobre el objeto y término de aquella expedición, les plantean de pronto un problema cuya inminente solución no depende de ellos: Cerca está el empalme de la carretera que va hacia Berja; ¿tomarán por esta carretera? ¿Seguirán, por el contrario, hacia Adra? La incógnita queda pronto despejada: Los coches, puestos en marcha nuevamente, dejan al llegar al empalme el camino de Adra y, torciendo a la derecha, siguen la ruta de Dalías y Berja.

En esta ciudad Galán les tiene preparado un «magnífico» recibimiento; grandes lienzos con letreros de color rojo adornan las fachadas y visten los balcones de las calles y plazas por donde ha de pasar la comitiva; en casi todos se lee: «Hay que acabar con la canalla fascista; si no hacemos esto perdemos la guerra». Numerosas fuerzas, armadas de fusil con bayoneta calada y bombas de mano, cubren el trayecto. Una muchedumbre semejante a la de Almería aguarda impaciente la llegada de los expedicionarios.

La distancia entre Almería y Berja es de unos cincuenta y dos kilómetros. Dos horas han tardado los camiones en recorrerla, durante las cuales los presos han sido constante objeto de burlas, injurias y amenazas por parte de las fuerzas rojas que los conducen. En cada coche van seis u ocho milicianos, tipos patibularios la mayoría, con sendos pañuelos rojos al cuello y semblantes feroces.

En Berja se repite el espectáculo dado ya en Almería: La muchedumbre vocea a los presos, lanzándoles denuestos, injurias y amenazas; pide a gritos que los maten. Los desdichados aguantan en silencio y con mansa resignación aquella nueva y enconada manifestación de odio marxista, que dura casi dos horas, al cabo de las cuales los cochés

vuelven a ponerse en marcha, y la caravana sale de Berja por la carretera de Laujar.

¿Adónde los llevan? Ninguno de los presos lo sabe todavía. Si alguno ha sospechado que podrían ser conducidos a Turón, donde hay una carretera no terminada aún, al ver el camino que siguen los camiones tiene que abandonar esa idea. Galán, que con el Estado Mayor de la División tiene su residencia en Berja, ha dado, sin embargo, las instrucciones precisas a los conductores; éstos únicamente son los enterados del término de aquel misterioso viaje, pero no lo declaran a nadie. Y los coches, con su carga de hombres doloridos y de crueles milicianos, siguen carretera adelante entre nubes de polvo con velocidades cada vez mayores, como si desearan poner término de una vez a aquella larga jornada.

Al llegar a la cortijada del Cid se descubre una grande curva, y hacia el promedio de ella, una casa llamada Venta Llana. Pasada esta venta, a pocos metros, hay un carril que, partiendo de la carretera por la derecha, sube por entre unos almendrales como en dirección a la sierra de Gádor. Los camiones dejan la carretera y enfilan su marcha por este carril, que no es vía pública, sino el camino particular de una casa de labor.

Los presos experimentan en este instante una sensación brusca que rompe la monotonía de sus pensamientos con una idea que no saben cómo elegir, si con alegría o con temor; tras cada cambio de situación puede levantarse ante ellos la estampa descarnada de la muerte. El término del viaje está próximo; aquel camino que siguen no puede ser muy largo; ¿qué habrá al final de él?

Tras breves minutos de marcha por aquel angosto sendero, la caravana llega al cortijo de Chirán, convertido en prisión militar por los rojos, y allí se detiene. Son las tres de la tarde; los presos, cubiertos de polvo, tienen hambre y sed.

Chirán es un gran caserío, cabeza de una extensa propiedad agrícola. Consta de un cuerpo principal de tres plantas de amplias proporciones y de varias construcciones anejas para vivienda del personal obrero de la hacienda. Parrales, huertos de naranjos, jardines, cuadros de hortalizas, estanques y acequias dan una extraordinaria amenidad al conjunto. No se concibe que aquel delicioso paraje, situado a la falda de la sierra y con tanta verdura cuya vista alegra el alma, pueda servir de lugar de tormento.

Los presos, abrasados por la sed, sienten acrecentarse les esta necesidad a la vista de tanta agua, y piden a sus guardianes que los dejen beber; pero éstos no los escuchan siquiera.

Los coches han parado en una explanada frente a las primeras construcciones del caserío. Luego van subiendo uno a uno a dejar su carga a la puerta del edificio principal. Los rojos han tomado todas las precauciones posibles, como si aquellos hombres inermes y extenuados por el hambre, pudieran ser enemigos peligrosos para ellos. Y conforme les hacen descender de los coches los van encerrando en habitaciones cuya capacidad es insuficiente para contenerlos.

Allí tienen que permanecer sufriendo las torturas de un hacinamiento angustioso que no les permite mover los miembros y que apenas les consiente respirar el aire enrarecido del encierro. «Habíamos tantos en las habitaciones que no podíamos movernos, ni aun tendernos en el inhóspito suelo para descansar, por lo que teníamos que permanecer con los miembros encogidos». Esto dice un superviviente; otro expresa lo mismo con las siguientes palabras: «Nos fueron apiñando en aquellas habitaciones de tal manera que donde no había espacio más que para diez personas llegamos a meter hasta veintisiete, por lo que teníamos que estar de pie.»

En estas circunstancias, sin haber comido ni bebido en todo el día, les llega la noche. Ninguno sabe ni puede

imaginar para qué los han llevado allí, como no sea para matarlos. En aquel lugar, a cincuenta kilómetros del frente más próximo no hay ningún trabajo de guerra que realizar. El antecedente de fusilamientos en despoblado, de asesinatos en masa cometidos en lugares desiertos ya existía, y todas las circunstancias que concurrían en aquel caso parecían abonar esta suposición espantosa. «Nos han traído aquí para matarnos», era la conclusión irremediable de sus cavilaciones en todos y en cada uno de ellos.

Avanza la noche y no pueden dormir; el calor, la falta del aire respirable, el dolor y el hormigueo de los miembros inmovilizados por el apretamiento de unos cuerpos contra otros y la sed, que les fatiga más que el hambre, ahuyentan el sueño de sus ojos. En la oscuridad del encierro el silencio es absoluto; de vez en cuando, sin embargo, se oye algún largo y apagado suspiro; a veces también, una queja amortiguada por el miedo. De afuera llegan los ruidos de la guardia; fuertes pisadas, choques metálicos de aceros, voces, carcajadas... De vez en cuando, junto a las ventanas; suena una amenaza terrible, una burla cruel o una blasfemia horrorosa.

Algunos presos sienten apremios incontenibles de evacuar. No pueden salir del encierro y esta tortura les angustia y desazona horriblemente. «Alguien intenta hacerlo por una ventana y los centinelas dijeron que al que volviera a abrirla le pegaban un tiro. Aquellos bárbaros querían ir hasta en contra de la Naturaleza, anulando o aplazando las funciones necesarias a todo ser vivo», Varios, no pudiendo resistir más, hacen sus necesidades en las latas destinadas al rancho. Piensan que acaso no tendrán que usar más de ellas para comer; tan cerca sienten la muerte...

Llega por fin el día; pero la situación no se aclara. Pasan las primeras horas de la mañana y todo sigue igual. Nadie, al parecer, se acuerda de ellos. ¿Para qué los han llevado allí? Algunos, más nerviosos, piensan que si los han de matar, cuanto antes lo hagan será mejor. A tal grado

de desesperación les han conducido las crueldades de sus verdugos.

Al fin, mediado el día, cuando ya la sed les fatiga tanto que algunos hasta deliran, les permiten salir a beber agua más pura, pero los llevan allí precisamente para tretes y de los lavaderos del caserío. Hay otros lugares de agua más pura, pero los llevan allí precisamente para atormentarlos más. Y los llevan y los vuelven al encierro fieramente encañonados con los fusiles y las pistolas para que no puedan hacer el menor intento de fuga sin ponerse en peligro de muerte.

Este día por la tarde, a las treinta o más horas del último rancho tomado en Almería, les dan un cocimiento de arroz sin condimento de ninguna clase; arroz hervido en agua simplemente y en tan reducida cantidad que apenas basta para calmar los dolores del hambre.

Y llega la noche del día 4, que pasan de igual manera que la anterior. Los mismos pensamientos les fatigan. ¿Para que los han llevado allí? Ninguno sabe dar contestación a esta pregunta que «in mente» de continuo se hacen todos. La sospecha de que van a ser asesinados persiste en el espíritu de todos también como idea fija, que la actitud brutal y amenazadora siempre de los guardianes rojos afirma más y más a cada instante a lo largo de aquellas horas terribles de cautiverio.

## CAPITULO III

### BAUTISMO DE SANGRE

Amaneció el día 5 de Mayo sin que nada hiciera presumir cambio alguno en la situación. Pero poco después de amanecido llegaron á Chirán, procedentes de Berja, diez barberos con sus útiles de trabajo, que Galán enviaba para que ejercieran su oficio en los presos.

Con este motivo el día fué de fiesta para los milicianos que custodiaban la expedición. La operación de afeitar y de raparles la cabeza a tantos hombres constituyó para ellos un gran divertimento; pues mientras los «figaros» realizaban su trabajo ellos se entretenían en atormentar a sus víctimas con expresiones burlescas y con tratamientos canallescos, extremando la mofa y el escarnio en aquellos que más parecían significarse como personas de calidad.

En esta tarea invirtieron unos y otros la mayor parte del día, al cabo del cual dieron a los presos por todo alimento una corta ración de habichuelas verdes cocidas en agua, y medio «chusco» de pan duro por persona.

En medio de tantas incomodidades y privaciones pu-

dieron creer los presos que el sombrío horizonte de su suerte se aclaraba un poco aquel día... En las situaciones terribles, el hombre es un náufrago que se agarra a todo aquello con que tropiezan sus manos; del más vulgar incidente, del hecho más sencillo, de la circunstancia más insignificante, deduce consecuencias decisivas para el interés que le domina, para su suerte encomendada a un juego de azar del pensamiento. Aguza todos sus sentidos y pone en actividad todas sus facultades internas para atrapar el augurio, que cree oír revolotear en torno suyo como pájaro invisible con la cifra de su destino.

En las incidencias de aquel día creyeron descubrir los presos señales que permitían abrigar algunas esperanzas de vida. Si los habían llevado allí para asesinarlos, no tenían razón de ser aquellos «cuidados higiénicos» de que Galán daba muestras para con ellos. El afeitarlos y el cortarles el pelo eran, a su parecer, indicios de que se les reservaba para alguna ocupación o trabajo; y por tanto, no debían temer, como horas antes, que fuesen a matarlos inmediatamente. Horas después, sin embargo, pensaban de distinta manera; tan incierta era su suerte en manos de sus verdugos.

Aquella tarde llegó a Chirán un jefe rojo procedente de Berja; estuvo allí unos momentos conversando con el de la fuerza que custodiaba a los presos y se marchó. Los resultados de esta visita no habían de hacerse esperar.

A las once y media de la noche, cuando más descuidados estaban todos, un grupo de milicianos con fusil y bayoneta calada, provistos de linternas, penetró repentinamente en la celda donde se hallaban el teniente de Carabineros D. Rodrigo López Quiñones, de Adra, y el procurador de Almería D. Fernando Escobar Navarro, preguntando por ellos.

Nadie contestó al requerimiento de los esbirros. Su brusca irrupción en la estancia, abarrotada de hombres soñolientos, caídos en el suelo, unos encima de otros; su aspecto siniestro, que el turbio resplandor de las linternas

hacia más espeluznante, y sus voces agrias y destempladas, produjeron una fulminante impresión de terror en los cautivos, tan fuerte que apenas les dejaba alientos para respirar.

Viendo los milicianos que ninguno respondía a sus preguntas, comenzaron a examinarlos uno por uno, acercando las linternas a los rostros para ver bien sus facciones. Al cabo, dieron con los que buscaban y, a viva fuerza, sin hacer el menor caso de sus ruegos ni de sus súplicas, les obligaron a levantarse y, a empellones, insultándolos brutalmente, los sacaron de la habitación y se los llevaron.

Sonó todavía por unos instantes a lo largo de los sombríos corredores el ruido de los que salían llevando a rastras casi a aquellos dos desgraciados, que, presintiendo su muerte, se resistían a seguirlos.

Pocos minutos después, los demás presos oyeron una recia descarga de fusilería hecha a escasa distancia del cortijo, y casi simultáneamente, los gritos de dolor de las pobres víctimas. Luego, ruido de voces amenazadoras, tropel de gente que corre arrastrando alguna cosa, carcajadas brutales..

«Aún me suenan en los oídos—dice el mismo autor de los párrafos copiados anteriormente—las últimas palabras que oí a D. Fernando Escobar aquel día por la tarde, cuando nos dieron medio chusco al cabo de las treinta y tantas horas. Con el pedazo de pan en la mano y los ojos húmedos, me dijo: «Al coger este pan me he acordado de mis hijos y se me han saltado las lágrimas».

Había comenzado la serie de horribles asesinatos que poco tiempo después habian de extender por todas partes la fama siniestra de la checa de Turón. Ya no había de detenerse la furia criminal de los directores y de los ejecutores de tan sombrío episodio, hasta completar su obra destructora.

Al eliminar a estos dos hombres, que podían haber sido útiles como los demás en la labor a que iban destinados, se descorría el velo de las intenciones que habían mo-

vido a las autoridades rojas a sacarlos de la cárcel de Almería. Aquellos desgraciados habían sido condenados a morir, y mientras se iba cumpliendo esta feroz sentencia serían empleados como bestias en los trabajos de la carretera de Turón.

Toda aquella noche del día 5 la pasaron los presos entre congojas y temores de muerte. Después de lo que acababa de ocurrir de modo tan brusco e inesperado con los dos infortunados compañeros Escobar y López Quiñones, ninguno estaba seguro ya de alcanzar a ver la luz del nuevo día. La matanza comenzada podía continuar durante toda la noche, y nadie podía, por tanto, abrigar la esperanza de escapar con vida de ella. Doloridos por la falta de reposo, y aterrados por el peligro inminentísimo que se cernía sobre ellos, pasaron las horas sombrías de aquella noche terrible, horas que de seguro no podrían olvidar nunca los escasos supervivientes de esta tragedia.

Por fin, las luces del alba trajeron algún sosiego a sus conturbados espíritus. Podían ser asesinados a cualquiera hora, desde luego, como lo fueron después muchos de ellos en pleno día. Pero los resplandores de una aurora matinal, al final de una noche de terrores y de angustias, son siempre confortadores del ánimo. Aún vivían, ¡Lo que es la esperanza!

---

Aquella mañana se presentaron de nuevo en Chirán los camiones. Esta vez eran catorce. Nuevas incertidumbres, nuevas inquietudes vinieron con ellos a aumentar el desasosiego de los ánimos. ¡Otro viaje con rumbo desconocido!

Les mandaron salir a toda prisa y, atropelladamente, con sus petates a cuestas, entre las amenazadoras filas de las bayonetas, abandonaron el edificio y montaron en los coches. Estos, con dos hombres menos de los que habían llevado días antes, emprendieron la marcha por el carril

ya conocido, llegaron momento después a la carretera y tomaron la dirección de Berja.

Los presos miráronse sorprendidos unos a otros. ¿Volverían a Almería? De lo contrario, ¿qué significaba aquel ir y venir de tantos hombres de Berja a Chirán y de Chirán otra vez a Berja? Tal incertidumbre iba, sin embargo, a terminar pronto. Los coches pasaron por esta ciudad sin detenerse en ella y siguieron por la carretera de Benimar.

Ya no cabía duda ninguna: iban a Turón. Entonces la visión dolorosa de un cuadro de trabajadores forzados con todas las crueldades, con todos los martirios propios de la vida penitenciaria, aparecióseles en el pensamiento para amargar más de lo que ya estaban sus afligidos corazones.

Algunos presos eran del mismo término de Turón, donde sus enemigos personales o políticos, los que los habían detenido y llevado al Ingenio, campaban por sus respetos, y temían fundadamente nuevas venganzas de ellos.

No alcanzamos a descubrir el motivo por el cual los mandos rojos llevaron a los presos al cortijo de Chirán y los tuvieron allí tres días encerrados. Si los habían sacado de Almería para trabajar en la carretera de Turón, como si los habían llevado a Chirán para otro objeto, de todas maneras el hecho revela una falta de previsión y de firmeza en las disposiciones de dichos mandos.

Durante la marcha, como tres días antes, los milicianos que iban custodiando la expedición se divertían bárbaramente atormentando a los infelices presos con injurias, burlas, amenazas y otras crueldades. Les recordaban también, como si hubieran podido olvidarlo tan pronto, el suceso de la noche anterior para terminar asegurándoles que la misma suerte habían de tener todos en los días sucesivos.

Los desdichados sufrían en silencio tantos ultrajes. No podía ser de otra manera. La protesta más leve, una sola palabra, una mirada no más, habría bastado a sus guardianes para fusilar en el acto, sin más trámites, al imprudente que hubiera osado responder a sus injurias. Puestos

en manos de aquellos salvajes como objeto de explotación y de escarnio, ningún derecho podían alegar en su favor.

La caravana pasó por Benínar sin detenerse tampoco en este pueblo, y a las diez y media de la mañana próximamente llegó a Turón, donde la expedición fué recibida por las autoridades marxistas de la localidad y un corto número de individuos, adictos a la causa roja.

Los coches habían parado junto a la ermita de San Marcos, situada, como hemos dicho, sobre una eminencia a la entrada del lugar. Había que proceder con toda clase de precauciones para encerrar a aquellos «fascistas peligrosísimos» en lugar seguro; y tanto para prevenir todo intento de fuga, como para sofocar cualquier conato de sublevación, la fuerza roja adoptó las más severas disposiciones.

Se ordenó a los presos permanecer quietos en los coches, bajo la consiguiente amenaza de muerte a todo el que contraviniera dicha orden. La evacuación del personal que contenía cada vehículo debía hacerse por turno de dos coches cada vez, y mientras no habían sido conducidos al pueblo los hombres correspondientes a un turno, no podían echar pie a tierra los demás.

La conducción desde la ermita a la iglesia, que era el edificio destinado a prisión, se hizo, pues, por grupos de cuarenta a cincuenta hombres, obligados a marchar en apretada formación militar, muy juntos unos de otros, cada uno con su petate a cuestas, custodiados por una escuadra de milicianos bien apercebidos, con la consigna, ya se presume, de matar al que se distanciara un paso de su compañeros. Mientras no volvía la fuerza conductora de un grupo no emprendía la marcha el siguiente. Con método tan riguroso, la operación de conducirlos a todos desde la ermita a la iglesia, separadas por una distancia de cuatrocientos metros, duró largo rato.

Acabada la tarea de meter a los presos en la iglesia, cerraron la puerta y montaron la guardia en torno al edificio, al cual no era permitido acercarse a nadie.

Todo aquel día permanecieron los presos encerrados sin recibir alimento ninguno, ni siquiera agua para mitigar la sed. En iguales condiciones pasaron la noche, abandonados allí, como si en vez de seres vivos hubieran sido inanimados fardos de una mercancía cualquiera.

A la mañana siguiente, sus guardianes abrieron la puerta y entraron, pero no a llevarles alimentos ni agua, sino a registrarles una vez más los bolsillos y los petates, y a quitarles cuanto tenían de algún provecho: ropa, calzado, dinero, algunas alhajas escapadas de registros anteriores, hasta el poco tabaco que les quedaba, dejándoles únicamente lo que de momento no les interesaba para ir recogiéndoselo después. Este despojo lo hicieron, como de costumbre, de una manera brutal, desconsiderada, entre amenazas y burlas crueles que fatigaban tanto como los tormentos físicos del hambre y de la sed.

Acabado el saqueo, los rojos salieron con su presa y cerraron de nuevo la puerta de la prisión. Los desvalijados reclusos que en todo el día anterior no habían recibido ningún alimento, quedaron de nuevo abandonados, bajo la amenaza, al parecer, de un día más de dieta absoluta.

Desde la salida de Almería no se guardaba con ellos régimen ninguno en orden a su mantenimiento ni a las demás necesidades orgánicas. Esto revelaba, aparte una crueldad manifiesta, una desorganización completa de los servicios rojos.

Por fin, en la tarde de aquel día, a las cuarenta y ocho horas de haber tomado el último rancho de judías verdes en el cortijo de Chirán, cuando el hambre los tenía ya desfallecidos, les entregaron una lata de carne rusa de un kilo para cada ocho individuos, y un chusco pequeño por persona. Poco era, desde luego, para reparar el agotamiento producido por tantos días de privaciones, pero ya era algo, en fin, para prolongar la vida, algunas horas más. Lo peor de todo fué que aquel día tampoco les dieron agua.

La sed había de ser desde su llegada a Turón uno de



los más crueles tormentos que los presos habian de padecer en este pueblo, donde dicho liquido escasea mucho.

Recordamos haber leído alguna vez, aunque no sabemos dónde, que un hombre regularmente constituido puede permanecer ocho o diez días seguidos sin tomar alimento, pero que no puede vivir más de tres sin beber agua. A la vista de las privaciones padecidas por los presos de Turón, dudamos mucho de que el postulado anterior sea cierto. Pero, verdad o mentira la afirmación que contiene, en presencia de los hechos que narramos hay que reconocer forzosamente que la naturaleza humana esconde mantediales de energía que sobrepasan los límites de todo raciocinio.

Encerrados tuvieron a los presos todo aquel día y el siguiente, 8 de Mayo. Este día, cuando ya estaban casi todos calenturientos por la sed, les dieron, al fin, una corta cantidad de agua, como siempre, entre insultos, burlas, amenazas y golpes. Por la tarde les repartieron un cocimiento de judías verdes por todo alimento.

Algunos sentíanse enfermos ya, extenuados por las privaciones, atormentados por el duro tratamiento que les daban y abatidos, en fin, por el temor de la muerte, que se cernía implacable sobre ellos.

---

El pueblo de Turón vió con hondo disgusto el establecimiento de aquella colonia de esclavos en su propio seno. Aunque los hombres que la componían iban a realizar allí una obra que más tarde había de ser útil al pueblo mismo, las condiciones en que iban a permanecer en el lugar aquellos desgraciados, los horrores que seguramente se habían de cometer con ellos, fácilmente presumibles dada la psicología y también la calidad moral de los mandos rojos y de sus sicarios, y el carácter de enemigos que unos y otros daban a los presos, y en fin, el espectáculo lasti-

moso que ofrecían, causaron un profundo malestar en todas las conciencias sanas y piadosas del pueblo.

Los turonenses, salvo aquellos individuos de mala casta que defendían el credo marxista, y que ya, mucho antes de que llegaran los presos, habían cometido algunos asesinatos y seguían deshonrando al pueblo con su conducta, los turonenses honrados, decimos, se encerraron en sus casas para excusar en lo posible todo contacto con los elementos propios y extraños que iban a ser, desde aquel día, infames ejecutores de las más odiosas abominaciones.

Turón se vistió interiormente de silencio y luto, como esas poblaciones infortunadas donde, por mandato terrible de la Justicia, se ha de cumplir una sentencia de muerte.



## CAPITULO IV

### EL REGIMEN DE LA COLONIA

El régimen establecido por los rojos en la colonia de presos políticos de Turón, puede decirse que no estaba inspirado en el rigor despótico de un monarca asiático, sino en la crueldad salvaje de un jefe de tribu africana.

No se advertía en dicho régimen un orden impuesto por la severidad de un reglamento de guerra: sólo imperaba allí el proceder arbitrario de una potestad malvada diluida en las facultades ejecutivas de cuantos tenían algún mando sobre los presos. Cada día, cada hora, podía en consecuencia traer para éstos una novedad siempre dolorosa.

El espectáculo casi diario de los asesinatos cometidos unas veces al ir al trabajo o al volver de él y otras en el trabajo mismo; las amenazas de muerte siempre cumplidas en breves horas cuando se dirigían a uno determinado, y ciertas de que habían de cumplirse más o menos pronto cuando se lanzaban sobre la comunidad en general, y el mal trato continuo, no podían ofrecer dudas a ninguno sobre la suerte que a todos les estaba reservada.

La incertidumbre, pues, del momento en que para cada uno había de asomar la descarnada faz de la muerte, que consideraban de todo punto cierta, era la nota dominante en el ánimo de toda la colonia... Convengamos en que semejante estado de espíritu es para todo ser humano una forma de tormento de las más espantosas.

La iglesia de Turón, convertida impliamente por el ateísmo rojo en ergástula de aquellos desgraciados, era el lugar de reclusión donde tenían su alojamiento. La iglesia no era ya más que un amplio espacio rectangular de recios muros y elevada bóveda, sin el menor rastro de ornamentación religiosa, todos los objetos y signos de culto habían desaparecido de ella. Sobre las duras y frías losas, sin jergón, sin mantas, sin almohadas, con el ruín petate por cabecera, descansaban los presos. Vivían en un hacinamiento de rebafío recogido en estrecho redil, devorados continuamente por la miseria y apestando a carne podrida por el sudor y por la mugre.

Era tan enorme la cantidad de piojos, chinches y pulgas que infestaban el local que todos los presos tenían la piel roída por estos asquerosos parásitos.

Como se comprende, el estado de aquellos infelices en orden a la higiene no podía ser más lastimoso. Si apenas tenían agua para beber, es de presumir que menos podrían disponer de ella para asearse ni para lavar los miserables andrajos que mal cubrían sus carnes ennegrecidas por el sol y por la suciedad. Ni siquiera les permitían fregar la escudilla, que, por esta causa, a los pocos días quedó «esmaltada» de mugre.

No pudiendo salir de la prisión sino para ir al trabajo, tenían que realizar las evacuaciones orgánicas en una pequeña habitación sin ventana ni respiradero; situada al fondo de la nave a la derecha del presbiterio. Esta habitación no tenía tampoco pozo ni desagüe alguno. De esta manera, a las dos semanas de usarla como letrina quedó convertida en un lodazal inmundamente espantosamente repugnante; para que el líquido infecto no invadiera la nave

fué preciso cavar el suelo y levantar un lomo de tierra frente a la puerta. Con todo eso, los rojos que, mal de su grado, tenían que sufrir también la pestilencia que de allí salía, acordaron el remedio mandando hacer unos retretes con salida a un pozo negro abierto al exterior.

El amontonamiento de tantos hombres en un local que, aunque amplio, carecía de la ventilación conveniente por estar casi continuamente cerrado, y donde no se realizaban prácticas ningunas de limpieza diaria, acabó por dar a la iglesia un aspecto de cuadra inmundada, donde la suciedad, los insectos, el hedor y la falta de luz causaban miedo y asco.

En estas condiciones la salud de los presos, ya combatida rudamente por el hambre, la sed, los apaleamientos y el trabajo, tenía que resentirse de una manera extraordinaria. Y así fué, pues a las pocas semanas de hallarse en Turón, la mayor parte de aquellos hombres estaban atacados de la más terrible disenteria.

---

Los presos estaban divididos para el trabajo en brigadas; éstas eran cuatro, de unos cincuenta a sesenta hombres al principio, más otra especial llamada de «barreneros» por su función distinta de la de las otras.

El número de individuos de estas brigadas, fácilmente se entiende que no podía ser fijo. Los hombres disminuían diariamente; casi siempre volvían del trabajo menos de los que habían ido a él por la mañana; y los que tenían la suerte de regresar solían encontrar en la iglesia los cadáveres de los compañeros que, por enfermedad o por agotamiento, no habían podido salir de ella aquel día.

Cada brigada tenía asignado para su custodia un pelotón de quince a veinte milicianos mandados por un sargento, que era a su vez el jefe o responsable de la brigada. Además, en cada una había cuatro o cinco capataces que eran presos también, pero no políticos: individuos de baja

estofa, gitanos en su mayoría, de filiación roja, condenados por delitos comunes, y que por estas singulares prendas habían sido escogidos para mandones de los demás.

Estos «recomendables» sujetos, aunque presos, disfrutaban de un trato especial que les reportaba grandes ventajas: se llevaban lo mejor del rancho, podían salir de la prisión a pasear por el pueblo o a explotar la credulidad y buenos sentimientos del vecindario, que, tomándolos por presos políticos, los socorría con largueza, y no trabajaban. Su misión era espiar a los demás presos de día y de noche, delatar cualquiera falta real o imaginaria, y servir de auxiliares y de ejecutores en los apaleamientos y en los asesinatos.

Al amanecer de cada día los presos salían de la iglesia y formaban militarmente en la explanada que hay frente a ella, bajo la amenaza constante de los fusiles, en grupos por brigadas. Allí recibía cada hombre, con insultos y chanzonetas brutales, un chusco de unos doscientos gramos, a veces solo, a veces acompañado de una sardina o de un pequeño trozo de bacalao, por único alimento para todo un día de catorce o quince horas de jornada.

Recibida tan «abundante» munición de boca, emprendían la marcha, cada brigada separada de las otras con sus capataces provistos de varas y su pelotón de milicianos bien apercebidos hacia la cuesta de la Amargura, por donde tenían que pasar diariamente para ir al lugar de trabajo.

¡La cuesta de la Amargura! Antes se llamaba de otro modo. Los presos, por lo mucho que padecían en ella, le dieron el nombre referido. Es un camino muy tortuoso, de asperísima pendiente, que arranca de la hondonada donde se halla el pueblo y sube dando vueltas, a través de barrancadas y peñascos enormes, en una extensión de dos a tres kilómetros, hasta ganar la parte más despejada de la montaña. La subida a pié de esta cuesta es muy penosa, aun sin apremios de tiempo ni de fuerza mayor, por su gran declive y por lo quebradísimo del terreno.

El paso de los presos por ella era siempre a marcha forzada; a la cola de cada brigada los capataces iban dando varazos en las pantorrillas a los más rezagados; y la consigna de los milicianos era disparar sobre todo aquel que se retrasara un paso de los demás compañeros.

Entre los presos había ancianos, había enfermos y había también hombres no acostumbrados a caminar por aquellas asperezas. Imaginad, pues, las angustias de estos desgraciados, obligados a marchar con más celeridad de la que alcanzaban sus fuerzas, bajo la amenaza de una muerte segura si se retrasaban un solo paso de los demás. Sudores y congojas mortales, ahogados por la fatiga, atenazados por el terror, padecían diariamente a lo largo de aquel tránsito terrible de dos o tres kilómetros, hasta llegar a la cumbre de la empinada montaña. En esta trágica cuesta perecieron muchos hombres; caían desvanecidos al suelo, y sus guardianes, en vez de prestarles auxilio, los remataban a palos o a balazos.

En el trabajo, como es de suponer, se exigía a los presos mayor rendimiento del que humanamente podían dar. Aquella carretera era una necesidad imperiosa de la guerra, y había que acabarla lo más pronto posible, forzando la actividad de todos los que trabajaban en ella. Esta dura exigencia habría sido disculpable, desde luego, si en correspondencia a ella se hubieran guardado a aquellos hombres por lo menos las atenciones que los campesinos tienen para sus animales de labor: alimentación adecuada y trato esmerado. Pero para sus feroces guardianes, los presos valían menos que bestias, y a este inhumano y ruin criterio cedían el tratamiento que diariamente les daban.

Así no es de extrañar que con mucha frecuencia encargaran de las faenas más rudas a los más débiles para solazarse primero con su sufrimiento, y para rematarlos, cuando ya no podían más, a tiros o a espionchazos.

A pesar del agotamiento físico que padecían por la falta de alimentación y de descanso, los presos trabajaban

con ahínco para tener contentos a sus capataces y guardianes. Pero estos malvados eran muy difíciles de contentar, y con el menor pretexto, y muchas veces sin ninguno, los apaleaban. Esto sucedía diariamente.

Al volver del trabajo, los presos tenían que llevar a hombros la leña que hacía falta para los servicios del destacamento; gruesos y pesados troncos de almendro o de encina, que tenían que cortar o desarraigar primero y transportar después, subiéndolo y bajándolo lomas a través del campo, hasta llegar al pueblo.

Al anochecer les daban el único rancho del día. En seguida tenían que echarse a dormir. No les permitían hablar durante la noche, ni prestar auxilio a los que se sentían indispuestos o enfermos. Sólo a hurtadillas, en la oscuridad, pues no les daban luz ni les permitían encender siquiera una cerilla, era como podían comunicarse en voz muy baja sus necesidades y sus penas, sus consuelos y sus esperanzas.

Pero ni en aquellas horas tristes y silenciosas de la noche, propicias a un posible sueño reparador de energías y mitigador de tormentos, podían los desventurados dormir tranquilos. Muchas veces sus guardianes, cuando los creían dormidos, entraban con gran violencia y alboroto en la iglesia y recorrían las naves de un extremo a otro, pisoteándolos bárbaramente y repartiendo palos a diestro y siniestro.

---

La alimentación que les daban era en cantidad y en calidad de lo más ruin y detestable que imaginarse puede. Por la mañana, como ya hemos dicho, un pedazo de pan y una sardina o cosa equivalente para todo el día. Por la tarde, al volver a la iglesia, el rancho: éste consistía en un cocimiento de judías, verdes unas veces, secas otras, o de lentejas o de garbanzos, pero tan escasos los granos de estas legumbres, que nunca llegaban

a una docena los que tocaban a cada uno. En ocasiones les daban «carne», esto es, los desperdicios y los huesos ya roídos del rancho de la fuerza, «fritos» en una mezcla de aceite y agua.

Como se comprende, con alimentación tan mísera no podían verse nunca libres del hambre. Esta necesidad les atormentaba a todas horas de una manera cruel; con los ojos desencajados buscaban siempre en torno suyo algo que devorar. En el campo comían todas las yerbas que encontraban a mano, y a falta de éstas, tallos de almendra, pencas de chumba, raíces y cortezas... Por las calles del pueblo recogían al paso todas las basuras que veían.

Mientras que los milicianos comían su rancho, ellos acechaban, ávidos, que afrojasen al suelo los desperdicios para atraparlos; huesos, cabezas de pescado, cáscaras de naranja, todo lo que tiraban, en fin, lo recogían y lo devoraban al instante. A veces los malvados guardianes pisoteaban aquellos residuos para que los presos no pudieran aprovecharlos, pero, a pesar de eso, ellos los arrebataban del suelo, les quitaban la tierra y se los comían.

La sed era para los presos un tormento todavía mayor que el del hambre. Trabajando en pleno verano, bajo un sol abrasador, apenas podían beber en todo el día unos sorbos de agua.

¡El agua! Esta palabra, evocadora de imágenes risueñas que la poesía ha vestido siempre con las más bellas galas del lenguaje humano en todos los idiomas del mundo; esta palabra que trae a la imaginación cuadros siempre llenos de gracia, de rústica alegría, de virginal candor. en los que aparece, ya el regato cristalino corriendo entre limpias guijas, ya la fuentejilla cantarina rodeada de verdura y de flores, ya la cascada ruidosa saltando de peña en peña, o el estanque tranquilo sembrado por la enramada, o el botijo rezumante colgado del emparrado, o ya, en fin, el vaso transparente ofrecido al sediento caminante a la puerta de un cortijo por la blanca mano de una muchacha hermosa... El agua, decimos, era para los már-

tires de Turón motivo de uno de los más terribles tormentos. ¡Causa también de innumerables crímenes!

En aquellos días de verano, en que el caldeamiento del aire y del suelo daba al ambiente una temperatura de horno, aquellos hombres sudorosos, extenuados por el cansancio, apenas podían mitigar la sed.

Era un problema muy grave el proveerse de agua en las horas de trabajo, problema cuya solución costó muchas vidas. Este líquido había que buscarlo en lo hondo de las cañadas que descienden a un lado y a otro de la cumbre donde se trabajaba, y esas cañadas solitarias, perdidas en un laberinto de desiertas lomas, eran una tentación irresistible a los instintos criminales de la soldadesca roja. Ahorrar agua era ahorrar sangre, por lo que apenas bebían lo preciso para no morir abrasados por la sed.

Al pie de la cuesta de la Amargura hay una fuente. Allí bebían al ir al trabajo por la mañana, o al volver de él por la tarde; pero no siempre, sino cuando el humor de sus guardianes lo consentía. Si les era concedida esta gracia, no por eso podían beber en el chorro que salía del caño, sino en el abrevadero destinado al ganado, por lo común lleno de inmundicias. A veces, mientras bebían, les daban un culatazo en la nuca y les zambullían la cabeza en el agua; otras, los cogían de improviso por las piernas y los arrojaban al estanque.

El rancho lo saturaban intencionadamente de sal, y luego, durante la noche, no les llevaban agua. Abrasados por la sed pedían a sus guardianes que les diesen de beber un sorbo siquiera, y entonces les hacían padecer el suplicio de Tántalo; les mostraban desde lejos un cántaro con agua y después se lo llevaban sin consentir que la probasen; algunas veces extremaban su crueldad vaciando el agua en el suelo a la vista de ellos, que morían de sed.

Fácilmente se comprende que los presos hacían vida de completa incomunicación con toda clase de personas incluso con sus propias familias; y no solamente no podía nadie comunicar con ellos verbal ni epistolarmente, sino que a nadie le era permitido acercarse a donde estaban, ni enviarles cosa alguna que pudiera serles de provecho.

Los habitantes de Turón, que seguramente habrían acudido solícitos con su generosidad en socorro de aquellos desgraciados, aliviando, si no sus trabajos, por lo menos su miseria, no podían hacer libremente nada por ellos; porque allí cuanto se oponía a la voluntad crua o al capricho satánico de los rojos era castigado al instante con penas severísimas.

La piedad, sin embargo, tiene como todos los sentimientos nobles rasgos sublimes de heroísmo unas veces, de ingenio otras, en los que brilla siempre el amor al prójimo, y los turonenses dieron muestras de esa virtud repetidas veces a lo largo de aquella cruel tragedia. No pudiendo prestar ningún auxilio a los presos de manera directa, les dejaban en los caminos por donde habían de pasar alimentos u otras cosas que les fueran útiles. A veces, estos piadosos obsequios, verdaderas ofrendas a la Humanidad santificada por el martirio, caían en manos de sus verdugos; lo cual movía a éstos a extremar la vigilancia, haciéndolo más meritorios, por el peligro a que se exponían sus autores, aquellos actos de anónima generosidad.

Los parientes de algunos presos acudieron a Turón tan pronto como tuvieron noticia de la estancia de éstos en el pueblo, con el propósito de verlos y de prestarles algún socorro. Pero les fué negada brutalmente toda petición de permiso para acercarse a ellos ni entregarles nada; y los primeros que llegaron a Turón con tal propósito hubieron de salir precipitadamente del pueblo, ante las amenazas de que fueron objeto, algunos con tanta celeridad que hubieron de dejar abandonadas hasta las cabalgaduras en que habían llegado.

Varias familias lograron, no obstante, ponerse en co-

municación, no de una manera directa con sus deudos, sino con algunos milicianos que capciosamente se prestaron a servir de intermediarios entre ellos. De este modo, esas familias, engañadas por los rojos, enviaban a sus parientes cuanto humanamente podían: ropa, calzado, alimentos, tabaco u otras cosas, que, como se comprende, no iban a poder de sus destinatarios, sino que se quedaban en manos de aquellos intermediarios bribones. El engaño duró algún tiempo, hasta que enterados los sencillos remitentes de tan vil explotación pusieron término a sus envíos.

Merece citarse el caso de una señora de Lorca, cuyo nombre sentimos ignorar, la cual para ver a su esposo y prestarle algún auxilio ideó una treta que revela no sólo un intenso amor, sino también unas facultades inventivas y una decisión dignas del mayor encomio.

Esta animosa matrona llegó un día al pueblo como vendedora de artículos de hule. Enterada, sin duda, previamente, de que la «compañera» del teniente, jefe de las fuerzas, estaba para dar a luz, se presentó a este individuo manifestándole que algunos de los artículos que vendía eran muy convenientes al caso de su señora, y supo darse tanta maña que logró ganarse la voluntad del referido teniente y conseguir que le permitiera pasar unos días en el pueblo. Logrado esto, que era sólo una parte de su negocio, la discreta dama se fingió enferma, y requirió la asistencia del médico de Turón, de quien ya sabía que era hombre de nobles sentimientos y de tradición derechista; le expuso su plan y solicitó su ayuda. Tan eficaz debió ser ésta que la señora lorquina consiguió lo que deseaba. Al marcharse, el teniente, engañado todavía, le facilitó el viaje, mandando que la llevaran en uno de los coches del servicio de guerra.

Otra señora, no menos animosa que la anterior, disfrazada de verdulera, se presentó un día en Turón y pidió permiso para vender frutas y hortalizas en el pueblo. Conseguido este permiso, no sabemos por qué artificios femeniles, dado el extremado rigor policiaco que se ejercía sobre

los forasteros, se estableció con sus cestas en una calle por donde diariamente pasaban los presos. Esta buena señora se contentaba no más que con ver pasar todos los días al ser querido.



## CAPITULO V

### «JUERGA» DE CAFRES

La suerte de los presos enviados a Turón fué la más desdichada, que podía caber a hombres caídos como enemigos en manos de otros. No se trataba en este caso únicamente de explotarlos como bestias de carga, de affigirlos además con castigos corporales y de matarlos, finalmente, a palos, a tiros o de hambre.

Había más; si no lo peor, en orden a la calidad de las torturas físicas que constantemente les hacían sufrir, lo que más podía degradar y ofender la dignidad de aquellos desgraciados: el servir de mofa y de divertimento canallésco a una banda de caribes.

«Una autoridad es tanto más despótica cuanto más bajo está el poder»: esto lo dijo Víctor Hugo. «La gente pequeña, cuando se hincha de vanidad y coge debajo a los que fueron grandes, es terrible, es peor que las fieras»; esto lo escribió Pérez Galdós. Uno y otro autor fueron apóstoles del populacho; a veces descendieron al oficio de procuradores de la canalla. Y decían eso; no pueden ser sos-

pechosos. Despotismo y fiereza, ya hemos visto, no que des-  
puntan, sino que descuellan en la conducta observada por  
los rojos con los presos de Turón; esas cualidades son tí-  
picas de los que, habiendo salido de las capas inferiores  
de la sociedad, se ven de pronto con algún poder o autori-  
dad sobre otros hombres. Pero hacer escarnio del hombre  
mismo, convertir en objeto de mofa su dignidad, eso no se  
concibe más que en seres de la más baja y miserable con-  
dición humana.

La checa de Turón, compuesta de lo más abyecto que  
podría encontrarse en la sociedad, hizo de las pobres víc-  
timas sometidas a su feroz arbitrio, constante objeto de  
burlas injuriosas y crueles. Se valían de ellas para sus más  
soeces y brutales divertimientos con la misma libertad  
con que una banda de salvajes en plena selva habría pro-  
cedido con una presa de hombres civilizados.

Lo mismo en el pueblo que en el campo, cuando se  
les antojaba solazarse, antojo frequentísimo, a costa de  
los presos, los sometían a toda clase de burlescas pantomi-  
mas o de canallecos entretenimientos que tenían tanto de  
grótesco como de inhumano, tanto de sarcástico como de  
cruel.

Uno de sus recreos favoritos en las horas de trabajo  
para matar el aburrimiento de la continua guardia fusil  
en mano y dar motivo de expansión a sus malvados ins-  
tintos era el siguiente:

Mandaban a ocho o diez presos colocarse en fila;  
les obligaban a despojarse de los míseros harapos que ma-  
lamente cubrían sus miembros, hasta quedar en cueros  
vivos, y luego, dos de aquellos sayones que hacían oficio  
de capataces fingiendo uno ser «médico» y el otro «practi-  
cante», representaban la comedia bufa de un «reconoci-  
miento facultativo». La «gracia» del entremés burlesco  
(que a nosotros se nos representa en la imaginación con  
irritantes perfiles de drama volteriano) dependía de la  
mayor o menor capacidad «artística» de los titulados  
practicante y médico.

Fácil es imaginar la serie de torturas físicas y espirituales que habían de aguantar mansa y resignadamente en completa desnudez, aquellos hombres, ancianos algunos, graves y dignos todos, víctimas de tan villano entretenimiento.

Cuando se cansaban de atormentarlos, cuando maceradas las carnes de los infelices por manipulaciones brutales, golpes y pellizcos, apenas podían tenerse en pie (mientras sus verdugos reían a carcajadas y los insultaban soezmente les arrojaban con fuerza jarros de agua vientre y encima puñados de tierra para escarnecerlos más.

Acabado este divertimento, les mandaban vestirse y, por último, para reponer en las cubas el agua malgastada en la infame pantomima, enviaban a dos de las mismas víctimas a la fuente con el debido acompañamiento de milicianos armados de fusil y bayoneta calada.

Este epílogo, siempre doloroso para los presos, porque en el camino eran apaleados sin compasión, solía tener un final trágico, pues era cosa frecuente que en estas expediciones quedara alguno muerto a tiros en lo hondo de un barranco.

Algunas veces, un miliciano llamado el cabo Joaquín, se apartaba un centenar de pasos de la cuadrilla y fingía que se echaba a dormir. Otro de los mandones ordenaba entonces a uno de los presos que fuese a despertarlo; la víctima sabía lo que había de resultar de aquella comisión, pero negarse a cumplirla era exponerse a recibir un balazo, y marchaba a donde estaba el falso durmiente. Este, con los ojos cerrados, al sentirse llamar, fingiéndose malhumorado por haberle interrumpido el sueño, se levantaba bruscamente y con el palo de que estaba provisto para el caso, comenzaba a golpear a su víctima, y dándole garrotazos iba corriendo tras ella hasta llegar al lugar donde estaban los otros. Luego volvía al mismo sitio y se echaba de nuevo en espera de otra víctima que no tardaba en llegar, mandada como la anterior por sus

capataces. La escena se repetía varias veces, hasta que el cabo Joaquín se cansaba de correr y de dar palos.

---

Las facultades inventivas de aquellos bárbaros no tenían freno. Siendo el fin de sus diversiones dar tormento a los desgraciados caídos bajo su férula, el filón de recursos era inagotable, porque las maneras de producir el dolor físico y el dolor moral son múltiples y variadas; y ellos no reparaban en la magnitud de las crueldades que cometían, salvaguardados como estaban por la más absoluta impunidad; ni siquiera podían temer, por falta de conciencia, al propio ramordimiento.

Mandaban algunas veces a uno cualquiera de los presos sentarse en el suelo con el rostro en alto y los brazos cruzados sobre el pecho; en seguida ordenaban a otro que le diese una docena de bofetadas, con fuerza desde luego, so pena de un grave castigo si no obedecía la orden o no la cumplía como se le indicaba. Luego mandaban al que había recibido las bofetadas que se las devolviese en igual número y forma al que se las había dado, puesto en su lugar.

El manteamiento era otro de los recreos favoritos de los milicianos. Cogían en vilo a un preso, lo echaban en una manta y comenzaban a voltearlo por el aire con grande algazara. El juego acababa siempre de la misma manera; lanzaban a la víctima en un último y brioso esfuerzo todo lo alto que podían y, hurtando la manta en su descenso, lo dejaban caer violentamente a tierra. Si el pobre manteado podía levantarse y escapar de sus feroces burladores, no debía quejarse de su suerte. Pero si por causa del porrazo quedaba derrengado y sin fuerzas para levantarse, entonces la emprendían con él a patadas; y si con este heroico expediente no lograban reanimarle y hacerle correr, lo cogían de las piernas y lo llevaban rrastrando a un rincón donde lo dejaban quebrantado.

a veces sin conocimiento. Algunos de estos desgraciados, con la espina dorsal fracturada no volvían más a la vida.

Había entre los presos dos o tres hombres que, por la edad o por alguna dolencia física, andaban con mucha dificultad; no querían quedarse como enfermos en la prisión, porque en ella apaleaban todos los días a los que no habían podido ir al trabajo, y lo hacían de manera tan brutal que muchos murieron, unos en el acto completamente magullados, y otros poco después a consecuencia de las lesiones sufridas.

A estos hombres que caminaban penosamente los escogían para llevar y traer comisiones de unas brigadas a otras, mandándoles ir y volver corriendo. Pero había que divertirse además con ellos, y en el camino, desde una y otra brigada les disparaban tiros para hacerles creer que, tomándolos por desertores, les hacían fuego para matarlos. Y se reían brutalmente con las muestras de pánico que daban aquellos hombres en su dificultosa carrera, apremiados por el temor de que les alcanzase una bala.

La ferocidad de aquellos salvajes llegaba a veces con su brutal cinismo a extremos inconcebibles. Si sabían que algún preso iba a ser asesinado se llegaban a él y con el mayor descaro le decían:

—Oye, tú; dame el chusco, porque hoy no te lo vas a comer.

Fácilmente se comprende el efecto que estas palabras producirían en el desgraciado a quien iban dirigidas.

---

Cuantas barbaridades y extravagancias se les ocurrían a aquellos cafes para divertirse a costa de los presos las ponían en ejecución al instante. Una de las más frecuentes era la de colgarle a uno un cencerro al cuello y obligarle a caminar a gatas delante de las cuadrillas al

ir al trabajo y al volver de él, como los mansos que se emplean de conductores del ganado.

A un preso lo dejaron un día en cueros, le ataron una cuerda a cierta parte de su cuerpo y tirando de ella le hicieron correr varias veces de un extremo a otro del lugar donde trabajaban. A otro a quien apodaban el «Secretario», lo vestían de máscara con los disfraces más ridículos, le colocaban en la cabeza una montera adornada con plumas como los cascos que usan los pieles rojas y, montado en una burra, sirviendo de irrisión y mofa a los que le seguían, lo paseaban por todo el pueblo.

A los dos o tres meses de estar los presos en Turón, como no los habían afeitado ni una sola vez, todos tenían las barbas muy crecidas. Y era un divertimento muy corriente coger a dos por ellas y hacerles chocar los rostros con fuerza hasta reventarles las narices. Un día los mismos guardianes dispusieron por burla afeitar a algunos, y lo hicieron rapándoles solamente un lado de la cara con una hoja de afeitar, pero en seco, sin jabón ni agua, a tajos y tirones, entre risas y chanzas brutales. Todas estas humillaciones y crueldades tenían que soportarlas los pobres presos con mansedumbre y resignación, porque resistirse a sufrirlas o protestar de ellas era irritar a sus verdugos y exponerse, por tanto, a mayores males.

Cuando iban cargados con algún peso les daban empujones o les ponían obstáculos entre los pies para que cayeran, riendo más los malditos cuanto más lastimada quedaba la víctima de su caída bajo la carga. Si transportaban algún cubo con agua se lo volcaban en el suelo para hacerles repetir el trabajo: lo más frecuente era que le arrebataran el balde y se lo vaciaran sobre el cuerpo, siempre riendo los efectos de su estúpida crueldad.

Un día enterraron vivo a un preso, dejándole la cabeza al aire y tomándola como blanco, comenzaron a dispararle tiros; no le acertó ninguna bala, (acaso tiraban a no darle para asustarlo) pero fueron tantas las que le dispararon que cuando dejaron de hacerle fuego tenía la

cabeza casi cubierta de la tierra levantada por los proyectiles en torno suyo. Lo sacaron medio asfixiado del hoyo y tan aterrorizado que no podía dar un paso. Los autores de la hazaña reían entre tanto a carcajadas.

Los apaleamientos eran diarios, lo mismo en el campo que en la prisión, así de día como de noche, con pretexto o sin él. Los capataces y los milicianos iban siempre provistos de varas o de recias estacas, con las que de continuo martirizaban a los presos.

Cuando más descuidados estaban éstos entregados afanosamente al duro trabajo de desmontar terreno o de quebrantar piedras, uno de los capataces, requiriendo su vara, decía a los vigilantes; «Ahora voy a darles una vuelta». Y comenzaba a dar garrotazos a los que trabajaban, pasando de uno a otro con la misma diligencia y no menor brío con que un carretero apalea a las mulas que tiran del carro.

En la iglesia quedaban casi siempre algunos hombres; los que maltrechos y extenuados por los tormentos y el hambre no podían moverse; sabían muy bien que en la prisión corrían más peligro de morir que fuera de ella, pero la falta de fuerzas y los agudos dolores que sufrían les obligaban a permanecer echados en el suelo mientras sus compañeros se iban al trabajo.

A estos desgraciados les daban palizas brutales. Llegaban los milicianos, armados de estacas, a donde estaban caídos y, sin la menor consideración a su lastimoso estado, comenzaban a darles palos y patadas, riéndose ferozmente de sus ayes y de sus súplicas, que de nada servían para aplacarlos.

El apaleamiento continuaba mientras las víctimas daban señales de vida. Cuando, ensangrentados los cuerpos, rota la cabeza y partidos los brazos, las costillas y las piernas, quedaban inmóviles, los victimarios, creyéndolos muertos, los dejaban. Casi todos, en efecto, morían en el acto. Algunos, no obstante, sobrevivían unos momentos, y, cosa singular, sintiéndose morir, empleaban sus últimas

fuerzas en ganar, arrastrándose, las gradas del presbiterio, donde espiraban.

Los que regresaban luego del trabajo hallaban sus cadáveres.

---

Pero la jornada de sufrimientos físicos y morales no había terminado aún para los que acababan de llegar. Tenían todavía que recibir el rancho. No se crea que la hora de la comida fuese esperada por aquellos hombres famélicos y extenuados con vivo deso; y no se crea tampoco que la desgana que manifestaban fuese por repugnancia a la bazofia que les daban por alimento, la cual habrían devorado con placer de haber podido alcanzarla impunemente. Era que el acto de repartirles el rancho servía de ocasión a la horda roja para ejercitar una vez más sus crueles instintos en ellos.

Colocados los presos en fila en la explanada que hay frente a la iglesia, o bien dentro de la iglesia misma, iban por turno saliendo de ella con la escudilla en la mano. La víctima llegaba así al lugar donde estaban los rancharos con la marmita humeante; allí le echaban su ración en el plato, sin dificultad desde luego; pero al tiempo de volverse para entrar en la prisión le descargaban por la espalda unos cuantos garrotazos, ora en la cabeza, ora en los hombros, que le decían soltar la escudilla de las manos o cuando menos volcar su contenido, quedando de todas maneras sin comer y apaleado.

—¡Toma, canalla, ladrón!—le decían al tiempo de darle los palos, y se reían bárbaramente.

Otras veces la crueldad de aquellos salvajes mostraba refinamientos más inhumanos: al tender la víctima su escudilla para recibir el rancho, en vez de volcarle el cazo de caldo hirviendo en ella se lo vaciaban intencionalmente sobre las manos, produciéndole con ello quemaduras de difícil curación después. Todo esto lo hacían con

el consiguiente acompañamiento de denuestos y carcajadas brutales.

Por temor a estas crueldades muchos de aquellos desventurados rehusaban el rancho y se quedaban sin comer. Y hacían esto de buena gana, porque, seguros de morir, preferían la muerte por hambre.

Había entre los presos un padre y un hijo.—Más adelante detallaremos este caso.— Un día mataron al muchacho y la noche de ese mismo día, insepulto aún el cadáver del desgraciado joven, obligaron al infeliz padre a pasarla toda entera en vela, cantando los himnos rojos que ellos le hacían entonar y aprender a viva fuerza. El tormento de este pobre padre, que no era un hombre de condición vulgar sino un señor que tenía la carrera de abogado, fué para aquellos miserables, motivo de regocijo y fiesta durante toda la noche.

Cierto día se presentó en Turón un castrador de puercos; trabó amistad con unos milicianos y éstos le invitaron a beber vino: en poco rato se emborracharon todos. En este punto se le ocurrió a uno de ellos la bárbara idea de que el castrador ejerciera su oficio en unos presos que habían quedado, en la iglesia, enfermos, aquel día.

La idea pareció a todos, incluso al mismo castrador «magnífica», y decididos a ponerla en práctica se encaminaron resueltamente a la prisión. Suerte fué para los presos amenazados de una mutilación tan horrible que un paisano apellidado Moreno, —hombre de izquierdas, pero de buen juicio,— enterado del propósito de aquellos cafres, les saliera al paso cuando ya iban a penetrar en la iglesia y les hiciera desistir de tan criminal intento.

El hecho no llegó, pues, a realizarse por la oportuna y afortunada intervención del paisano referido, pero hasta sólo el propósito en vías de ejecución para poner de relieve la maldad de aquellos miserables.

Como no se daban intentos de fuga, porque los presos sabían muy bien que era imposible escaparse, les facilitaban con intención perversa ocasiones que despertaban en ellos la tentación de huir.

Un día, al dar de mano, ordenaron a un preso que se echara al suelo y se estuviera quieto hasta que todos se hubieran marchado. Hizolo así, y pasado un rato el infeliz se vió sólo, sin nadie al parecer por aquellos alrededores que pudiera ver lo que hacía. Pero no se le ocultó la malvada intención de la treta que se le jugaba, y en vez de huir para ponerse en salvo, corrió a incorporarse a sus compañeros, defraudando el gusto de los que, puestos en acecho, aguardaban su intento de fuga para matarlo. No se libró, sin embargo, del susto de oír silbar las balas en torno suyo mientras corría.

Otro día se hallaban dos presos limpiando una alcantarilla, vigilados, desde luego, por un centinela fusil en mano. No había nadie por aquellas cercanías. Uno de los presos trabajaba dentro de la atarjea llenando espueñas de tierra que el otro desde afuera recibía para vaciarlas al exterior. Estando en esto, el vigilante, dirigiéndose al de afuera, le dijo en voz baja:

—Dile a ése que yo me he ido, y que podéis escaparos.

El que recibió el mandato no podía excusarse de cumplirlo, aun conociendo todo su alcance. Pero el que se hallaba abajo, que seguramente no era sordo y estaba con el oído alerta, oyó las palabras del miliciano y respondió a la insinuación de su compañero:

—Márchate tú, si quieres, que yo estoy bien aquí.

Si el desgraciado no hubiese tenido la suerte de oír las palabras del centinela y hubiera dado crédito a su compañero, es seguro que al tratar de huir habría sido muerto a tiros, que era lo que aquél pretendía.

Una tarde, al volver del trabajo, sin que nada hiciera sospechar resolución tan amenazadora, mandaron a los presos que se colocaran al borde de un desmonte en filas de a tres en fondo, bien cerca unos de otros. La fuerza

en número de unos cien hombres formó detrás de ellos con los fusiles prevenidos.

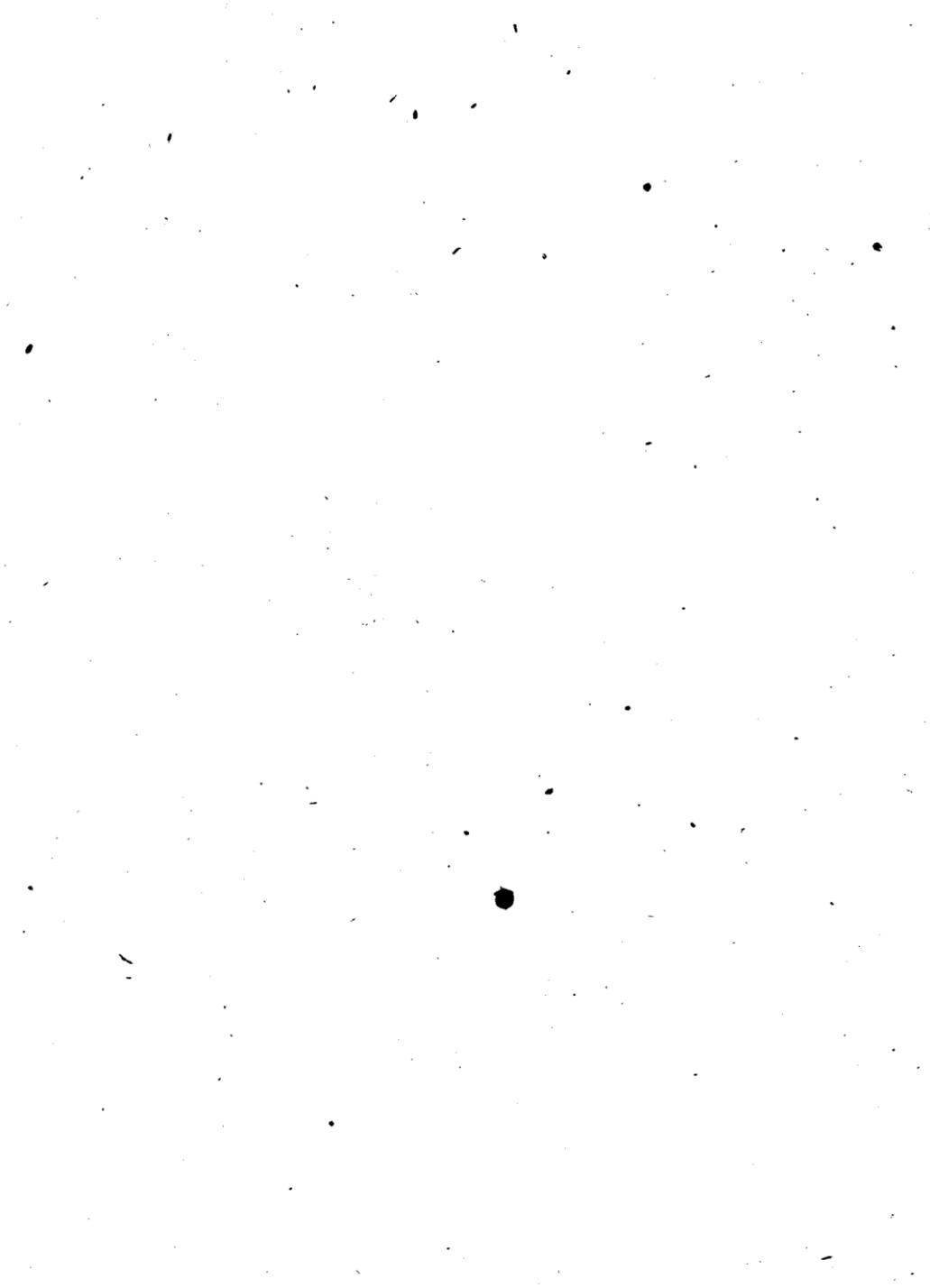
La sorpresa que con esta determinación experimentaron los presos, a pesar de estar harto acostumbrados al temor continuo de la muerte, fué extraordinaria. Y todos se vieron asaltados repentinamente por el mismo pensamiento: «Ha llegado nuestra última hora».

Es de creer que entre las tinieblas sombrías con que el pavor les llenara el alma en tan terribles momentos, se les ofreciera una consideración, espantosa en su forma, pero consoladora en el fondo: La de que iban a cesar, por fin, todos sus padecimientos en este mundo.

Pero por lo que resultó luego, todo aquel aparato siniestro no tenía otro objeto que el de aterrorizarlos. Es de creer que así fuera, y que para que pareciera más que iba de veras adoptaran todas las prevenciones de un formalismo justiciero terrible. Así, dispuesto todo para la ejecución en masa, aguardaron a que llegara cierta orden que se precisaba, orden o simulacro de tal que había de traer un sargento, el cual tardó una hora en llegar al lugar donde todos estaban.

El tormento, que duró todo el tiempo dicho, cesó al fin cuando les mandaron romper filas y continuar el regreso al pueblo.

No tiene, pues, nada de extraño que uno de aquellos desgraciados se volviera loco.



## CAPITULO VI

### SANGRE

Ya hemos dicho que en el cortijo de Chirán, del término de Berja, cayeron asesinadas la noche del día 5 de Mayo las dos primeras víctimas de la tragedia de Turón. Sus verdugos no tuvieron paciencia para aguardar a que la expedición llegara a su destino; tenían sed de sangre, ansias de matar.

Aquellos asesinatos fueron como un ensayo de lo que había de venir después. Precisaban, además, el móvil de las autoridades rojas al sacar de la prisión a aquellos hombres, y señalaban, por último, el fatal destino de éstos.

Cuatro días después, el 9 de Mayo por la mañana, los jefes del destacamento dispusieron la salida de los presos para el trabajo. No habían de ir todos sino la mitad, distribuidos en dos brigadas de unos sesenta hombres cada una.

Muy temprano les mandaron salir a la explanada que hay frente a la iglesia: en medio de un gran apar-

to escénico de amenazadora vigilancia les ordenaron colocarse en formación militar, y sin darles desayuno ni provisión de ninguna clase para la jornada, les entregaron las herramientas de trabajo —picos, azadas, palas, barrenas, etc.— Esto lo hicieron sin tener para nada en cuenta la edad ni las condiciones físicas de los individuos que habían de manejarlas.

Seguidamente dieron la orden de partida, y una brigada tras otra, custodiada cada una por un pelotón de milicianos mandados por un sargento, emprendieron la marcha hacia el lugar de trabajo.

A la salida del pueblo comienza la larga y empinada cuesta del viejo camino de herradura que conduce a las alturas del calar de Valbuena, ¡la trágica cuesta de la Amargura! Por ella habían de subir los hombres que componían cada brigada sin poder distanciarse más de un paso uno de otro. La consigna era terrible.

En la expedición iban hombres de avanzada edad, hombres enfermos y extenuados por las privaciones, hombres, en fin, la mayoría de ellos, como ya hemos dicho, no acostumbrados a caminar por sitios tan ásperos y peligrosos. Sin embargo ninguna de estas consideraciones llegaron a tener en cuenta sus conductores, los cuales con crueldad inhumana, como si guiaran bestias de carga, les obligaban a caminar a marcha forzada por la cuesta arriba.

En estas condiciones no había de tardar mucho el cansancio en apoderarse de ellos, y con el cansancio la imposibilidad para los más débiles de continuar la marcha. Así fué que, a poco más de un kilómetro del pueblo, uno de aquellos infelices, D. Miguel Almansa Cuevas barón de Toga, sudoroso, angustiado, con los ojos que parecían salirsele de las órbitas y el aliento entrecortado por la fatiga, en la actitud, en fin, del hombre que ha gastado todas sus fuerzas, cayó al lado del camino exclamando;

—¡Dios mío, no puedo más!

El sargento Martín se volvió rápidamente, pistola en mano, en actitud amenazadora.

—Este canalla no quiere andar—dijo—. Pero yo le haré que ande aunque no quiera.

Algunos milicianos se unen a su jefe, y tan iracundos como éste comienzan a insultar al pobre caído, y a fuerza de culatazos le obligan a levantarse.

El señor Almansa Cuevas, intimado de manera tan brutal, hace un esfuerzo y con paso torpe y fatigoso avanza cuesta arriba unos cien metros más. Pero este avance agota por completo sus últimas energías, y más pálido ya que la misma muerte, cae por segunda vez al suelo.

El sargento no quiere ya gastar palabras; alarga el brazo, empuñando la pistola, y hace fuego sobre el infeliz caído. Sus milicianos le secundan disparando sus fusiles. Y el señor Almansa queda muerto en medio del camino.

Los momentos son de terror indescriptible para los presos.

Los compañeros de este pobre hombre, que han sido testigos involuntarios de su muerte, tiemblan de espanto. De este bárbaro asesinato, cometido de manera tan brutal e inesperada, han sacado una consecuencia terrible: el menor signo de debilidad es nuncio de una suerte igual para todos. Y este convencimiento hace más inminente el peligro que les amenaza, porque los acobarda más.

Enmudecidos por el terror siguen, no obstante, avanzando cuesta arriba, bajo una lluvia de denuestos y amenazas de sus conductores, excitados ahora más vivamente por el crimen que acaban de cometer. Pero no habían de pasar muchos minutos sin que les alcanzase una nueva ráfaga de la tragedia que rugía sordamente como una tempestad en torno de ellos.

Unos doscientos metros más arriba de donde había quedado el cadáver del barón de Toga, ya casi mediada la parte más áspera de la terrible cuesta, un señor llama-

do don Félix Cuevas Cano, no pudiendo dar un paso más, cae a tierra con el livor de la muerte en la cara.

Sus guardianes le mandan, apuntándole con los fusiles, que se levante y siga andando, o morirá de la misma manera que el anterior. Pero el señor Cuevas Cano está completamente agotado de fuerzas, no puede moverse, y con voz dolorida pide clemencia a sus verdugos:

—¡Tened compasión de mí! ¡Soy ya muy viejo! ¡Estoy enfermo también! ¡Y no puedo andar más!

Pero aquellos criminales parece que no tienen sentimientos humanos, y por toda contestación le hacen una descarga que le arranca la vida.

«A pocos metros de él—escribe un superviviente—estaba D. Gabriel Rodríguez Córdoba, pálido, descompuesto, con los ojos desorbitados. Tampoco él podía seguir andando por estar enfermo y físicamente agotado, y ya veía cómo aquellos criminales procedían con los que no podían caminar.»

Advierten los milicianos su actitud desfallecida, y le increpan ferozmente:

—¿Tampoco quieres andar tú? ¡Pues toma!

Y descargan contra él los fusiles sin aguardar a que el pobre hombre pueda responder palabra. En seguida amenazan con matarlos a todos, pero no a tiros, sino a bayonetazos.

«Qué momentos de horror fueron aquellos —dice el cronista ya citado—. No hay palabras con que describirlos. Las piernas nos pesaban una enormidad; nuestros pies se pegaban al suelo y teníamos que hacer esfuerzos inauditos para poder moverlos.»

Continúan, no obstante, la marcha cuesta arriba. La parte más difícil de la pendiente está próxima a terminar. El camino se ofrece, a no mucha distancia, menos áspero y más llano, y esto los anima, les da fuerzas para seguir avanzando, a pesar del terror y del cansancio que entumescen sus miembros.

Llegan, por fin, al lugar de trabajo sin más incidencias sangrientas. El tránsito penoso de aquella cuesta trágica ha sido vencido. Tres cadáveres han quedado en ella, es verdad, tendidos al sol, ensangrentados, sin que haya manos piadosas que les den sepultura. Pero el peligro de morir los demás en aquel áspero camino aquella mañana ha pasado.

Sin embargo, la incertidumbre de lo que ha de suceder en las restantes horas de aquel día luctuoso, ante una labor que no saben qué modalidades siniestras puede ofrecer, unida al recuerdo trágico de lo ocurrido momentos antes, tiene los ánimos entenebrecidos de pavor. La idea de una muerte cierta, inminente, ya entrevista noches antes en el cortijo de Chirán, vuelve a clavarseles en el pensamiento, y, mudos de espanto, apenas se atreven a mirarse unos a otros, temerosos de que una mirada mal entendida pueda encender de nuevo la cólera de sus verdugos.

Y dan comienzo a su labor con muchas ganas de trabajar, a pesar de estar desfallecidos. Quieren hallar en el duro ejercicio un asidero a la vida, que parece huir de ellos; quieren encontrar en la fatiga un olvido de toda aquella realidad trágica que les rodea; quieren, en fin, hacer algo que requiera todas las fuerzas del cuerpo y del espíritu para no tener que mirar a sus guardianes, cuya vista les llena de horror el alma.

Los rojos parece que se dan por satisfechos, al fin, con aquellas tres víctimas. Su furor se ha tornado en alegría salvaje, y devoran gozosos una succulenta merienda de pan y carne a la vista de los presos, desfallecidos de hambre, sed y cansancio. Para éstos no hay comida ninguna en toda la jornada.

Al atardecer les mandan suspender el trabajo y volver al pueblo. Al descender por la trágica cuesta de la Amargura, tienen que pasar por el dolor de ver tendidos en el camino, rígidos ensangrentados y cubiertos de moscas, los cadáveres de sus infortunados compañeros, ase-

sinados aquella mañana. Desearían darles sepultura, aunque fuese allí mismo, junto al camino, para librarlos de toda profanación, pero ninguno se atreve a intentar esta santa obra de misericordia, ni siquiera a solicitarla de sus guardianes, y tienen que seguir la marcha impasibles, escondiendo su emoción, cuesta abajo.

—¡Así os tenemos que ver a todos!—les dicen sus conductores al pasar junto a los muertos.

Llegan al pueblo y los encierran en la iglesia. Los que han quedado allí tampoco han comido en todo el día. Por fin, a las nueve de la noche les dan a todos el rancho: una ración escasa de judías verdes cocidas sin condimento de ninguna clase. Luego, una corta cantidad de agua en la misma lata en que han comido, sin permitirles fregarla siquiera.

Y se echan a dormir bajo la impresión terrorífica de los sucesos de aquel primer día de trabajo.

La idea de que van a morir asesinados todos se afirma cada vez más en ellos, y les llena de duelo el alma...

—¡Hoy han sido tres! Mañana ¿cuántos serán?— se dicen unos a otros en voz baja, en medio del silencio y de la oscuridad de la prisión.

Ninguno puede cerrar los ojos. Es una situación demasado terrible la suya para que sus nervios puedan ganar ese estado de laxitud que permite conciliar el sueño. De vez en cuando rompe el silencio algún golpe de tos seca, mal contenida; otras veces es un quejido tenue que se escapa contra la voluntad. Y algo así como un levisimo rumor, que se adivina más que se oye, de oraciones musitadas apenas por los labios, parece aletear durante toda la noche sobre aquella negra masa de hombres amagados por la guadaña de la muerte. ¡Rezar! ¡Rezar porque se cre! ¡Qué consuelo más grande para el ánimo en las horas negras de la tribulación!

Amanece al fin. La puerta de la cárcel se abre y aparecen en la claridad de la madrugada llena de efluvios primaverales las figuras terribles de los milicianos con fusil y bayoneta calada. Una oleada de aire fresco, matinal, penetrando gozosa en la prisión, orea los rostros estragados por el insomnio. Y se levantan todos los presos a las voces de mando, mezcladas con injurias y blasfemias, de sus guardianes.

Estos mandan salir afuera a los que no habían trabajado el día anterior. Indudablemente, o no hay picos y palas para todos los presos, o no se atreven a sacarlos a todos de una vez hasta haber probado sus condiciones disciplinarias y sus aptitudes para el trabajo.

Sea como fuere; con el mismo ritual del día de antes los proveen de herramientas y les hacen marchar. A estos les han dado un chusco para toda la jornada.

Al pasar por la fuente, donde comienza la cuesta, algunos piden que les permitan beber. Se lo consienten, pero ha de ser bebiendo en el pilar del ganado, lleno de inmundicias.

Y comienza la ascensión por la áspera y ya trágica pendiente de la cuesta de la Amargura, con las mismas disposiciones y con igual consigna que el día anterior: Marcha forzada y pena de muerte para el que se retrase un paso de los demás.

Pronto encuentran el primer cadáver, insepulto aún, de los asesinados veinticuatro horas antes. Poco después pasan sobre los otros, que aun yacen en medio del camino. Algunos de estos cuerpos han sido ya mordidos por las alimañas. El estado de descomposición, que ya empieza a manifestarse con tonos repugnantes en ellos, hace su vista más horrorosa.

—¡Así os tenemos que ver a todos!— repiten con feroz sarcasmo los milicianos.

La macabra visión y la sangrienta amenaza producen en algunos presos síntomas de desmayo. De pronto.

uno de aquellos desventurados, D. Luis Gay Padilla, se siente desfallecer y se detiene vacilante.

—¡Yo no puedo más!—exclama con voz angustiada.

Los rojos, sin más trámites, se encaran los fusiles y hacen fuego contra él. El señor Gay Padilla cae al suelo con la cabeza destrozada.

Ha comenzado la matanza de aquel segundo día. El pánico corre por toda la cuerda de presos con la velocidad y la fuerza destructora de un rayo. Están a punto de caer a tierra todos, deshecho el ánimo por el sacudimiento de una emoción tan repentina y brutal. Se reponen, sin embargo, y continúan ascendiendo.

Pero un poco más arriba, otros dos hombres, D. Fernando García Espín y D. Gabriel Carvajal López, agotados ya física y moralmente, se detienen y buscan apoyo para sus cuerpos vacilantes en las piedras que bordean el camino. Piden unos segundos de descanso para continuar. La respuesta es una descarga cerrada que los deja muertos instantáneamente.

En esto ocurre de pronto algo insólito, insospechado. Uno de los presos comunes que van mezclados con los políticos, un individuo de filiación comunista, condenado por robo—acaso injustamente—llamado José Rodríguez Sánchez, al que apodaban «Ventura el Motrileño» por ser natural de Motril, este hombre, decimos, levanta su voz airada y con gesto viril dice:

—¡Esto no debe hacerse con los hombres!

—¿Qué dices tú?—le increpa el jefe de la fuerza.

—Digo—contesta con energía—que el Gobierno no manda los hombres aquí para que los maten de esta manera.

—¡Sal de la fila!—ruge el jefe rojo, tartamudeando de cólera.

El Motrileño es hombre animoso que no teme a la muerte, y sin vacilación se aparta de sus compañeros. Unos segundos después cae al suelo acribillado a balazos.

Apenas ha salido el sol y van ya cuatro bárbaras in-

molaciones. Pero la parte más difícil y peligrosa de la cuesta ha sido ya dominada. Los rojos van como el día anterior ebrios de cólera, y es de temer que, repentinamente, manden hacer alto y la emprendan a tiros con todos. Este juicio espantoso, que a todos domina, les hace caminar con más rapidez, a lo que contribuyen ya por fortuna las mejores condiciones del camino en aquella parte cercana a la cumbre de la montaña donde está el lugar de trabajo.

Por fin llegan a él sin más víctimas. Pero estas dos brigadas de trabajadores, que han recibido el primer ensayo con más daño que las del día anterior, no han de tener tampoco la suerte de éstas en el resto del día. La furia roja ha de producir en ellas una baja más, iniciando una nueva forma de eliminar vidas, que, a lo que parece, era el objeto fundamental de aquella expedición de hombres a las montañas de la Alpujarra.

Aquel día fué asesinado también el médico de Almería D. Diego Flores Flores. Los capataces creyeron que no trabajaba bien y dieron cuenta del hecho al siniestro sargento Martín.

Este acudió inmediatamente, y el señor Flores le dijo:

—Yo no se manejar bien esta herramienta, y mis esfuerzos con ella son de poca utilidad. Soy médico, y creo que sería de más provecho para todos que yo ejerciera aquí mi profesión.

El sargento reflexionó un poco, y disimulando sus malvadas intenciones contestó con irónica seriedad:

—No has hablado mal, hombre. Pero ya que has venido hoy al trabajo, si no puedes hacer nada con la espiocha irás a traer agua.

Y volviéndole la espalda con una sonrisa siniestra en los labios, buscó a un preso común, malagueño, que antes había trabajado en Fortificaciones, y entregándole su pistola le ordenó sacar de la brigada al señor Flores y darle muerte.

Con el pretexto de ir por agua, como había dicho el sargento, el malagueño llevó a su víctima a un barranco. Allí le hizo un primer disparo que le dió en el vientre; mientras el pobre médico, acometido así, inesperadamente, por su asesino, se defendía, amparándose con las manos, recibió otro disparo que le atravesó una muñeca. Por fin, un tercer disparo le acertó en la cabeza y lo dejó muerto.

Cinco fueron, pues, las víctimas de aquel día.

Al atardecer volvieron al pueblo los presos en igual forma que el anterior, pasando sucesivamente junto a los siete cadáveres abandonados a lo largo de aquel ensangrentado camino.

Al día siguiente, por la tarde, los jefes rojos ordenaron enterrar aquellos cuerpos, comidos ya en parte por las alimañas, y cuyo mal olor hacía fatigoso el tránsito por los lugares en que yacían.

Para realizar esta operación mandaron a algunos compañeros de las víctimas cavar unas fosas; pero no les permitieron darles las dimensiones necesarias, y ocurrió que al colocar en ellas los cadáveres algunos no cabían, y para hacerles entrar, los mismos rojos se subían sobre ellos y les quebraban las piernas o les seccionaban la cabeza.

Enterrados así, tan superficialmente y hechos trozos, se explica que al verificar después las exhumaciones para el traslado de los restos se haya observado la falta de algunos miembros, sacados sin duda de la tierra por los perros u otros animales.

## CAPITULO VII

### MAS SANGRE

Después de aquellas dos primeras jornadas de terror vienen unos cuantos días de relativo sosiego. Los presos van ya todos al trabajo, repartidos en cuatro brigadas, más la especial de «barreneros», según dijimos anteriormente.

La bestia roja parece como adormecida en los días siguientes al 9 y 10 de Mayo; parece como si, ahita de sangre, sintiese la modorra de una digestión lenta y pesada.

Pero si los informes que hemos podido recoger hasta este momento no señalan ningún asesinato en la semana comprendida, entre el 10 y el 17 de Mayo, no puede asegurarse tampoco de una manera absoluta que los rojos no diesen muerte a ningún preso en esos días. Han caído en Turón muchos hombres en el más completo misterio, sin que se conozcan las fechas ni las circunstancias en que fueron asesinados: de algunos, ni siquiera los nombres. Por eso hemos dicho antes y repetimos ahora que en esta bárbara tragedia de Turón hay hechos que probablemente no podrán ser aclarados jamás.

Tampoco queremos decir que las condiciones en que vivían los presos mejorasen en ese tiempo. El bárbaro rigor con que eran tratados, lo mismo en las horas de encierro que en las de trabajo, no experimentó atenuación ninguna: al contrario, cada día era más dura e inhumana la opresión que se ejercía sobre ellos: los apaleamientos brutales, el hambre, la sed, las marchas forzadas, el trabajo abrumador de bestias a que se les obligaba bajo la constante amenaza de la muerte; todas esas penalidades físicas, unidas a las morales de la injuria, el escarnio y la mofa soez y canallesca, aumentaban de día en día, y hacían cada vez más duro el tormento a que estaban sometidos.

El día 17 de Mayo se señala en los fastos de este sombriamente drama de Turón con cinco asesinatos.

Producen cierta sorpresa estas repentinas exacerbaciones de la criminalidad roja. Parece como si obedecieran a excitaciones apremiantes venidas de afuera. Este juicio coincide con la declaración siguiente, tomada del artículo varias veces citado: «También había personas que se «interesaban» por los presos de Turón, cuyo pueblo visitaban con frecuencia. Y, por lo general al día siguiente de ir un auto a Turón aumentaba el número de víctimas, habiendo días en que se cometían diez, doce y hasta catorce asesinatos». Esta afirmación la veremos comprobada plenamente más adelante.

Dicho día 17 sucumbieron, víctimas de la barbarie roja, los hermanos D. Dionisio y D. Juan Martínez Martínez, vecinos de Almería; el cuñado de éstos D. José María Gallego Almansa, de Fñana; D. Antonio Simón, Campos, de Málaga, y D. Pedro García Haro, de Albox.

Las noticias que tenemos de la muerte de los dos primeros señores son muy vagas; no hemos podido averiguar otra cosa sino que los dos hermanos fueron sacados al mismo tiempo de la brigada en que trabajaban, que los llevaron a un lugar algo apartado de ella y les dieron muerte a tiros. Pero, posteriormente no han sido

hallados más que los restos de uno de ellos (al menos así resulta de las relaciones publicadas), lo que hace dudar de que murieran juntos.

Don José María Gallego Almansa estaba enfermo. Tenía contusiones graves en un brazo y una pierna a consecuencia de los malos tratos, por lo que no estaba en condiciones de andar ni de trabajar. La mañana del 17, al pasar lista dentro de la iglesia, no se levantó; sus guardianes se dirigieron entonces al sitio en que permanecía echado y, brutalmente, a palos y a patadas como si fuera una bestia, sordos a sus quejas y a sus ruegos, le obligaron a ponerse en pie, y a unirse a sus compañeros para marchar con ellos al trabajo.

El infortunado señor, haciendo esfuerzos dolorosos, salió de la iglesia con los demás hombres de su brigada. En la cuesta de la Amargura, sus guardianes, con el fin de atormentarlo más en su debilidad, le hicieron caminar más aprisa que otros días. Tal vez esperaran verle flaquear para tener un pretexto y asesinarlo antes de llegar arriba. Pero el pobre hombre, conocedor del peligro que corría su vida, tuvo energías suficientes para sobreponerse al dolor y llegó al trabajo al mismo tiempo que sus compañeros.

Mas no había de librarse por eso de la muerte. Los capataces le encargaron una de las más duras y pesadas faenas que allí se practicaban, temible más que por la naturaleza de la labor misma, por las condiciones en que obligaban a realizarla. Esta faena era la de transportar tierra con una carretilla desde el desmonte al vaciadero. Este trabajo, con la carretilla sobrecargada intencionalmente, y obligando al portador a conducirla por los sitios en que el suelo, por estar muy removido y blando e por tener muchas piedras, ofrecía los mayores obstáculos al paso, constituía un suplicio terrible, algo semejante al castigo espantoso de Sisifo.

El señor Gallego Almansa aceptó con resignación aquella labor y comenzó a realizarla empleando para ello



todas sus fuerzas. «Hizo el primer viaje muy bien—nos dice el testigo relator de este suceso—y al segundo, sin motivo ninguno, porque marchaba igualmente sin el menor embarazo, el centinela que lo vigilaba le disparó por la espalda y le hizo caer boca abajo sobre la misma carretilla. Luego, arrastrando el cadáver de una pierna, lo arrojó por el vaciadero.»

Había quedado atrás, al hacer el desmonte, en uno de los trozos una piedra de gran tamaño ocupando el centro de la carretera. Era preciso quitarla para desembarazar el camino, y este mismo día dos milicianos llevaron a D. Antonio Simonet Campos para que realizara esta labor.

Era imposible que un hombre sólo que no fuera un Sanjón o un Hércules pudiera mover siquiera peñasco de tanto peso; ellos lo sabían muy bien, pero no se trataba precisamente de quitar aquel estorbo del sitio que ocupaba, sino de servirse de él para atormentar primero y matar después al señor Simonet Campos.

Este, aun comprendiendo que todos los esfuerzos que hiciera habrían de ser inútiles, abrazó al peñasco y forcejeó desesperadamente para removerlo. Los rojos, a corta distancia, lo contemplaban, riéndose brutalmente de su afanosa cuanto estéril brega, y amenazándole con matarlo si no acababa pronto el trabajo encomendado.

El suplicio no podía ser de larga duración. La pobre víctima gastó en pocos minutos de inútiles esfuerzos todas sus energías, y rendido al cabo, sudoroso, con la respiración entrecortada por la fatiga, a pesar de las excitaciones amenazadoras de sus guardianes, cayó de bruces sobre la piedra misma y quedó inmóvil. En aquella actitud, al parecer de renunciación completa de la vida, de suprema resignación también, sus verdugos dispararon sobre él y lo dejaron muerto.

A D. Pedro García Haro lo asesinaron también este mismo día. Este pobre señor estaba casi ciego y con frecuencia iba tropezando y cayendo en el camino. En una

de estas caídas cerca de la fuente del Chorrillo a la salida del pueblo, cansados ya de aguantar las molestias de su torpe andar, los milicianos les hicieron fuego y lo mataron.

Matar era, como se ve, para aquellos salvajes una cosa sin importancia; disparar un tiro sobre un hombre, un acto tan sencillo como arrojar al suelo la punta de un cigarro. Un estado de conciencia humana tan primitivo, tan cercano a la bestialidad es de comprensión difícil para todo hombre medianamente civilizado. Por eso, lo hemos dicho y lo repetimos una vez más, los crímenes de Turón son un caso único de fría maldad en la historia de la revolución y de la guerra españolas.

---

El día siguiente, 18 de Mayo, cayeron víctimas del plomo criminal de los rojos otros cinco hombres. Los dos primeros fueron los hermanos D. Francisco y D. José Oliveros Ruiz, vecinos de Almería, donde eran muy conocidos y estimados por sus muchas relaciones y amplio crédito.

Este día, D. Francisco, a quien noches antes los rojos habían obligado a firmar un documento que envolvía una infame **expoliación**, sintiéndose enfermo y casi extenuado por las privaciones y el duro trabajo de los días anteriores, no tuvo energías bastantes para subir la cuesta de la Amargura. A la mitad de la asperísima pendiente faltáronle las fuerzas y cayó sobre una piedra exclamando:

—¡Que me maten si quieren, pero no puedo más!

Su hermano D. José, que marchaba a su lado, acudió solícito a socorrerlo, y aunque muy cansado él también, trató de levantarlo del suelo para que continuara marchando.

—¡Anda por Dios; haz un esfuerzo; mira que nos van a matar!—le dijo.

—¡Sigue tú, hermano mío! ¡Sálvate tú al menos!—le respondió el desventurado.

—¡No puedo abandonarte! ¡Vamos, haz un esfuerzo más!

—¡Vete tú! ¡Vete tú!—gritó D. Francisco viendo a los milicianos maniobrar con los fusiles, —¡Vete, que te van a matar! ¡Yo no puedo!

—¡Pues moriremos los dos!—dijo D. José con resolución heroica, abrazándose más estrechamente a su hermano.

No se hizo esperar ya ni un segundo el trágico desenlace. Apenas había pronunciado D. José Oliveros estas últimas palabras, cuando seis milicianos, disparando a un tiempo sus fusiles sobre ellos, les dieron muerte. Sus cadáveres quedaron abrazados.

¡Muerte digna del más puro amor fraternal la de estos dos hermanos! ¡Abrazo sublime aquel que une a dos seres en la vida y los conduce unidos a la muerte para toda la eternidad!

Los criminales, después de cometido este doble asesinato, arrastraron los cadáveres fuera del camino y los pusieron a un lado, atravesados uno sobre otro en forma de cruz.

Como todos los demás, estos cuerpos permanecieron insepultos varios días, expuestos a los ataques de los animales.

Las restantes víctimas de aquel día fueron los siguientes señores: D. Andrés Restoy Mateos, D. Jaime Granados García y D. Joaquín Bañón García.

Don Andrés Restoy Mateos era Director de la Sucursal del Banco Español de Crédito en Almería. Este señor fué trasladado previamente de la brigada en que trabajaba a la cuarta, mandada por el sargento Antonio Martos Alhama, muy sanguinario y feroz, que usaba como distintivo un espejito en el sombrero, por lo que le llamaban el «Sargento del Espejo». Los criminales más feroces parece que estaban adscritos a esta brigada, y, como

decimós en otro lugar, las demás enviaban a ella algunas veces hombres para que los matasen.

El testigo que nos relata la muerte del señor Restoy nos dice que éste aceleró su fin por causa de una imprudencia. El día antes de su muerte hallábase trabajando con un pico, cuando de pronto el sargento Alhama le dirigió las siguientes palabras:

—¡Oiga, el de la «mascota»! A ver si se le da más aire a ese pico.

En vez de callarse y seguir trabajando, el señor Restoy, que era ya hombre de avanzada edad, volvióse hacia él y le contestó:

—Hago lo que puedo. ¿Por qué no se fija usted en la gente más joven?

El sargento se encolerizó y le increpó, furioso:

—¿Qué profesión tienes?

—Soy maestro.

—¡Ya decía yo que tú no habías trabajado nunca!— le respondió con una sonrisa siniestra.

Cortóse con esto el diálogo. Pero aquella tarde al acabar el trabajo, en vez de dejarle ocupar su puesto en la formación, le ordenaron ir a la cola de la brigada cargado con los picos deteriorados que necesitaban reparación.

Esta circunstancia hizo comprender a todos, incluso al mismo señor Restoy, que su muerte estaba próxima. Aquella noche, en la iglesia, persuadido de que sólo le quedaban unas horas de vida, habló a sus compañeros dándoles consejos y despidiéndose de ellos tristemente. Al siguiente día, 18 de Mayo, caía en la cuesta de la Amargura acribillado a balazos.

Don Jaime Granados García era de Baza. Uno de los sargentos que había en el destacamento era también de la misma ciudad, y a los pocos días de llegar a Turón lo reconoció. Desde este momento el señor Granados comenzó a ser una de las víctimas predilectas de su paisano: Malos tratos, amenazas, trabajos penosos, injurias, todo

lo que podía idear el sargento en su mala voluntad hacia él lo padeció el pobre señor. Al fin, el día 18 fué enviado por agua acompañado de un miliciano: a los pocos minutos los compañeros oyeron unos disparos en la cañada por donde habían desaparecido, y momentos después vieron venir al asesino solo, el cual requirió a otro preso para que fuese a traer la cuba. El señor Granados había quedado muerto en la referida cañada.

Don Joaquín Bañón García fué asesinado en circunstancias parecidas a las del anterior. Apartado con un pretexto cualquiera del lugar donde trabajaban sus compañeros, fué muerto también a tiros.

---

El día 19 de Mayo no aparece en los apuntes que tenemos con ningún asesinato. Pero el 20 figura con siete. Las víctimas de este día fueron: D. Tomás Valera González, D. Antonio Acosta Garzolini, D. Enrique Enciso Gallurt, D. Manuel Valdivieso Teruel, D. Enrique Velasco Angulo, D. José Alemán Illán y D. Felipe Iribarne Gener.

Don Antonio Acosta y D. Enrique Enciso fueron sacados del trabajo con otro preso llamado D. Serafín Fernández, y conducidos los tres por una pareja de milicianos a un lugar apartado unos cuatrocientos metros del sitio en que trabajaban. Allí les mandaron hacer un hoyo.

El preso señor Fernández pidió a los milicianos que le dejaran trabajar a él solo, puesto que sus compañeros eran viejos y él podía realizar aquella faena sin la ayuda de los otros. Los rojos concedieron esta gracia y mientras el citado Fernández cavaba, los señores Acosta y Enciso se sentaron.

Cuando, al cabo de media hora que fué para las pobres víctimas de espantosa agonía, los guardianes consideraron que la excavación reunía las condiciones precisas para servir de sepultura a tres cadáveres, mandaron al

señor Fernández que suspendiese su labor, y en seguida ordenaron a los tres ponerse en fila al borde del hoyo.

Segundos después sonó un disparo que hizo caer al suelo al señor Acosta Garzolini con la cabeza destrozada por una bala explosiva. Otro disparo, hecho también con bala explosiva sobre el señor Enciso Gallurt, hizo caer seguidamente a este señor con la cabeza igualmente destrozada al lado del primero.

Pasaron unos momentos que fueron de indescriptible terror y de mortal angustia para la tercera víctima. Los asesinos deliberaron. ¿Se daban por satisfechos de su excelente puntería uno y otro? No se sabe. Lo cierto fué que, colgándose los fusiles, mandaron al aterrado señor Fernández que arrojase al hoyo los cadáveres de sus infortunados compañeros y los enterrase. Hecho esto volvieron los tres a incorporarse a la brigada.

Don José Alemán Illán pertenecía a una de las familias más conocidas y de mayor solvencia de Almería. Fué detenido juntamente con su hermano D. Antonio y enviados los dos a Turón. D. José trabajaba en la primera brigada. Se daba con frecuencia el caso de mandar hombres de una brigada a otra para que los matasen. La cuarta parece ser que era la que más envíos recibía de esta clase: las otras, aunque no menos sanguinarias que aquélla, le remitían las víctimas, y sus verdugos se encargaban de quitarles la vida.

El día referido, el señor Alemán fué sacado de la brigada en que trabajaba con el pretexto de ir a la tercera a recoger el suministro de la fuerza, acompañado naturalmente de un vigilante. Nada ocurrió en el camino, pero al llegar al sitio donde estaba la tercera brigada, un miliciano de ésta apellidado Calleja, encargóse de despachar la «comisión» del señor Alemán; lo apartó unos doscientos metros del lugar en que trabajaban las cuadrillas y, ya a solas con él, le disparó repentinamente por la espalda y lo dejó muerto.

Cometido el crimen, el asesino volvió a la brigada y

mandó al preso D. Tomás Valera Gonzalez que fuese con él, provisto de herramientas, para dar sepultura al cadáver del señor Alemán. Obedeció el desgraciado la orden del criminal Calleja, fué con él al sitio donde yacía la víctima y cavó la fosa que se le había mandado. En seguida, cumpliendo siempre las órdenes que el asesino le daba, colocó el cadáver en su fondo, y cuando se disponía a cubrir de tierra el cuerpo de su infortunado compañero recibió un balazo en la cabeza que le hizo caer de bruces en la misma sepultura.

También el día 20, como hemos dicho, fué asesinado D. Felipe Iribarne Gener. Este señor era el Secretario del Partido de Acción Pópular en Almería. El día referido lo sacaron del trabajo con el pretexto de llevarle por agua, y, como acontecía la mayor parte de las veces en estas expediciones, fué vilmente asesinado en un barranco,

---

Dos o tres meses antes de los sucesos que estamos relatando, en un café de Almería ocurrió un incidente que produjo gran confusión y alarma entre el público que ocupaba el local. Un señor que se hallaba, tranquilamente al parecer, tomando café y leyendo un periódico, se levantó de pronto y, agitando los brazos en el aire, gritó con voz potente:

—¡Arriba España! ¡Viva Franco!

Siguieron unos instantes de estupefacción general que el heroico señor aprovechó para subirse en una mesa y seguir gritando:

—¡Todo el que sea español que diga conmigo: ¡Viva Franco! ¡Arriba España!

Estos gritos, salidos de un pecho lleno de patriotismo, eran expresiones terriblemente subversivas en un lugar como aquél, sometido al dominio rojo. Pronto cayeron sobre el bravo señor las garras de los policías y de los guar-

días que vigilaban el local, mientras los demás parroquianos huían cobardemente hacia la calle.

El «delincuente» fué llevado a la Comisaría donde dijo llamarse Manuel Valdivieso Teruel. De la Comisaría fué conducido al Ingenio en calidad de preso político. Meses después vino a Turón en la expedición primera.

Los sicarios marxistas, que por haber convivido con él en la prisión de Almería tenían noticia de este suceso, le comunicaron a los jefes rojos del destacamento y éstos resolvieron en seguida darle muerte.

El día 20 de Mayo, el sargento que mandaba la brigada donde trabajaba don Manuel Valdivieso ordenó a unos milicianos que llevaran a este señor y a otro preso llamado don Enrique Velasco Angulo a otra brigada que trabajaba a alguna distancia de aquélla, por unos punteros que decía hacían falta. Esta comisión era un engaño. Los hacaban de allí para darles muerte.

Estas extracciones de presos con pretextos más o menos especiosos tenían casi siempre el mismo resultado. Salían los hombres del trabajo conducidos por unos cuantos fusileros rojos, desaparecían tras de una loma o en las profundidades de un barranco y nadie los volvía a ver más.

Los señores Valdivieso y Velasco, conocedores ya de aquella táctica criminal de sus verdugos por trágica experiencia de otros infortunados compañeros, comprendieron en seguida que se los llevaban para matarlos.

Y es cosa singular que al hablar de este último señor tengamos también que referirnos, como en el caso de don Manuel Valdivieso, a hechos anteriores a la llegada de los expedicionarios a Turón.

El señor Velasco tenía entre los demás presos un amigo íntimo a quien quería entrañablemente y del cual no se separaba nunca, llamado don José Cantón Moreno, superviviente hoy de la tragedia y a quien debemos estos pormenores de nuestro relato. Durante la permanencia de los presos en el Ingenio, sucedió que el señor Cantón fué incluido en un grupo de hombres destinado a trabajar en

la descarga del carbón en el muelle de Almería. Su amigo Velasco, que no había sido nombrado para tal servicio, por no estar separado de él solicitó que lo incluyeran también en dicho grupo, el cual más tarde fué comprendido íntegramente en la primera expedición de presos. Tal vez por esta circunstancia, hija de su fraternal cariño a su amigo, el señor Velasco vino a parar a Turón.

Al recibir el día 20 de Mayo, como hemos dicho, la orden de salir con el señor Valdivieso a cumplir una comisión fuera de su brigada, conoció que iba a morir, y se dirigió a su amigo Cantón para despedirse de él.

—Ha llegado mi hora. Nos separamos para siempre— le dijo.

—No seas pesimista, hombre. Nos volveremos a verte contestó su amigo, más por caridad que por convencimiento.

—No nos veremos más en este mundo: estoy seguro de ello.

El diálogo no podía ser largo; los vigilantes los miraban aviesamente

—En todo caso, que sepas morir como mueren los «nuestros».

—Así lo haré. Adiós.

Los señores Valdivieso y Velasco, conducidos por los sicarios rojos, marcharon a cumplir la «comisión» que se les había encomendado. Pocos minutos después los demás presos oyeron unos disparos al otro lado de la loma por donde habían desaparecido...

El día siguiente, 21 de Mayo, son asesinados don Francisco Salinas Sánchez y don José Quintas Durán.

Por la mañana, antes de emprender la marcha para el trabajo, cuando estaban los presos en formación a la puerta de la iglesia, el sargento Alhama, que como hemos dicho era un sujeto muy sanguinario y feroz, prevenido contra los señores Salinas y Durán por una delación del tristemente célebre Pedro Márquez Valero, dijo delante de todos:

—Entre vosotros hay dos canallas que tienen hurdi-  
de un complot para asesinarme, y es preciso que aque-  
l mismo los denunciéis para castigarlos.

Todos callaron ante aquella imputación, indudablemen-  
te falsa, cuya finalidad adivinaron todos también. Se tra-  
taba simplemente de escoger con anticipación dos vícti-  
mas para aquel día. Nadie experimentó sorpresa por ello,  
acostumbrados como estaban ya a ver caer un día y otro  
a tantos desgraciados, y convencidos, además, de que to-  
dos habían de tener la misma suerte.

El sargento Alhama, viendo que nadie respondía,  
añadió:

—Puesto que no los queréis denunciar vosotros, yo  
diré los que son.

Y señalando sucesivamente con la mano a Salinas y  
a Durán, dijo:

—Este y éste son los canallas que quieren matarme.

Los dos infelices acusados comprendieron al punto  
que estaban destinados a morir aquel mismo día. Que iban  
a salir del pueblo aquella mañana como todas las anterior-  
es, pero que ya no habrían de volver a él por la tarde  
con sus compañeros como otras veces.

Cosa terrible es, desde luego, tener como tenían todos  
aquellos desventurados el convencimiento de que no ha-  
bían de salir vivos de Turón; de que unos antes y otros  
después en un plazo de unos meses, de unas semanas qui-  
zás, todos habían de ser asesinados. Pero la incertidum-  
bre de la hora fatal en que un hombre ha de enfrentarse  
con la muerte presta en todo caso cierto fortalecimiento  
al espíritu, porque a través de esa incertidumbre la espe-  
ranza está siempre llamando a las puertas del corazón.  
Lo verdaderamente espantoso para todo ser humano es la  
idea de la muerte en un plazo fijo de hora, esto es, entre  
la salida y la puesta del sol de un mismo día.

Con el angustioso peso de esta consideración terrible  
Salinas y Durán salieron del pueblo en unión de sus com-  
pañeros. Todos iban aquella mañana con el rostro más en-

sombrecido que nunca por la pena. El caso era en verdad de lo más extraño que imaginarse puede... ¡Asistian, puede decirse, al entierro de dos hombres que iban vivos a cavar con sus manos su propia sepultura!

Durante todo el día tuvieron los rojos a los señores Salinas y Durán trabajando sin consentirles un instante de reposo, y sin permitirles comer ni beber. Había que martirizarlos cruelmente primero. Un gitano (un demonio, tan maldito era) que se distinguía entre todos por su ferocidad, provisto de una vara los apaleaba brutalmente cada vez que se detenían un instante a cobrar aliento.

Por la tarde, poco antes de dar de mano, mandaron a los dos mártires hacer una fosa. El gitano, junto a ellos; con la vara en la diestra, vigilaba la cruel labor; cada vez que alguno de ellos se detenía le descargaba un tremendo garrotazo. Cuando el hoyo estuvo hecho les mandaron meterse en él, y allí les hicieron unos disparos. En seguida, creyéndolos muertos, fueron a enterrarlos, pero uno, el señor Durán, estaba vivo aún y pedía a gritos que lo acabasen de matar.

Hubo unos momentos de confusión. Al fin uno de los asesinos, acercándose más al borde de la excavación en cuyo fondo se resolvía el hombre herido, le hizo a boca de jarro unos cuantos disparos más hasta rematarlo. Luego cubrieron de tierra los cadáveres y se fueron.

## CAPITULO VIII

### MAS SANGRE AUN

Después de los asesinatos relatados en el capítulo anterior, viene otro periodo de relativa calma. Del 21 al 28 de Mayo nuestros apuntes no registran ningún hecho sangriento. Creemos, sin embargo, que en esos días debieron de caer asesinados algunos hombres, porque son muchos los que figuran en las relaciones que poseemos muertos sin fecha determinada. Además, es preciso tener en cuenta que en la iglesia murieron durante el mes de Mayo ocho o diez presos de resultas del hambre y de los malos tratos. A todos los que no podían ir al trabajo por estar enfermos o físicamente agotados y quedaban allí rendidos por los dolores o por la fiebre, los apaleaban hasta dejarlos agonizantes o muertos.

El día 28 fué asesinado D. Manuel García García, profesor mercantil. Fué incluido en la expedición primera, aunque por su edad que pasaba de los cincuenta años y por su constitución física muy delicada no era hombre apto para ejercicios rudos. Las privaciones, el duro trabajo y el mal tratamiento acentuaron su debilidad a los po-

cos días de estar en Turón, y los rojos, con el bárbaro pretexto de que no servía para hacer nada, lo asesinaron.

El mismo día fueron muertos durante el trabajo Don Rafael Torres Sánchez y D. Rafael García Sánchez.

No era preciso siempre el pretexto fundado en un hecho real o ficticio para quitar la vida a un hombre. Muchas veces sin ese pretexto, cuando más descuidada estaba la víctima cavando el suelo, removiendo una piedra o llevando una carretada, cuando acaso juzgaba menos probable su muerte, recibía inopinadamente un balazo en la cabeza que le hacía caer de bruces sobre la propia herramienta de trabajo para no levantarse más. Esto induce a creer que en muchos casos los jefes rojos, antes de marchar los presos al trabajo, hacían la lista negra de los que habían de morir cada día.

El 30 de Mayo fueron asesinados D. Luciano Verdejo Acuña, de Almería, y D. José Gutiérrez Sierra, de Cartagena. El señor Verdejo era un hombre de más de cincuenta años y de muy arraigados sentimientos religiosos. Acaño por esta nota distintiva de su carácter, tan perseguida por el ateísmo rojo, fué detenido y encarcelado. Estuvo primero en el campo de trabajo de Araoz, a diez o doce kilómetros de la capital, y luego, por razón de la edad, fué vuelto a la prisión del Ingenio. Hacía ya varios meses que había cumplido la injusta condena que le impusieron sus juzgadores y continuaba detenido aún cuando se organizó la primera expedición de presos con destino a Turón: el pobre señor fué incluido en ella.

El señor Gutiérrez Sierra, compañero de infortunio del anterior, era comandante de Artillería. Residió en Cartagena y allí fué detenido por una de las bandas de criminales rojos que se adueñaron de aquella ciudad al principio del Movimiento. No sabemos por qué fué traído a Almería. Se hallaba en el Ingenio y fué incluido también en la primera expedición.

Hacia últimos de Mayo, a las dos o tres semanas de haber llegado a Turón, destinaron a los señores Verdejo

y Gutiérrez y a otro señor llamado D. Diego Jerez Flores a realizar algunas faenas en el mismo pueblo, entre ellas la construcción de un pozo negro en el cementerio antiguo, adosado a la iglesia, que como sabemos les servía de alojamiento y prisión. El día 30, hallándose trabajando en una de las calles del pueblo, y sin que hayamos podido averiguar en qué circunstancias, los señores Verdejo y Gutiérrez fueron brutalmente asesinados.

Entre los presos había un guardia de Asalto, de los ingresados en el Cuerpo después del 18 de Julio, llamado D. José Pérez Fernández. Prestaba servicio en Almería donde fué detenido por efecto de una denuncia y enviado con los demás presos políticos a Turón. Era hombre valiente que no se amilanaba por las amenazas de sus terribles guardianes.

El día 30 de Mayo, el sargento Martín y el comisario del destacamento tuvieron una agria discusión con él. El comisario, que lo conocía de antiguo, valido sin duda de su ventajosa posición de mando en aquellas circunstancias, le dijo con mucha altanería:

—Tú eres un sinvergüenza y un vago. No has hecho otra cosa en tu vida que vender el periódico clerical «La Independencia» y jugar al balón.

El señor Pérez, ofendido, le respondió valientemente:

—Yo soy más honrado que tú. Porque tú, además de ser un vago, eres un ladrón y un criminal.

Acabóse la disputa con estas palabras, que el comisario no tuvo valor para rechazar. Pero momentos después, un miliciano por orden de los otros mandó al guardia que cogiese un pico y una pala y se fuese con él. Lo llevó a un campo cercano a la ermita de San Marcos y allí le mandó cavar una fosa.

El desdichado, pensando lógicamente que el hoyo que hacía era para enterrarlo a él, en un descuido del centinela escapó corriendo a través del campo. Inmediatamente comenzaron a hacerle fuego desde todos los puestos de vigilancia establecidos por aquellos alrededores.

A pesar del nutrido tiroteo que se hacía sobre él, logró ganar un olivar a cuyo amparo tal vez hubiera podido escapar de sus enemigos. Pero allí tropezó, desgraciadamente, con otro centinela, el cual le disparó y lo mató.

Llegaron en seguida los otros y llenos de cólera descargaron sus fusiles sobre el cadáver, que de esta manera quedó acribillado a balazos. Por si todavía no fuese bastante aquel estúpido ensañamiento para dejar satisfecho su encono, un miliciano le hundió la bayoneta en el cráneo.

El mismo día 30 por la tarde hicieron volver del trabajo a los presos algo más temprano de lo que tenían por costumbre. Al llegar al pueblo les hicieron formar a espaldas de la iglesia, y cuando estaban así aparecieron ante ellos un capitán y un teniente rojos, que habían llegado aquel mismo día procedentes de Berja.

El capitán les dirigió la palabra en estos o parecidos términos:

—Sois unos canallas y merecéis la muerte. Vosotros tenéis la culpa de esta guerra criminal, porque sois unos criminales todos los fascistas. ¡Bandidos! ¡Canallas! Cuando acabe la guerra os vamos a cortar la cabeza a todos para quitar tan mala simiente de España. ¡Viva Rusia! ¡Viva Negrin!

Nadie respondió, a excepción de los mismos rojos que estaban presentes. El capitán entonces dijo:

—Aunque os debíamos cortar la cabeza a todos por canallas y asesinos, como no somos tan criminales como vosotros os participo que he venido expresamente a traer la libertad de treinta presos. Mañana comenzarán a dar los pasaportes a los que vienen en la lista.

Dicho esto volvió la espalda y se marchó seguido de sus acompañantes.

Los presos quedaron aterrados. Todos comprendieron sin ningún esfuerzo que el energúmeno aquel se había expresado irónicamente en lo prometido, y que aquellos treinta autos de libertad de que había hablado no eran

ni más ni menos que otras tantas sentencias de muerte próximas a cumplirse.

Así fué, en efecto. Al siguiente día, el 31 de Mayo, fecha memorable en los fastos de la tragedia de Turón, «libertaron» a catorce, porque catorce fueron los hombres asesinados por los rojos dicho día.

Carnicería tan tremenda, realizada en unas cuantas horas y al siguiente de la visita de los emisarios de Berja, confirma plenamente el juicio expresado antes de que de los altos mandos rojos partían las órdenes de exterminio de toda aquella desventurada colonia de presos políticos, quedando a cargo de sus ejecutores los procedimientos más o menos expeditos y cruales de que debían servirse para cumplirlas. Por eso, cuando los verdugos de la checa de Turón no se mostraban a juicio de sus superiores todo lo diligentes que éstos deseaban, llegaban aquellas excitaciones a la matanza cuyos resultados ya conocemos.

Entre las víctimas del fatídico día 31 de Mayo figura el policía D. Lorenzo Orellana Domingo, de Albúñol. Este, desventurado preso, que era un joven de unos veinticinco años, había pasado ya por el dolor de perder al único hermano que tenía, asesinado villanamente por los rojos en las inmediaciones del pueblo de Albondón, al estallar el movimiento revolucionario.

Se hallaba entonces prestando servicio en Barcelona; de allí vino poco después trasladado a Almería, y en esta capital fué conocido y denunciado como elemento de derechas. Detenido en el acto, pasó en seguida al Ingenio y, finalmente, unido a la primera expedición de presos, vino a Turón.

A los pocos días de llegar a este pueblo, un soldado rojo, paisano suyo, apodado el «Tuerto», lo reconoció nuevamente y lo señaló a sus jefes como individuo «muy peligroso». Desde este instante el señor Orellana fué la víctima predilecta del «Tuerto» y de los demás verdugos de la checa, los cuales reservaron siempre para él los servicios más penosos y le hicieron particular objeto de los tratamientos más inhumana-

nos y crueles, a pesar de ser uno de los trabajadores más fuertes y animosos de la colonia.

El día 31 de Mayo, después de varias horas de duro trabajo y de continuado tormento, el señor Orellana fué sacado de la brigada en unión de otro preso llamado don Antonio Rodríguez de la Fuente, vecino de Adra. Llevados a los a una cañada próxima, a distancia de unos cincuenta o sesenta metros del lugar en que trabajaban, los milicianos que los conducían les hicieron una descarga y los dejaron muertos. Luego cavaron una pequeña fosa, arrojaron a ella los cadáveres y los cubrieron de piedras.

También entre las víctimas de este día sobremanera luctuoso figura el joven don Juan Moya Collado, vecino de Almería, muchacho de unos diez y nueve años.

La muerte de este joven fué en extremo edificante. La actitud de este mártir en el momento de ser asesinado reviste caracteres de sublimidad humana tan extraordinarios que conmueven profundamente el alma.

Había sido designado con otros dos presos para ir por agua aquel día. Sospechó con harto fundamento que los sacaban del trabajo para matarlos, y se negó a ir en aquella expedición. Los milicianos encargados de conducirlos, riéndose de su resistencia que creyeron motivada por el miedo y seguros de que no se libraría de la muerte, lo dejaron. Poco después, el sargento que mandaba la brigada lo vió entre los demás presos, y sorprendido de encontrarle allí, le dijo bruscamente:

—Conque, ¿estás aquí todavía? Pues es menester que sepas que cuando aquí se ordena una cosa hay que hacerla inmediatamente.

Quizás le pareciera al muy bárbaro poco expresiva aquella amenaza para un niño, porque la completó con esta terrible frase:

—Y cuando aquí se manda matar a uno, tiene que morir aunque no quiera.

En seguida dispuso para dejar bien sentada su autoridad que el joven Collado fuese por agua seguido de dos milicia-

nos. El desenlace, pues, estaba previsto. Estos, al volver de la fuente con su víctima, y cuando sólo faltaban unos cien metros para llegar al lugar de trabajo, le ordenaron dejar el cántaro en el suelo.

El muchacho conoció que había llegado su último instante, y con una entereza que desmentía toda sospecha de miedo en su corazón, con la entereza de un hombre curtido por todos los dolores y con la serenidad de un justo, después de dejar su carga en tierra, dijo:

—Sé que me vais a matar. Dejadme decir unas palabras.

Pero los asesinos no le hicieron caso. Y mientras maniobraban con los fusiles y le apuntaban, el pobre mártir, elevando los ojos al cielo y con voz salida de lo más hondo de su alma, exclamó:

—¡Perdónalos, Dios mío, que no saben lo que hacen!

Apenas había acabado de pronunciar estas sublimes palabras, y al intentar dar un viva a España, que no pudo terminar, una bala explosiva, destrozándole el cráneo, le hizo caer muerto a tierra.

Cometido el crimen, los asesinos mandaron al gitano Muñoz Santiago que fuese a dar sepultura al cadáver. Este bárbaro, ensañándose brutalmente con los restos de la pobre víctima, le rompió los brazos y las piernas a esplochazos, y luego los enterró tan a flor de tierra que los animales pudieron sacar después parte de ellos y dejarlos esparcidos en torno a la humilde yacija en que descansaban.

---

Las víctimas del día 31 fueron, como hemos dicho, catorce. Nuestros apuntes sobre los sucesos de este día terrible sólo contienen los nombres de once, que son además de los tres citados anteriormente, los que siguen: don Eduardo Ferrer B. de Aquino, de Madrid; don Servando Azcárate Delgado, de Almería; don Andrés Domenech Gallego, de Cúllar de Baza; don Ignacio Díaz Rodríguez de Fata, de Fifiñana; don Juan Cervantes Acuña, de Almería; don José Ojeda Mar-

tinez, de Roquetas; don Diego Jerez Flórez, de Almería, y don Antonio Alemán Illán, de esta última ciudad también.

Los nombres de los otros tres acaso estén comprendidos en la lista del 21, que aparece asesinados sin fecha determinada. Acaso sean también de algunos de aquellos, más desgraciados aún, que murieron sin dejar el menor recuerdo de su existencia en la memoria de los supervivientes.

Don Juan Cervantes Acuña y D. Servando Azcárate Dalgado, el primero abogado, y el segundo empleado de Hacienda, fueron sacados del trabajo por el asesino Calleja con pretexto y término desconocidos. Sus compañeros los vieron marchar y desaparecer al otro lado del cerro de los Máximos, seguidos de su feroz guardián. Este volvió solo al cabo de un largo rato. Nadie volvió a ver más a los señores Azcárate y Cervantes.

Don Diego Jerez Flores era capataz de las Obras del Puerto de Almería. Vino a Turón por causa de la más cruel fatalidad, pues no estaba comprendido en la lista de la primera expedición. Pero ocurrió que al leer dicha lista la mañana del 3 de Mayo para que salieran los presos a montar en los camiones, él oyó un nombre que creyó el suyo, y salió casi al mismo tiempo que el verdaderamente nombrado; fué a retroceder al darse cuenta de su error, pero un miliciano, cogiéndole bruscamente de un brazo le dijo «Tú también», y dándole un empujón le hizo salir con los demás. Por esta causa en la lista de la expedición rezan solamente los nombres de trescientos presos, y en la expedición fueron trescientos uno.

Debido a esta situación anómala el señor Jerez Flores estuvo varios días sin salir al trabajo con sus compañeros, pues al pasar la consabida lista todas las mañanas nunca era nombrado. Temeroso al cabo de comprometerse más si seguía de aquella manera, declaró su situación pidiendo que lo incluyeran en una brigada para ir con los demás al trabajo.

Escapado milagrosamente de la matanza del día anterior en la que sucumbieron como ya hemos dicho sus

compañeros Verdejo y Gutiérrez, vino a morir veinticuatro horas después que éstos, el 31 de Mayo, a manos del criminal Calleja, el cual lo sacó de la brigada, le mandó hacer una fosa y cuando la hubo hecho le dió muerte y lo enterró en ella.

El 20 de Mayo, como hemos dicho en el capítulo anterior, cayó víctima del plomo criminal de los rojos D. José Alemán Illán. Quedaba entre los presos, vivo aún su hermano D. Antonio. Los asesinos le temían. Los asesinos temían en general a todos los presos, y andaban continuamente recelosos de que un día se sublevaran contra ellos. Este temor era justificado, en primer lugar porque los criminales, los hombres crueles, suelen ser de ánimo cobarde, y en segundo lugar porque ni a ellos mismos podía ocultárseles que las infamias que diariamente cometían con aquellos desgraciados estaban pidiendo a voces vindicación y castigo.

Los asesinos temían singularmente que D. Antonio Alemán Illán tratara de vengar la muerte de su hermano, y para librarse de este temor y ahuyentar el peligro decidieron matarlo a él también, como lo hicieron asesinando a traición, juntamente con D. José Ojeda Martínez el referido día 31 de Mayo.

No hemos podido averiguar cómo fueron inmoladas las restantes víctimas de este día. De una manera general y vaga nos dicen nuestros informadores que los señores Ferrer, Domenech y Rodríguez de Fata como aquellos otros de quienes no se recuerdan los nombres fueron muertos a tiros. Y nada más. El hecho no debe sorprendernos, pues tiene una explicación muy racional y convincente.

El terror se adueñó de los ánimos de manera tan intensa aquel día que, según cuentan los que han podido escapar de esta sombría tragedia, a pesar de ser la fecha que más profundamente se les quedó grabada en la memoria, es la que menos recuerdos claros y precisos de los sucesos desarrollados en ella les ha dejado. La sucesión continua de impresiones sangrientas en un ambiente preñado

de amenazas terribles sin dar espacio a la consideración a veces ni siquiera al conocimiento de los hechos mismos, no podía dejar en la mente de ninguno de los presos, por animoso que fuera, una visión detallada y completa de tan luctuosa jornada.

No pasaba hora sin que unos disparos sueltos o alguna tajante descarga de fusilería, ya en un lugar ya en otro a lo largo de la torcida línea de trabajo entre las ondulaciones de la montaña, indicasen la consumación terrible de uno o más asesinatos. Y por si esto no bastara para dar idea de la situación, la excitación nerviosa de que daban muestras los jefes rojos aquel día, las miradas que aquel día también más torvas y agresivas que nunca de los milicianos y, en fin, la descompuesta diligencia de los capataces en provocar conflictos que diesen pretexto a castigos brutales o a condenas de muerte, indicaban claramente en todos ellos un propósito de exterminio que no podía ocultarse a la vista de los aterrados presos.

Así transcurrieron las horas de aquel largo y penosísimo día.

Al atardecer, cerca del lugar conocido con el nombre de la Cruz de San Marcos, los rojos dispararon últimamente contra un hombre, el cual cayó a tierra. Las brigadas se retiraban ya del trabajo, acosadas más que conducidas por los milicianos. La matanza de aquel día había dejado relampagueos de furor en las miradas de los responsables de tantos crímenes. Daban los rojos, además, claras muestras de querer alejarse pronto de aquellos ensangrentados lugares. Acaso les apremiara a huir el terror pánico que sienten siempre todos los asesinos cuando dejan a su espalda los cadáveres de sus víctimas.

El hombre aquel a quien acababan de herir, roto sus miembros, se revolcaba en el suelo sin poder levantarse, y viendo cómo pasaban y se alejaban todos sin prestarle socorro, pedía con lastimeros gritos que le acabasen de matar. No pudiendo ni siquiera arrastrarse para seguirlos, suplicaba que lo rematasen para excusarle el terrible

dolor de una agonía espantosa a través de la noche en la negra soledad del desierto campo.

El desgraciado vió, no obstante, cómo pasaron todos sin atender sus súplicas. Los que hubieran querido prestarle auxilio no podían hacerlo; y los que hubiesen podido atender sus ruegos no quisieron. El infeliz quedó, pues abandonado, sin poder moverse del lugar en que había caído. Allí pasó toda la noche sufriendo con el dolor lancinante de las terribles heridas la profunda tristeza de su desamparo.

A la mañana siguiente, cuando los rojos volvieron a la carretera con las brigadas de trabajadores, lo hallaron vivo aún, y entonces lo acabaron de matar.



## CAPITULO IX

### TODAVIA MAS SANGRE

En los meses siguientes al de Mayo, los rojos continuaron cometiendo asesinatos, algunos en circunstancias extremadamente horrosas. La fiebre sanguinaria recrudescida de manera tan frenética en los últimos días de dicho mes continúa en los que siguen, algo atemperada, pero más constante.

Conviene hacer aquí una interesante observación: Los crímenes más monstruosos corresponden a los meses de verano. La bestia roja, harta acaso de devorar vidas a pasto, busca ahora el placer en la calidad más que en la cantidad. Siente el prurito sádico del refinamiento monstruoso, esto es, el gusto de añadir al manjar del asesinato la salsa de las más truculentas aberraciones del morbo criminal.

El propósito de exterminio persiste. No importa que los trabajos que se realizan en la carretera se resientan por falta de brazos. Estos pueden reponerse en tiempo oportuno. Lo importante parece ser acabar con aquellos hombres, enemigos de la causa roja, por todos los medios posibles. Y

disfrutar el goce de hacerles padecer todos los tormentos imaginables.

Junio costó a la colonia unas veinte vidas. Pero de los que murieron en este mes sólo conocemos los nombres de doce, que son los siguientes: D. Luis Salmerón Sevilla, de Berja; D. Antonio Ruiz Palazón, de Alhabia; D. Mariano Ramirez Cortés, de Huécija; D. Luis Roca González, de Granada; D. José M. Martín Romero, de Maria; D. Juan Márquez Fernández, de Tabernas; D. Federico Castillo Romera, Baza; D. Angel León Rojas, de Villacarrillo (Jaén); D. Fernando González Sáez, D. Antonio Alonso Sánchez, D. Rafael Aguilera Vals y D. José Cassinello Barroeta, de Almería.

No conocemos tampoco las circunstancias en que fueron inmoladas todas las víctimas de este mes. Sólo sabemos los casos de algunas, que a continuación relatamos:

Don José Cassinello Barroeta fué asesinado el día 1.º Era capitán de Infantería y pertenecía a una de las más distinguidas familias almerienses. Esta familia, como las de los señores Alemán, Oliveros y Martínez fueron de las más castigadas por la persecución roja en la bella capital mediterránea. El señor Cassinello, cuya es la carta—último escrito suyo— que copiamos en uno de los capítulos anteriores, fué una de las víctimas predilectas de la checa de Turón. Por su relevante condición social tenía necesariamente que atraer sobre sí la saña rencorosa no sólo de los sicarios marxistas sino también, principalmente, de sus jefes o inductores.

El día referido, el jefe de la brigada donde trabajaba el señor Cassinello ordenó a dos de sus esbirros que lo llevasen a una de las cañadas inmediatas y le diesen muerte.

Al ser requerido por los milicianos que habían de conducirle para que los acompañase, D. José Cassinello conoció que iba a morir. Serenamente, sin embargo, se dirigió a los compañeros que trabajaban a su lado y se despidió de ellos. Estos trataron pladosamente de desvanecer su sombrío presentimiento, y al ver que se dirigía a la cuba para refrescar la sed, uno le alargó su cantimplora.

—Toma, bebe aqui—le dijo con cariñosa solicitud.

Después de beber unos sorbos de agua el señor Cassinello emprendió la marcha conducido por sus guardianes. Estos lo llevaron a la vuelta de una loma que se alzaba a poca distancia del lugar de trabajo. Allí, uno de los asesinos, apuntándole a traicion por la espalda, le disparó un tiro en la cabeza que le hizo caer muerto instantáneamente.

El mismo día fueron asesinados D. Antonio Alonso Sánchez y D. Rafael Aguilera Vals, oficiales ambos del Ayuntamiento de Almería. Estos señores, al estallar el Movimiento fueron detenidos y luego puestos en libertad; pero pasado algún tiempo los rojos volvieron a prenderlos y los llevaron al Ingenio, donde se hallaban cuando se organizó la primera expedición.

Les unía un sentimiento común de fraternal compañerismo, que les hacía estar dentro y fuera de la prisión siempre juntos. Juntos dormían y juntos trabajaban. Hasta la muerte que todo lo atropella y de barata respetó aquella unión, pues juntos murieron y juntos fueron los dos amigos a dormir el eterno sueño en la misma sepultura.

Otra circunstancia no menos singular que la de ir unidos a la tumba se dió en el caso de estos dos mártires: Ambos parecían estar protegidos por el sargento de su brigada; el cual solía tener para ellos atenciones que maravillaban a los demás; de esas atenciones y de la protección que hacían suponer deducían todos los compañeros de los señores Alonso y Aguilera que nada podría ocurrirles. Sin embargo, cuando menos se esperaba, el mismo sargento que parecía protegerlos dió a sus esbirros la orden de matarlos.

Los asesinos llevaron a sus víctimas a un lugar apartado del sitio donde trabajaban, les hicieron cavar una fosa y cuando estuvo hecha les dieron muerte y los enterraron.

A D. Luá Salmerón Sevilla lo asesinaron el día siguiente, 2 de Junio, en lo alto de la cuesta de la Amargura, porque encontrándose descalzo había tomado aquella mañana unas alpargatas que halló en la prisión y que no eran suyas. Como entre los presos había muchos delatores, uno de éstos denunció el «robo» al sargento que mandaba la brigada, y éste, sintiéndose repentinamente puritano de una moral diariamente escarneada y ultrajada por él y por todos los suyos, y con un concepto de la justicia completamente selvático, como puede verse, mandó hacer alto en aquel instante y con voz campanuda dijo que, para que sirviera de ejemplo y de escarmiento a todos, mandaba matar a aquel hombre por «ladrón». En seguida, puesta la víctima ante el piquete de ejecución, la hizo fusilar sin más trámites en presencia de sus aterrados compañeros.

Este mismo día se cometió en el pueblo otro asesinato que tuvo consecuencias horribles. Sobre las dos o las tres de la tarde, los vecinos de Turón se vieron sorprendidos por un repentino tiroteo. El caso no era nuevo, pues los disparos dentro del mismo pueblo eran cosa bastante frecuente; pero siempre producían en sus pacíficos y angustiados habitantes mucha expectación y alarma.

Lo ocurrido fué que, habiendo enviado los rojos una cuadrilla de cinco o seis hombres a limpiar las cunetas de la carretera por la parte norte del pueblo, uno de estos hombres se apartó unos cien metros de sus compañeros, acaso obligado por alguna necesidad orgánica. En seguida comenzaron a hacer fuego contra él desde distintos lugares, y un centinela que se hallaba en la puerta de la iglesia le acertó con uno de sus disparos y lo mató. Esta nueva víctima se llamaba D. Juan Márquez Fernández, y era de Tabernas.

Inmediatamente acudieron al lugar donde el desgraciado había caído varios milicianos y algunos de los presos comunes que les servían de auxiliares en sus crímenes, y llegando al cadáver lo despojaron de las pocas prendas

útiles que tenía y de algunas monedas. Después, dando muestras de una ferocidad vandálica, le cortaron las orejas, las envolvieron en un pedazo de papel, se las guardaron y volvieron «triumfantes» al pueblo.

Aquella tarde, cuando los hombres de las demás brigadas regresaban del trabajo, conforme iban desfilando por la explanada y entrando en la prisión, los criminales les enseñaban el sangriento «trofeo» y les decían:

—Estas orejas nos las vamos a comer asadas con pan y vino.

A pesar de que con lo hecho bastaba para creer a aquellos bárbaros capaces de todas las salvajadas, nadie pensó, sin embargo, que llegarán al extremo de hacer lo que habían dicho. Pero luego se vió que no habían hablado en balde, porque, después del rancho, a la vista de los espantados presos, aquellos caníbales se comieron, en efecto, las orejas del mismo modo que lo habían anunciado. Y por si no fuese bastante lo hecho para dejar bien sentada patente de ferocidad inaudita, anunciaron que otro día se comerían el corazón y las asaduras de otro preso, porque ya habían visto que «la carne de los fascistas estaba muy buena».

El día 7 fué asesinado D. Fernando González Sáez. Era maestro nacional. (1) Parece que este señor era una de las víctimas a quienes el asesino Calleja perseguía con más esnañamiento. El día referido, pretextando haberle visto mayor cantidad de pan del que por su ración le correspondía, le promovió reyerta, acusándole de haberse lo quitado a algún compañero y haciendo además de agredirle. El señor González, viéndose acometer por su enemigo, se avalanzó a su vez contra él para contener la agresión; forcejearon unos instantes, pero el pobre maestro, desarmado como estaba, fué pronto vencido por el criminal Calleja, el cual le dió muerte en presencia de todos

(1) El Magisterio nacional, tan injustamente calumniado, tiene en el Martirio de esta tragedia, una representación dignísima.

los demás presos de la brigada, que contemplaban con horror la escena.

D. Antonio Ruiz Palazón y D. Santiago Caro Arredondo fueron asesinados, según nuestros informes, el día 9 de este mismo mes de Junio. Pertenecían a la cuarta brigada, a la que mandaba el sanguinario sargento Alhama, de tan triste memoria. Pero no hemos podido averiguar las circunstancias en que hallaron la muerte.

---

Como hemos dicho anteriormente, los presos políticos tenían que acarrear a hombros la leña que necesitaban los servicios del destacamento. Generalmente esta leña era de almendro o de encina, y consistía en gruesos troncos que habían de conducir enteros desde el campo al pueblo, donde luego eran astillados: recorriendo a veces distancias de siete y ocho kilómetros con la carga a cuestas.

Es preciso tener idea exacta de la configuración del terreno en los montes que rodean a Turón para comprender lo terriblemente penoso que debe de ser atravesar aquel revuelto mar de cerros y barrancos llevando a hombros una carga cualquiera por pequeña que sea. Y si esa carga es superior a las fuerzas que han de transportarla, debemos convenir en que ningún tormento puede compararse a éste.

Para realizar faena tan agotadora, después de todo un largo día de trabajo con el estómago vacío y los miembros rendidos por el cansancio, los milicianos sentían predilección por determinados presos y singularmente por uno llamado D. José María Martín Romero. A este señor reservaban siempre las cargas más pesadas.

El día 9 de Junio, según los informes que poseemos, trataron de hacerle llevar un tronco cuyo peso excedía a la fuerza de dos hombres sanos y robustos. Se juntaron varios de los presos comunes que hacían oficio de auxilia-

res de los rojos para echarle al hombro la tremenda carga, que el pobre señor no pudo resistir cuando la dejaron gravitar sobre su cuerpo, y cayó con ella a tierra. Le obligaron a levantarse y trataron de cargarle de nuevo, pero otra vez cayó, a pesar de los desesperados esfuerzos que hizo para sostenerse y mantenerla.

Al cabo, en uno de los repetidos intentos que hicieron para obligarle a transportar el pesadísimo tronco, cayó debajo de éste de manera que, oprimido por su peso contra el suelo y rematadas ya sus fuerzas, no podía moverse ni apenas respirar. Pidió auxilio, pidió compasión, pidió clemencia... Pero en vano; sus crueles verdugos, por toda contestación, irritados de no salir adelante con su brutal intento, allí mismo, caído como estaba bajo el tronco que lo aplastaba, le hicieron una descarga y lo dejaron muerto.

A D. Luis Roca González, joven abogado granadino, lo asesinaron el día 12 de este mismo mes de Junio. Seis días antes lo habían tenido destinado al trabajo de la carretilla que, como ya hemos dicho, en las condiciones en que obligaban a realizarlo resultaba una de las más pesadas faenas que allí se practicaban, escogida por los rojos para dar tormento a aquellos a quienes querían martirizar más cruelmente antes de matarlos.

El señor Roca González agotó sus energías en aquellos seis días de brutal trabajo, yendo y viniendo sin cesar con la carretilla sobrecargada por los sitios de paso más difícil. Extenuadísimo ya, al sexto día de tan penosa faena, no podía hacer su labor con la diligencia que sus guardianes le exigían. Irritados éstos, comenzaron a darle palos, y con la carretilla cargada siempre para extremar aún más el rigor del castigo, le hicieron ir y volver varias veces del desmonte al vaciadero y viceversa, sin dejar de apalearlo, hasta que la pobre víctima cayó de bruces, expirante ya, sobre la trágica carretilla.

Entonces ocurrió un hecho inconcebible que no podría ser creído si otros análogos no diesen testimonios de los

extremos de ferocidad a que eran capaces de llegar aquellos cómitres infernales. El capataz, viendo desvanecido al pobre señor concluyó una idea terrible: dejó la vara, cogió una pala que vio cerca de sí alzándola a dos manos cuanto pudo la dejó caer de filo con tanta fuerza sobre su víctima que se la hundió por la espalda seccionándole completamente la espina dorsal y dejando el cuerpo casi dividido en dos partes. Luego mandó a otros presos que apartaran aquellos despojos a un lado y los enterraran.

El día 13 fué asesinado D. Federico Castillo Romera. Este señor vino detenido de Baza a Almería: fué incluido en la primera expedición con D. Jaime Granados García, vecino de la misma ciudad. Como éste, fué reconocido por un sargento paisano de ambos, hombre desconsiderado y cruel, que, sin tener en cuenta los más elementales vínculos de naturaleza y vecindad, los atormentó bárbaramente cuanto pudo. Este sargento que ya había dado pruebas de sus instintos criminales mandando asesinar al señor Granados, los confirmó luego dando orden a los carceros de su brigada para que quitasen la vida al señor Castillo Romera, como lo hicieron el día referido sacando a este señor de la brigada y dándole muerte a tiros en un barranco.

Don Angel León Rojas, muerto el día 17, era vecino de Villacarrillo, provincia de Jaén, de donde fué traído como preso político a la cárcel de Almería. Había cumplido ya su «condena» en el campo de trabajo de Araoz, pero en vez de ser puesto en libertad como correspondía, los rojos lo encerraron de nuevo en el Ingenio, y al organizarse la primera expedición lo incluyeron en ella. Este desventurado señor fué una de las víctimas que murieron en la iglesia a consecuencia de los bárbaros apaleamientos con que eran castigados los presos que, por agotamiento físico o por enfermedad, no podían ir al trabajo.

Víctima también de los malos tratamientos murió en la iglesia D. Mariano Ramírez Cortés. Este pobre señor padecía una enfermedad pulmonar incurable, que la vida penosísima de la prisión y de los trabajos forzados con todo

su cortejo de privaciones y de miserias agravó considerablemente a los pocos días de llegar a Turón. Falleció sin recibir otros cuidados que los que, a escondidas, podían prestarle sus pobres compañeros de cautiverio. Su cadáver permaneció dos días en la iglesia sin recibir sepultura.



## CAPITULO X

### HECHOS DIVERSOS

Nuestros apuntes contienen cierto número de hechos criminosos que deben llegar a conocimiento de la opinión pública, y que por haber ocurrido en circunstancias que no permiten incluirlos en los capítulos anteriores, los vamos a ofrecer reunidos en el presente.

Había entre los presos un señor llamado D. José Pérez Gómez, empleado de la Azucarera de Adra. Un día, al volver del trabajo encontró abierta una maletilla que tenía donde guardaba, entre otras cosas de uso personal un carnet de haber pertenecido en su juventud a la Marina mercante. Este carnet, que tenía fecha del año 1914, había desaparecido.

El señor Pérez Gómez, sospechando que la sustracción de dicho documento obedeciera a algún propósito malvado, y sabiendo cómo las gastaban aquellos criminales, se vió acometido de una preocupación tan intensa que acabó por ponerse enfermo. Esta sospecha tuvo degracladamente confirmación plena poco después, porque llamado a declarar por

el sargento Martín, éste le acusó de haber sido uno de los marineros sublevados contra el Gobierno de la República.

Don José Pérez, ante esta falsa acusación protestó respetuosamente, diciendo que él no se había sublevado nunca contra nadie, y que no era más que un empleado de la Azucarera, a lo que irónicamente respondió el sargento:

—Tú no has hecho azúcar en toda tu vida ni para endulzar una taza de agua.

Y sin aguantar más réplica le valió la espalda y se fué.

Desde este instante la muerte aleteaba ya como pájaro nocturno en torno al desgraciado señor Pérez Gómez.

Al día siguiente lo pusieron a trabajar con la carretilla. Como este trabajo, según hemos dicho ya, obligaban a realizarlo en condiciones penosísimas que requerían una extraordinaria fuerza muscular, el pobre empleado, al cabo de un rato de angustiosos esfuerzos, se sintió agotado. Advertidos de su debilidad los capataces, comenzaron a apalearlo brutalmente; pero este castigo no hizo sino extremar aún más su agotamiento. Entonces otro preso, ¡un preso político!, llamado Pedro Márquez Valero, acudió en «socorro» del señor Pérez Gómez, y para darle ejemplo de fuerza lo montó en la carretilla, lo llevó al-borde del vaciadero y lo arrojó con la carga de tierra y piedras por él.

El desgraciado, lanzado así por la pendiente, fué rodando unos quince metros hasta llegar al fondo. Allí se levantó como pudo, y ya de pie le mandaron subir. Cuando estuvo en lo alto, el Márquez Valero lo montó otra vez en la carretilla y lo volvió a arrojar por el mismo sitio. Esta operación la repitió cuatro o cinco veces, con gran regocijo de los milicianos y capataces que presenciaban la salvaje escena. A la última, lo arrojó al fondo del derrumbadero con carretilla y todo.

Pero no había terminado aún el martirio del desventurado, que lleno el cuerpo de contusiones y arañazos, cubierto de tierra y polvo y sangrando por todas partes, apenas podía moverse ya del sitio en que había caído. Le mandaron, no obstante, subir de nuevo, esta vez con la carretilla p

cuestas. Pero esto era imposible ya, y el pobre señor, después de haber hecho los más penosos esfuerzos para cargarse la carretilla, a los primeros pasos que dió para subir con ella cayó al suelo sin fuerzas para levantarse más. Entonces sus verdugos, conociendo que el «juego» había concluido, le hicieron desde arriba una descarga y lo dejaron muerto.

Otro preso, D. Manuel Manzano García Triviño, se sintió un día enfermo; se le habían hinchado las piernas por causa de unas heridas o contusiones que había recibido en el trabajo y no podía andar. Sus verdugos le obligaron, no obstante, a salir de la iglesia con sus compañeros, le mandaron ponerse a la cabeza de la brigada y dándole palos por todo el camino para que anduviera ligero, le hicieron subir la cuesta de la Amargura y llegar al lugar de trabajo. Allí le tuvieron durante la jornada ocupado en las más rudas faenas, precisamente para atormentarlo más. Por la tarde cuando la brigada regresaba al pueblo, un soldado llamado Lirola y el miserable Pedro Márquez Valero, tantas veces repetido en esta historia, sacaron al señor Manzano del grupo en que iba y, llevándolo a un barranco, le dieron muerte.

Aquella misma noche, uno de los presos políticos que tenía cierta confianza con el soldado Lirola, viéndole apesadumbrado, le preguntó lo que había ocurrido. El soldado, que no parecía ser tan malo como los otros, le respondió, afligido:

—Tú sabes que yo no soy capaz de matar a nadie. Márquez Valero ha sido el culpable de todo; el que ha denunciado a García Triviño y el que lo ha matado. Me pidió el fusil, y eso es lo que siento, habérselo entregado para que hiciera lo que ha hecho. Podía perderme a mí también; ¡es tan canalla!

Este soldado Lirola no era el único de la guarnición a quien repugnaban aquellos crímenes. Parece que había algunos más que veían con horror lo que allí ocurría, pero no podían evitarlo. No han contado el caso de un soldado

que murió de tristeza por haberse visto obligado a disparar contra un preso; no hemos podido, sin embargo comprobar este hecho.

Don Tomás Ferrer Gallurt fué otra víctima de la malvada hipocresía del sargento de su brigada. Este sargento parece que gustaba de engañar a los desgraciados a quienes quería asesinar, fingiéndose protector de ellos. Era un caso de depravación moral de lo más raro que puede imaginarse. Durante algún tiempo se mostraba muy solícito prestándole servicios, cuidados y atenciones como si verdaderamente sintiera un interés extraordinario por favorecerlos y librarlos de la muerte. Luego, cuando el infame llegaba a convencerse de que sus víctimas parecían gozar de la seguridad de su protección, cuando las tenía completamente engañadas, daba a sus sicarios la orden de quitarles la vida. A veces era él mismo quien se daba el «gusto» de matarlos con su pistola.

---

Como hemos dicho ya, los presos rojos que servían de sicarios a los jefes de la checa y la mayor parte de los milicianos, siempre que cometían algún asesinato, despojaban a los cadáveres de la vestiduras que podían ser aprovechadas por ellos, y se repartían los mismos equipos que dejaban en la prisión sus víctimas.

Una tarde, al volver del trabajo, creyendo que entre los muertos de aquel día se hallaba D. José Cano Ojeda, guardia civil del puesto de Roqueta de Mar, al llegar a la iglesia reclamaron el equipo de este preso. Con gran sorpresa vieron entonces los rojos que el presunto muerto se presentaba a entregarles él mismo lo que podían.

—¡Ah! Conque ¿todavía estás vivo?—le dijo uno de aquellos malvados. Y añadió en seguida:—¡Pues si no has caído hoy, mañana caerás!

Y en efecto, al día siguiente un cabo apodado «Tomillero», un miliciano motrileño y el gitano Muñoz Santia-

go, lo sacaron del trabajo cargado de pico y pala, lo condujeron a una cañadilla a sesenta o setenta metros por bajo de la carretera y junto al tronco de un almendro le mandaron cavar una fosa.

Cuando creyeron que el hoyo tenía las dimensiones convenientes, ordenaron al desgraciado Cano Ojeda que dejase la espiocha y tomase la pala para limpiar con ella el fondo de la excavación. En seguida, uno de los milicianos dijo al gitano:

—Ahí tienes un «civil». Tuyo es.

No fué menester más. Cogió el gitano la espiocha y, dando muestras de un coraje y de una ferocidad inconcebibles, conforme estaba su víctima inclinada limpiando la fosa, le descargó por la espalda tan terrible golpe con el pico que le atravesó el cuerpo de parte a parte. Luego continuó dándole espiochazos hasta quebrarle los brazos y las piernas y destrozarle la cabeza. Cuando se cansó de darle golpes arrojó los destrozados restos al fondo del hoyo y los enterró.

Un día, un cabo de milicianos llamado Pedro mandó al preso D. Nicolás Torres Gómez que fuese a tirar a una hondonada próxima a la iglesia un montón de ropas viejas de unos compañeros que habían muerto días antes en la prisión. El señor Torres Gómez cogió de un brazado los trapos sucios y se dirigió con ellos al lugar indicado por su guardián. Pero ésto, que había concebido el propósito de matarlo, tan pronto como lo vió llegar a un huerto inmediato al sitio que le había designado le disparó y le hizo caer muerto a tierra.

Esto parece que ocurrió a últimos del mes de Agosto. Por este tiempo había ya que cumplir ciertas fórmulas legales y tuvo que intervenir el Juzgado, el cual ordenó el levantamiento del cadáver y su traslado al cementerio. El médico de Turón le hizo la autopsia, comprobando que la muerte había sido producida por una bala explosiva.

El cuerpo quedó insepulto aquel día, y al siguiente tarde, fueron a enterrarlo unos milicianos con los presos

comunes el «Sarna», el «Charlot» y el «Málaga», que les servían de auxiliares, y dos presos políticos, los cuales recibieron la orden de abrir la fosa.

Los rojos, haciendo como siempre fiesta salvaje del dolor y de la muerte, cuando el hoyo estuvo hecho mandaron por burla a los presos políticos que rezaran por el alma de su infeliz compañero. Luego, profanando bárbaramente sus restos, le arrancaron el corazón y pretendieron hacérselo comer a los dos presos políticos que estaban presentes.

El estupor y el espanto de estos dos hombres ante pretensión tan bárbara no son para descritos. Resueltamente se negaron a ella.

No pudiendo lograr los rojos su feroz propósito, pero decididos a hacer padecer a sus víctimas la repugnancia de acercarse a los labios el sangrante despojo maloliente ya, les exigieron bajo pena de muerte que lo besasen. lo que hubieron de hacer en último término para que no los mataran.

Peró, irritados ya por la resistencia que habían opuesto a su capricho los presos referidos, les mandaron meterse en la fosa, les echaron encima el muerto y los tuvieron así un rato bajo la tremenda amenaza de enterrarlos vivos. Fueron unos minutos pavorosos para aquellos dos hombres. Al fin les mandaron salir del hoyo y enterrar el cadáver.

El lance acabó como acababan siempre todos los divertimientos de aquellos malvados; con una tanda de palos sobre sus víctimas.

Entre los presos políticos se encontraba el joven Don José Ballesteros Martínez, vecino del pueblo de María, hijo de un abogado llamado D. Bruno, preso también con él. Padre e hijo fueron desde un principio objeto de los más inhumanos tormentos.

Los rojos sentían predilección para dar gusto a sus instintos crueles por aquellos individuos que, por su aspecto, por su carácter o por cualquiera otra circunstancia,

parecían más distinguidos entre sus compañeros, a los cuales consideraban como sus peores enemigos. El tener apariencias finas o modales corteses, hasta el simple detalle de usar gafas, constituían motivos de persecución y ensañamiento.

Al joven Ballesteros y a su padre, con el pretexto de llevarles por agua los sacaron muchas noches de la prisión para apalearlos. Al fin un día resueltos a acabar con el muchacho, lo condujeron a las afueras del pueblo y lo mataron a tiros.

No satisfecho con este crimen, y a impulsos de su monstruosa crueldad, tuvieron al padre toda la noche cantando los himnos marxistas, que ellos le hacían aprender a viva fuerza. Después, en días sucesivos, obligaron al pobre anciano a que celebrara el novenario de su difunto hijo con rezos que aquellos salvajes remedaban impiamente entre risotadas y blasfemias brutales.

A este infortunado señor, a pesar de su avanzada edad y de estar enfermo, pues tenía como otros muchos de sus desgraciados compañeros las piernas hinchadas y andaba con dificultad, le hacían correr a palos por el campo delante de las brigadas al ir al trabajo o al volver de él. Al cabo, murió.

Cerca del cortijo de los Máximos, próximo al calar de Valbuena, amarraron un día a un hombre, completamente desnudo, al tronco de una encina. Lo insultaron primero brutalmente con las palabras más injuriosas; luego le mofaron de él con expresiones canallas y soeces; acabada la burla lo abofetearon y golpearon, y, para término de tanto martirio, le atravesaron los costados, el pecho y el vientre a bayonetazos.

Y dicen nuestros informadores que, todavía, mientras agonizaba el mártir, los asesinos se regocijaban de ver los surtidores de sangre que brotaban de las heridas, comparando a la víctima con un castillo de fuegos artificiales.

Un día sacaron del trabajo para darle muerte a un señor anciano ya, capitán médico retirado de la Armada.



Al llegar al lugar señalado para la ejecución le dispararon un tiro, pero habiendo hecho el infeliz un movimiento instintivo de defensa, amparándose el rostro con las manos, el proyectil le arrancó los dedos sin herirle en la cabeza. Entonces uno de los criminales, colérico por que hubiese fallado el tiro, le dijo ferozmente:

—Aunque te pongas las manos para librarte de las balas, no te has de escapar. Porque ahora te vamos a enterrar así.

Y sin pararse a reflexionar en la monstruosidad que iban a cometer, hicieron un hoyo, metieron a viva fuerza en él al pobre viejo y lo enterraron... vivo.

---

Ya hemos dicho bastantes veces que los apaleamientos se repetían y multiplicaban diariamente en Turón, dentro y fuera de la iglesia, lo mismo en el pueblo que en el campo así de día como de noche. Los instrumentos de esta bárbara tortura eran recias varas de almendro o de acebuche, y más comunmente los mangos o astiles de los picos y otras herramientas de trabajo. También nos han hablado de un vástago o ramón de pino salvaje, como de un metro de longitud con nudos de palmo a palmo erizados de púas. Personas que han visto después de la tragedia este roten siniestro, nos dicen que aun conservaba las manchas de la sangre arrancada con él a los infelices presos.

Un caso de brutal apaleamiento es el que vamos a referir con palabras de la propia víctima, milagrosamente salvada, la cual por excusar su nombre se expresa en tercera persona: «Con un preso enfermo hicieron lo siguiente: Desnudo como estaba, tendido en el suelo, por encontrarle un escapulario, le hicieron levantarse, le dijeron que echase los brazos atrás para que dejase el pecho libre, y con un astil más recio que la muñeca le dieron golpes horribles; después y en la misma forma, por la espalda y caído en el suelo sin

sentido se ensañaron de tal manera que los golpes iban con la punta del astil al estómago, vejiga y costados; a esta operación se agregó otra con la culata de un fusil. Esta criminal hazaña la repitieron tres veces, que fueron las que el enfermo cayó desvanecido al suelo. Este enfermo sobrevive sin lesión alguna. ¡Dios sea bendito»!

Muertos a palos perecieron en Turón y más tarde en Murtas muchos hombres. De los asesinados por este bárbaro procedimiento en Turón figuran en nuestras relaciones los nombres de alguno: D. José Moya Moreno, D. Diego Carrasco Ortega, D. Antonio Alonso Sánchez, D. Vicente Carmona Maturana y D. José Blanes Cortés.

Este último señor fué desde un principio víctima predilecta de tres gitanos hermanos que había entre los presos comunes. Estos tres bárbaros lo martirizaban con mucha frecuencia, lo mismo en el trabajo que en la prisión, sin que hubiere razón ninguna que justificase aquella adversión o malquerencia particular que demostraban contra él.

Un día, resueltos a matarlo, al subir la cuesta de la Amargura le fueron dando golpes con palos y piedras a todo lo largo del camino; al llegar a la carretera, tanto arremetieron en su acometimiento contra el pobre preso, que le hicieron caer al suelo quebrantado y aturdido. A puntapiés y a palos le obligaron a levantarse, y sin dejar de darle golpes lo llevaron al lugar de trabajo.

Allí, durante la jornada, continuaron apaleándolo, hasta que no pudiendo resistir más el infeliz, cayó a tierra machacado completamente y sin fuerzas para levantarse. Por la tarde tuvieron que conducirlo a hombros sus compañeros, pero había sido tan tremenda la paliza, que el desgraciado llegó expirante al pueblo, y a los pocos minutos de haber entrado en la prisión dejó de existir.

Al mes de estar en Turón la mayor parte de los presos andaban ya descalzos. En tal estado y a consecuencia de las largas y penosas marchas que tenían que hacer diariamente por la pedregosa cuesta de la Amargura se les llenaron los pies de heridas. Uno de estos desventurados a

quien se le habían hinchado las piernas, además, caminaba dificultosamente haciendo para ello esfuerzos dolorosos.

Advirtieron los guardianes la debilidad de este pobre hombre, y un día cuya fecha se ignora, al subir la trágica cuesta, dos de aquéllos, provistos de varas, se le acercaron diciéndole:

—Tú no quieres andar ¿eh? ¡Pues verás cómo ahora corres!

Y comenzaron a darle palos, obligándole con tal castigo a avanzar aceleradamente. Al alcanzar en su penosa carrera, hostigado por sus verdugos a los guardianes de la brigada que marchaba más arriba, éstos lo recibían a palos, obligándole a su vez a pasar adelante, perseguido igualmente por ellos, y de este modo, dejando el desgraciado un reguero de sangre a lo largo del camino, le hicieron subir la trágica pendiente.

Pero no pudo alcanzar la cumbre; antes de llegar a lo alto, desfallecido ya, cayó al suelo. Los feroces victimarios que le seguían como si se tratara de un animal salvaje, continuaron dándole palos sin la menor compasión, caído como estaba, y no pararon hasta que vieron que no hacía movimiento ninguno por estar ya muerto. Luego cogieron de los pies el cadáver y lo llevaron arrastrando hasta el borde de un balate por donde lo arrojaron, convertido ya en una piltrafa humana ensangrentada.

---

En medio de aquella orgía de crueldades sin freno y de martirios sin tregua, un hombre se volvió loco. Lo extraño es que sólo uno de aquellos desgraciados perdiera la razón, cuando había motivos suficientes para que enloquecieran todos.

Este desdichado, cuyo nombre no hemos podido averiguar con toda seguridad, aunquo parece que se llamaba D. Rafael Fuentes Sánchez, perdido el miedo con el juicio, no se recataba poco ni mucho en decir cuanto se le anto-

jaba contra sus crueles verdugos. Estos, advertidos de su locura, consideraron acaso que le convenía más conservarlo vivo para su divertimento que matarlo. Y así, aunque el pobre demente disparataba contra ellos y les decía cosas que a otros les habrían acarreado la muerte, él seguía viviendo para recreo de aquella horda de salvajes.

Una de sus más frecuentes cantilenas era la que sigue:

—Vosotros nos pegaréis, nos mataréis, pero no ganaréis la guerra.

Como después se ha visto, esas palabras encerraban una honda profecía. Su infeliz autor viene a recordarnos con ellas y con su triste locura en esta sombría tragedia de Turón, la historia de Casandra, la desventurada hija de Hécuba, vaticinando por las calles de Troya la ruina de la ciudad.

Pero los milicianos rojos, ignorantes y feroces, no podían comprender el sentido profético de las palabras que el loco decía, y se reían de él y lo maltrataban y escarnecían constantemente para excitar su enojo y regocijarse con los dichos que se le ocurrían.

Le habían destrozado la misera ropilla que tenía a fuerza de golpes y de tirones, y andaba casi desnudo, sin más que unos andrajos, restos de un pantalón que malamente le cubrían el vientre y los muslos.

Diariamente era maltratado, unas veces a palos, otras a bofetadas, cuando no a culatazos o a empujones que le hacían rodar por el suelo entre las descompuestas risas de aquellos malvados.

Al fin, el pobre mártir, agotadas ya sus energías con tanto martirio, un día, sintiéndose morir, repitiendo su cantilena «Vosotros nos pegaréis, nos mataréis, pero no ganaréis la guerra» mientras se arrastraba, casi sin fuerzas por el suelo, fué a exhalar su último suspiro en el lugar correspondiente al presbiterio, allí donde en otro tiempo, cuando había más fe en las almas y más respeto a las cosas divinas en los corazones, se alzaba el altar mayor.



## CAPITULO XI

### LA OPINION PÚBLICA ANTE LA TRAGEDIA

Tantos y tan monstruosos crímenes tenían necesariamente que producir en la opinión pública un movimiento de horror y de protesta. La sangre vertida pedía justicia. Aunque los rojos pretendieron ocultarlos estableciendo un cordón de vigilancia en torno al lugar, teatro de sus infames fechorías, para estorbar el acceso al mismo de toda persona extraña, y aunque el terror imperante en la parte de España sojuzgada por ellos impedía toda manifestación contraria a sus conveniencias particulares o a su política de guerra, era imposible escamotear al conocimiento público hechos de tanto relieve material y moral como los que dejamos apuntados.

Aunque no se podía penetrar en Turón ni acercarse a los sitios donde los presos trabajaban, alrededor de la zona cerrada por la vigilancia roja andaban frecuentemente muchas personas, parientes de los presos, en busca infatigable de noticias sobre la suerte de éstos. De día y de noche, recatadamente, iban de cortijo en cortijo hombres y

mujeres, preguntando a los vecinos de aquellos contornos por las cosas que allí ocurrían, y estos vecinos, testigos muchas veces desde sus mismas propiedades de los actos de barbarie que los rojos cometían, cuando el miedo no se lo estorbaba, daban cuenta de ellos a los que iban a preguntarles.

Por otra parte, la incomunicación del pueblo con el resto del mundo, por mucho que los rojos se esforzaran en mantenerla, no podía ser tan absoluta como habría sido menester para que lo que allí pasaba permaneciera encerrado en el más profundo misterio. Los vecinos de Turón, testigos de las atrocidades que se cometían diariamente con los presos políticos, podían alguna que otra vez hacer llegar noticias de ellas a otros lugares de la Alpujarra menos vigilados de donde se esparcían al resto del país. Y por si no bastara todo eso para dar publicidad al secreto que se quería tener escondido, los mismos rojos, imprudentemente, lo pregonaban a veces en alardes de bravuconería y de crueldad que siempre hallaban quien los divulgase.

El rumor público, a los pocos días de haber comenzado el drama, se había apoderado ya de sus incidencias más terribles. Y el rumor público es algo tan sutil y etéreo que no hay artificio humano, ni valla, ni estorbo, ni fuerza que pueda impedir su difusión, tanto más amplia y rápida cuanto más grave es el hecho que lo origina. En este caso que consideramos, el rumor de los crímenes que se cometían en Turón corrió como la llama de un relámpago por toda la Alpujarra y fuera de ella, produciendo estremecimientos de horror entre las gentes honradas. Y provocada la alarma desde los primeros instantes, ya no habría de ser posible acallarla, habiendo miles de personas, parientes y deudos de los presos políticos atormentados y asesinados en los montes de Turón, que no podían permanecer impassibles ante el peligro que amenazaba a los seres queridos o ante su muerte acaso conocida ya.

Se dice por algunos que el Gobierno rojo ignoraba lo que ocurría en Turón. Oficialmente es posible que no lle-

gara a tener noticias de ello. Pero ¿puede creerse que oficialmente no las tuviera tampoco? Difícil es admitir la contestación afirmativa a esa pregunta. El Gobierno no podía ser tan sordo como era menester para no oír los clamores de la opinión, espantada de los crímenes que allí se cometían. El Gobierno debía saber, estaba obligado a saber, queremos decir, lo que allí pasaba. Y lo sabría seguramente desde un principio.

Como hemos dicho ya, los parientes de los presos no podían ir a Turón, porque allí eran detenidas todas las personas que llegaban procedentes de otros lugares; pero iban a los cortijos de aquel término, próximos a la carretera, en busca de noticias de sus allegados. Estos cortijos eran visitados también por las fuerzas rojas, que iban a merodear a ellos con frecuencia. La escasez de mantenimientos en la zona marxista alcanzada también a sus ejércitos, y las fuerzas de ocupación de un lugar tenían que buscar sobre el terreno lo que su Gobierno dejaba de mandarles. En Turón mismo se dió el caso de estar tres días sin probar bocado presos y guardianes; pero éstos, al cabo, resolvieron la dificultad matando un mulo en pleno campo y comiéndoselo a trozos chamuscados en una hoguera; los presos tuvieron que aguantar su hambre hasta otro día. Con estos detalles se puede juzgar de la miseria que padecía la población civil, compuesta en su mayor parte de ancianos, mujeres y niños.

Un día llegaron al cortijo de Notáez, situado a unos quinientos metros de la carretera, el preso político Diego Villegas Martín y dos milicianos; iban a proveerse de vino. Allí se encontró inopinadamente dicho preso con una hermana suya que había ido a aquel lugar en demanda de indomres. Ambos hermanos, disimulando su emoción ante los soldados rojos, aparentaron no conocerse; pero, en un descuido de éstos, y en un brevísimo aparte que tuvo con su hermana, pudo el pobre Villegas cruzar unas palabras con ella y contarle en pocos y concisos términos algo de las

monstruosas crueldades que los rojos cometían con los desventurados presos.

Esta mujer fué en seguida a Almería, y allí comunicó el caso a las familias de algunos de ellos, las cartas, llenas de terror y duelo, fueron a exponer sus quejas, en solicitud de ayuda, al cónsul inglés en dicha capital, Mr. Harrisson. Pero este ilustre britano parece que no quiso molestarse en atenderlas, poniendo en duda la veracidad de los hechos que se le declaraban (duda no desprovista de razón, en verdad. ¡Era tan increíble lo que pasaba en Turón!) Entonces fueron a entrevistarse con el delegado de la Cruz Roja Internacional, otro inglés llamado Mr. Philip, que tan incrédulo o tan flemático como su compatriota, tampoco quiso tomar cartas en el negocio.

En vista de estas negativas de los funcionarios ingleses a intervenir en el asunto, —según la información que transcribimos— una animosa señora, esposa de uno de los presos políticos que se decían asesinados ya, fué a Valencia y logró hacer llegar una denuncia al Gobierno Negrín, a costa de su propia libertad, porque fué detenida y encarcelada, pero, al parecer, de efectos positivos, pues a consecuencia de dicha reclamación fué enviada a Turón una Comisión investigadora presidida por un teniente coronel rojo, encargada de incoar un expediente de depuración sobre los hechos denunciados. Esta Comisión la componían una especie de Juzgado militar y dos médicos civiles. Uno de éstos llamado Santaella o Santaolalla, en cierta información publicada en la Prensa granadina, acabada ya la guerra, dice lo siguiente: «Por lo que llamaban Estado Mayor en Baza se nos citó un día para comunicarnos la misión. Lo primero fué advertirnos de que había que actuar dentro del más absoluto silencio, bajo sanciones en caso contrario. Era un encargo delicadísimo del «Gobierno» relacionado con una cuestión internacional.»

El resultado de la labor de esta Comisión nos es desconocido en su parte más interesante, esto es, en el texto del informe que la misma hiciera como resumen de su ac-

tuación oficial. Este escrito no lo hemos encontrado en parte alguna. En la información periodística, a que aludimos anteriormente, se lee: «Como resultado de las diligencias que se instruyeron fué procesado el teniente coronel Galán jefe del Cuerpo de Ejército del sector y otros varios: pero el sumario fué traspapelado, porque no convenía por lo visto, aclarar quiénes eran los principales criminales». Parece que esto no es cierto, pues ni Galán ni Cañas Espinosa llegaron a perder la confianza del Gobierno.

Lo cierto y positivo de todo esto es que, en efecto, a Turón fué la Comisión referida; que se tomó declaración a algunos presos, no a todos; que los presos llamados a declarar no dijeron toda la verdad por miedo a represalias; que se verificaron algunas exhumaciones y prácticas de autopsia; todo ello a la carrera, de manera precipitada y sin ninguna garantía de seriedad, ya por falta de celo de los funcionarios que componían dicha Comisión, ya por presión de los mismos mandos rojos sobre ellos.

La nota más saliente de las disposiciones tomadas sobre este asunto fué el cambio de fuerza militares en el destacamento de Turón; se llevaron las que había y mandaron otras, tan criminales, desde luego, como las primeras. Pero había que emplear de allí en adelante procedimientos menos escandalosos para continuar la obra de exterminio comenzada: había que dar algunas apariencias de legalidad a los crímenes: —¡como si el crimen pudiera jamás adquirir forma legal en la conciencia humana!— En una palabra: los «fascistas» no debían ya morir a tiros, ni sus cadáveres debían quedar abandonados en el campo: los «fascistas» debían «morirse» ellos mismos, no importa si de hambre o a palos, y sus cadáveres, con intervención del Juzgado, enterrado debidamente en el cementerio.

---

Volviendo al punto de origen de la denuncia o reclamación que suponemos consecuencia necesaria del escán-

dalo provocado con tantos y tan monstruosos delitos, debemos consignar aquí una nueva versión, o mejor dicho, una faceta más del mismo asunto: Según nos cuenta doña Adela Pérez, viuda de D. José Cassinello, asesinado por los rojos en Turón, esta señora, inquieta por la suerte de su marido, de cuyo asesinato habían llegado a ella algunos rumores, envió por conducto particular una carta a un hermano del señor Cassinello, residente en Londres, contándole lo que ocurría en Turón y pidiéndole se interesara por obtener noticias de la situación y suerte de su hermano en el referido pueblo.

Dicho señor, según la relación de doña Adela, escribió al delegado de la Cruz Roja en Almería una carta en términos enérgicos y conminatorios, tales que el señor Philip hubo de marchar a Baza para mejor cumplir el encargo recibido. Allí supo por el mismo jefe del Cuerpo de Ejército rojo que D. José Cassinello había muerto, esto es, que había sido asesinado.

Muy mala debió de ser la impresión recibida en Baza por el delegado de la Cruz Roja en relación con los sucesos de Turón, y mucho debió de repugnarle el tener que intervenir en reclamaciones relacionadas con ellos, pues el buen señor salió de Baza con rumbo desconocido y no volvió más a Almería. Dejamos a cargo de los lectores el comentario sobre este extraño incidente.

Relacionado con el mismo puede suponerse el rumor insistentemente circulado de una intervención diplomática en los sucesos de Turón. Es de creer que la noticia de este episodio salvaje de la revolución española llegara al Extranjero, si no por conducto de un mensaje oficial — que pudo partir del Delegado referido — por lo menos llevada allá por alguna información de Prensa. Los hechos, más o menos ajustados a la verdad en las relaciones que circulaban clandestinamente, fueron conocidos en toda la zona roja desde un principio, y este conocimiento, por rigurosa que fuese la censura, no podía ocultarse a la perspicacia y sagacidad de los corresponsales extranjeros, ni a

éstos habrían de faltarles medios para transmitir su noticia a todas las partes del mundo.

¿Hubo o no hubo intervención diplomática relacionada con los sucesos de Turón? Nosotros creemos que sí. En primer lugar porque hechós de tanto relieve, según ya hemos dicho, no podían ser desconocidos en el Extranjero; y en segundo lugar por una información que nos ha facilitado uno de los supervivientes, D. José Arance Egea, maestro nacional.

Este señor, hallándose en Albaterra (Alicante) con otros presos, restos de la primera expedición, que habían sido trasladados a dicho pueblo levantino a continuar su cautiverio, encontrándose un día en la enfermería, recién operado, le mandaron presentarse en el despacho del director de la Prisión. Fué allí y se vió frente a un señor que el Director le presentó como delegado de la Sociedad de Naciones, el cual le pidió una información de los hechos ocurridos en Turón. El señor Arance no vaciló en declarar cuanto sabía, sin atenuar la gravedad de los hechos, decidido a que la verdad resplandeciera, aun a costa de su propia seguridad personal, ante el alto Tribunal ginebrino. Esta declaración, después de escrita, fué firmada por su autor. Luego fué llamado a declarar otro preso, el cual hizo manifestaciones idénticas a las hechas por el señor Arance, que firmó también.

Algún tiempo después, según nos dice este señor en el relato que ha tenido la bondad de facilitarnos, supo en la prisión que los informes emitidos por él y su compañero de cautiverio habían sido leídos en Ginebra ante el propio Alvarez del Vayo, el cual hubo de palidecer al escuchar la tremenda acusación que sobre él y sobre el Gobierno que representaba hacían caer aquellos informes. No sabemos, de ser cierto este extremo, si en la Sociedad de Naciones se tomaría alguna resolución sobre el caso. Pero de todos modos, si se acordó algún remedio, éste llegaba tarde. El daño estaba ya hecho.

Volviendo otra vez atrás, esto es, al punto de origen de la denuncia que consideramos, opiniones de personas autorizadas, niegan la intervención del Gobierno rojo en este asunto, por lo menos en el aspecto oficial. Estas personas creen que ni las autoridades de Baza ni las de Almería comunicaron nada oficialmente al Gobierno, y consideran que por temor a un escándalo en España y fuera de ella al ser hechas públicas tantas monstruosidades, los mandos militares y civiles de la zona en que ocurrían trataron de ocultarlas, realizando por su cuenta el simulacro de investigación oficial que hemos dicho anteriormente, y sustituyendo la banda de criminales que operaba en Turón por nuevas fuerzas, que no por ir allí a remediar la situación dejaron de cometer nuevos y acaso más bárbaros crímenes que las anteriores.

Esta opinión, que consignamos por la calidad de las personas de quienes la hemos oído y porque hasta cierto punto es verosímil, no alcanza a explicar la conducta del Gobierno rojo más allá del comienzo de los hechos. Estos pudieron ser obra exclusiva de Galán y de Cañas Espinosa (y de hecho lo fueron) sin orden expresa de sus superiores, repudiando a la política general de aquel contra la llamada «Quinta columna» en todo el territorio que dominaba. Un caso de celo complicado de vesania criminal. Es muy posible. Como es muy posible también que, espantados de su obra ante el escándalo que comenzaba a producirse, pretendieran como se dice vulgarmente echar tierra al asunto, ocultando o desfigurando la verdad al conocimiento de su Gobierno.

Pero esto que hasta aquí es verosímil no excusa ni puede excusar ninguna supuesta ignorancia de éste en relación con el asunto, cuando en toda España se sabía lo que pasaba en Turón. De una manera oficiosa, si no oficial, Negrín y su pandilla debían tener, tenían sin duda, noticias de las monstruosidades que en Turón estaban cometiendo sus sicarios. Y no sabemos que hicieran nada, nada eficaz al menos para evitarlas, ni que se castigara a

ninguno de los criminales altos ni bajos que habían intervenido en ellas.

Resumiendo la materia de este capítulo en pocas palabras diremos que los crímenes de Turón, conocidos desde un principio por la opinión pública, produjeron un sordo clamor de escándalo; que este clamor llegó indudablemente a oídos del Gobierno rojo, ya en forma de denuncia concreta, ya como eco del rumor público; que hubo en Turón un simulacro de investigación oficial y un cambio de fuerzas que en nada mejoraron la situación de los presos; y que todas estas cosas, traspasando las fronteras, por vía diplomática o por corresponsalías de Prensa, llegaron a conocimiento de la opinión mundial produciendo la consiguiente estupefacción en todas partes.

Para terminar y como juicio propio diremos que los sucesos de Turón suscitaron sobre el Gobierno rojo la animadversión y la repugnancia del mundo civilizado, y que contribuyeron casi tanto como las tremendas derrotas de sus Ejércitos al descrédito de su política y al derrumbamiento de su causa.

Por esto creemos que en la tragedia de Turón se resume la tragedia de España en el aspecto cruel, doloroso y sombrío de tan formidable conmoción social. La pasión satánica del odio, llevada a sus más delirantes extremos, a sus más cínicas demostraciones, a sus más terribles consecuencias en orden a la moral humana, ha tenido en el pobre y ruín escenario de este humilde pueblo alpujarreño la nota más aguda, la expresión más acabada de su espantosa maldad.



## CAPITULO XII

### EPILOGO, EN MURTAS

Hacia últimos del mes de Septiembre, de aquellos 301 hombres que habían salido de Almería el día 3 de Mayo. No quedaban ya en Turón sino poco más de la mitad. Los demás, la mayoría, habían sido asesinados; unos pocos, por gestiones afortunadas del médico de la localidad, habían logrado ingresar en hospitales, pero en tan grave estado ya, que casi todos murieron.

Los que, por misericordia de Dios, quedaban aún en Turón, sobreviviendo a tantas crueldades y martirios, no eran ya hombres sino esqueletos revestidos de piel negra escoriada por los apaleamientos, corroída por úlceras y malamente cubierta por andrajos descoloridos, miserables restos de lo que antes fueron sus vestiduras.

La vida alentaba aún en ellos; pero era esa vida de brillo febril en los ojos, de matiz terroso en el semblante y de movimientos convulsivos y torpes de los tísicos en el último grado de su consunción devoradora. Había ya en ellos tanto de espectros como de seres reales. Su presencia

era espantosa. Los vecinos de Turón apartaban de ellos la vista con horror y asco.

Casi todos estaban atacados de disenteria, y muchos tenían las piernas hinchadas y enormes bubas inguinales que les impedían andar. Un médico rojo que vino a Turón creyó ver en ellos casos de peste bubónica. Pero el titular del pueblo que, aunque no había podido asistir a aquellos desgraciados sino en muy contadas ocasiones y exponiendo a veces su vida, conocía el proceso de aquel estado de miseria fisiológica, hizo ver a su colega lo que había de verdad en aquel cuadro horrible que tenía ante sus ojos. Allí no había peste bubónica, sino carne podrida por la falta de nutrición, de trato humano y de higiene.

Los hombres aquellos en tal estado no servían ya para el trabajo. Había que dejarlos morir allí o llevárselos a otro lugar donde pudieran recobrar la salud perdida. Optaron por lo segundo, no por impulsos humanitarios desde luego, sino por cálculos de conveniencia material. Los trabajos de la carretera había que continuarlos, y, «acabados» los fascistas de la primera expedición, en Almería estaba Cañas Espinosa para enviar todos los que hicieran falta a Galán. Debían pues, venir más hombres, y era preciso evacuar la iglesia para darles alojamiento.

El 29 de Septiembre salían de Turón los restos de aquella expedición primera sacada el mes de Mayo del Ingenio. De los 301 hombres que la componían sólo salieron 147, los cuales fueron a continuar su cautiverio en Albaterra (Alicante), donde tuvieron la suerte de ser mejor tratados. Quedaron, no obstante, en el pueblo, cinco presos políticos que aun se conservaban medianamente sanos, y los presos comunes; en total, unos veinticinco hombres. Los demás como hemos dicho, perecieron todos.

Cuatro días después de ser evacuados de Turón los restos de la expedición primera, esto es, el 3 de Octubre, llegó al pueblo la segunda, compuesta de 202 hombres. El régimen que se siguió con estos nuevos mártires fué el mismo empleado con los anteriores. Trabajos forzados, apalea-

mientos brutales, burlas crueles, hambre, sed y, por último, la muerte a tiros o a garrotazos.

No hemos podido averiguar el número de los que perecieron en Turón de esta segunda expedición de presos. Sabemos el caso de D. Juan Manzano Manzucó, cónsul de Méjico en Almería, el cual fué muerto bárbaramente a palos por el célebre Pedro Márquez Valero y otro de los criminales que con él formaban la banda de asesinos de la primera expedición que quedaron en el pueblo para continuar su obra exterminadora.

El mismo día de la llegada pusieron al señor Manzano a trabajar con la carretilla, y como no pudiera realizar la faena a gusto de los capataces, éstos lo apalearon brutalmente. «Días después —dice con elocuente realismo la información que nos han enviado sobre este suceso— como no podía hacer el trabajo que le mandaron, le dieron tan tremenda paliza que lo dejaron tendido en el suelo durante todo el día y en tal estado que las moscas le entraban y salían en la boca como si fuera cadáver. En la tarde le hicieron marchar al pueblo; al día siguiente no pudo salir al trabajo y en la noche murió sin recibir auxilio de ninguna clase.»

Asesinados por igual procedimiento murieron en Turón otros varios en los días siguientes, entre ellos D. Alberto López Gutiérrez y D. Rafael Rebolledo Aresta.

---

El 7 de Noviembre, un mes después de su llegada a Turón, los presos con las fuerzas que los custodiaban pasaron de este pueblo a Murtas. Las obras de la carretera en su avance estaban ya más cerca de este último pueblo que del primero, y convenía el traslado de la base de explotación de uno a otro para ahorrar distancias.

Con este cambio de residencia los presos vinieron a experimentar una tortura más, en extremo penosísima: la del frío. Pasaban del Ecuador, al Polo.

Murtas es un pueblo de temperatura casi glacial en invierno, y esta estación se anticipa allí por lo menos un mes a la entrada que le marca el Calendario. Ráfagas heladas de todos los cuadrantes vienen a azotar las alturas murteñas, acompañadas frecuentemente de lluvias y de ventiscas que esparcen la desolación y la muerte por aquellos inhóspitos parajes.

La vida a campo raso, en la línea ondulada de collados y lomas que tienen por vértice la cumbre del Cerrajón, sobre un suelo aterido por la humedad y en un ambiente de hielo cortante por lo sutil, debía de ser cosa horrible para aquellos hombres llevados allí sin ropas ni mantas ni abrigos para defenderse del frío. La rudeza del trabajo era el único alivio que en su triste situación podían hallar contra las bajas temperaturas; pero esa misma rudeza —no pudiendo ser compensado el esfuerzo a que obligaba con una alimentación nutritiva y abundante—venía a consumir sus energías más rápidamente y acabar más pronto con las resistencias naturales de sus organismos.

Los alojaron en la iglesia, como en Turón, y con el mismo sistema de vigilancia y de rigor practicado antes en este pueblo. Al amanecer los sacaban de la prisión para el trabajo, divididos en brigadas fuertemente escoltadas por milicianos, que les obligaban a caminar a marcha forzada; los capataces iban detrás dando palos a los más rezagados.

No había para ellos en Murtas cuesta de la Amargura, pero el tránsito desde el pueblo al lugar de trabajo, enfilando siempre la línea de cumbres que bajan del Cerrajón al cañar de Valbuena, en aquellas crudas mañanas de invierno, era algo también penosísimo. Sus guardianes iban provistos de recios capotes y de fuertes zapatos que los libraban de los rigores de la humedad y del frío; pero ellos, los presos, iban en cuerpo, medio desnudos y con los pies descalzos. Hasta que comenzaban a trabajar no sentían el calor de la sangre correr por sus venas.

El mismo odio, la misma saña, la misma crueldad de

que dieron tantas muestras en Turón milicianos y capataces animaron a éstos a martirizar a los presos en los trabajos de Murtas. No mataban ya a tiros, pero lo hacían a palos. Elegida la víctima, unas veces en el mismo trabajo delante de sus compañeros, otras veces apartándola a una cañada, dos o tres de aquellos cómitres feroces, armados de astiles o de viejas estacas, comenzaban a descargarle garrotazos hasta que la derribaban al suelo, y luego allí, rendida a sus pies, no satisfecha aún su crueldad, seguían destrozada y rotos los brazos, las piernas y las costillas. Por dándole palos hasta que la dejaban muerta con la cabeza la tarde envolvían los cadáveres en mantas, y a hombros de sus compañeros los hacían conducir al cementerio.

En menos de veinte días sucumbieron en Murtas veintiocho hombres, la mayoría asesinados a palos, y algunos muertos de hambre y de frío.

La disentería atacó también a muchos hombres de esta expedición. Víctima de tan penosa enfermedad D. José Ortega Tamayo, maestro nacional de Gádor, tenía que hacer frecuentes evacuaciones; los capataces cargaban ferrozmente sobre él cuando lo veían inclinarse para hacer una deposición orgánica y le obligaban a levantarse a palos entre risotadas brutales, insultos canallescos y burlas crueles. Trabajaban cerca del camino real de Murtas por donde en determinados días pasaban gentes al mercado del pueblo, la mayoría mujeres, y en esas ocasiones los capataces obligaban al señor Tamayo, cuando se veía constreñido por su dolencia a hacer una evacuación, a colocarse en medio del camino para escandalizar y hacer huir a las pobres mujeres que acertaban a pasar por él. Al fin, un día, los criminales dieron tan tremenda paliza al pobre señor que éste quedó muerto.

De la misma manera y en idénticas circunstancias mataron a otros varios.

La intensidad del frío en aquellas largas noches de Noviembre y en el ámbito desolado y húmedo de la iglesia, sin jergones, sin mantas, sin ninguna especie de abrigo, les

hacia tiritar arrimados los unos a los otros en busca instintiva de un calor que el espacio les negaba. No podían dormir; les era imposible conciliar el sueño mordidos los pies y las manos, los brazos y las piernas, el cuerpo entero, en fin, por la crudeza glacial del ambiente. Comenzaron a amanecer hombres muertos de frío.

Fué preciso que los mismos presos pensaran en hallar algún remedio. Sus guardianes, lo mismo que en Turón, les tenían prohibido encender ni una cerilla; pero el peligro de morir helados les hizo desdeñar toda amenaza a este respecto y, faltando a la cruel consigna, empezaron a quemar cuanto encontraban a mano para procurarse algún calor. Fueron castigados al principio, pero al cabo tuvieron sus verdugos que transigir con aquella necesidad.

Repartidos en grupos, en torno a unas cuantas fogatas, los desdichados dormitaban como podían, porque no era tampoco cosa fácil dormir ni con el ligero alivio del calor que la candela les prestaba. Aunque el espacio era grande, como no tenía respiradero adecuado y las fogatas eran varias y generalmente hechas con leña verde o húmeda traída del campo la misma tarde, a los pocos momentos el humo invadía todo el interior de la prisión, un humo acre, espeso, que les cegaba los ojos y les producía, entre recios golpes de tos, síntomas de asfixia.

Una noche, el preso D. Rafael Navarro Viciana y otros dos compañeros suyos cuyos nombres no hemos podido averiguar, careciendo de leña y sintiéndose morir de frío, comenzaron a buscar algo que quemar por los rincones de la iglesia. En una pequeña habitación que había al fondo de la nave hallaron un palo que, puesto verticalmente, sostenía la techumbre carcomida ya, y resueltamente, acuciados por la necesidad, lo arracaron del sitio en que estaba y se lo llevaron. La techumbre, privada de aquel sostén, se hundió de allí a poco con gran estrépito.

Descubierto el estropicio, los guardianes se enfurecieron, y cargando brutalmente varios de ellos armados de es-

tacas sobre los infelices presos causantes del daño, los apalearon sin compasión. Podría creerse que con este castigo se quedarían los bárbaros apaleadores bien satisfechos, pero no fué así, pues resolvieron matarlos, martirizándolos primero como tenían por costumbre.

Durante varios días los sacaron al trabajo con los brazos amarrados a la espalda, y, dándoles palos por todo el camino a la vista de sus aterrados compañeros, los llevaban al tajo. Por la tarde volvían a amarrarles los brazos y, apaleándolos como por la mañana, los conducían a la prisión. Este martirio no podía prolongarse mucho. Y habiendo quedado imposibilitados para trabajar, una noche, entre el cordobés Pascual y el tantas veces citado en esta horrible historia, Pedro Márquez Valero, les dieron tan tremenda paliza a los tres que los dejaron muertos. A otro día, en una escalera de mano que había en la iglesia para dar cuerda al reloj los llevaron a enterrar, paseando la vista espantosa de sus cadáveres ensangrentados por las calles del pueblo.

Además de los citados murieron en Murtas D. José Pérez Fernández, D. Lucas Salmerón Lirola, D. Juan Muñoz Amate, D. Manuel Herrerías Moya, D. Antonio Martí Rodríguez, D. Manuel Álvarez Ronquillo, D. Francisco Rodríguez Alcántara, D. Antonio España García y otros cuyos nombres no hemos podido averiguar, hasta el número de 28, todos ellos muertos en menos de veinte días unos de frío y de hambre, y otros, la mayoría, a palos.

---

La suerte de los presos cambió de un modo inesperado el 25 de Noviembre. Habían llegado a Murtas, destinados a los trabajos de la carretera, 200 hombres más, prisioneros de guerra, entre los cuales había algunos italianos y moros. Para la vigilancia de este nuevo personal fueron designadas las fuerzas rojas que custodiaban a los

presos políticos; éstos pasaron entonces a depender de una sección de guardias de Asalto.

El cambio favoreció extraordinariamente a los presos; sus nuevos guardianes dieron desde el primer momento muestras de ser benévolos y humanitarios. Acabaron los asesinatos, cesaron los apaleamientos y las demás crueldades; el rigor inmotivado y la disciplina brutal de los milicianos desaparecieron también. Aunque continuaron sometidos al mismo régimen de trabajo y de organización impuesto desde un principio en la colonia, las condiciones de vida en ésta no fueron ya para ellos tan penosas como antes. Habían dejado de ser bestias en el concepto de sus guardianes para recobrar su dignidad de hombres.

Podían ya comunicarse con sus familias y recibir de éstas los auxilios materiales y morales que su triste condición de cautivos demandaba. La generosidad y la benevolencia de los guardias de Asalto llegaron hasta el punto de permitirles salir de la iglesia y andar libremente por el pueblo para que pudieran proveerse de las cosas que les fueran necesarias. Se dieron también casos de camaradería y mutua confianza tales como el de llevar el preso el fusil del guardia en algunos servicios por el campo.

Al mediar el invierno, los triunfos de las armas nacionales, dando por inevitable ya el total vencimiento de los rojos en plazo breve y anunciando una pronta y feliz terminación de la guerra, vinieron a mejorar aún más su situación. La esperanza de una liberación próxima les hacía también estar contentos.

A últimos de Marzo llegó por fin la hora deseada. Los presos, dueños de su libertad en Murtas, por tácita resolución de las fuerzas que los custodiaban, abandonaron el pueblo y volvieron a sus casas. Todo había terminado.

Y aquellos inolvidables y tristes supervivientes de la primera expedición que en Albaterra aroñaban, entre recuerdos dolorosos de su tremendo martirio, la libertad,

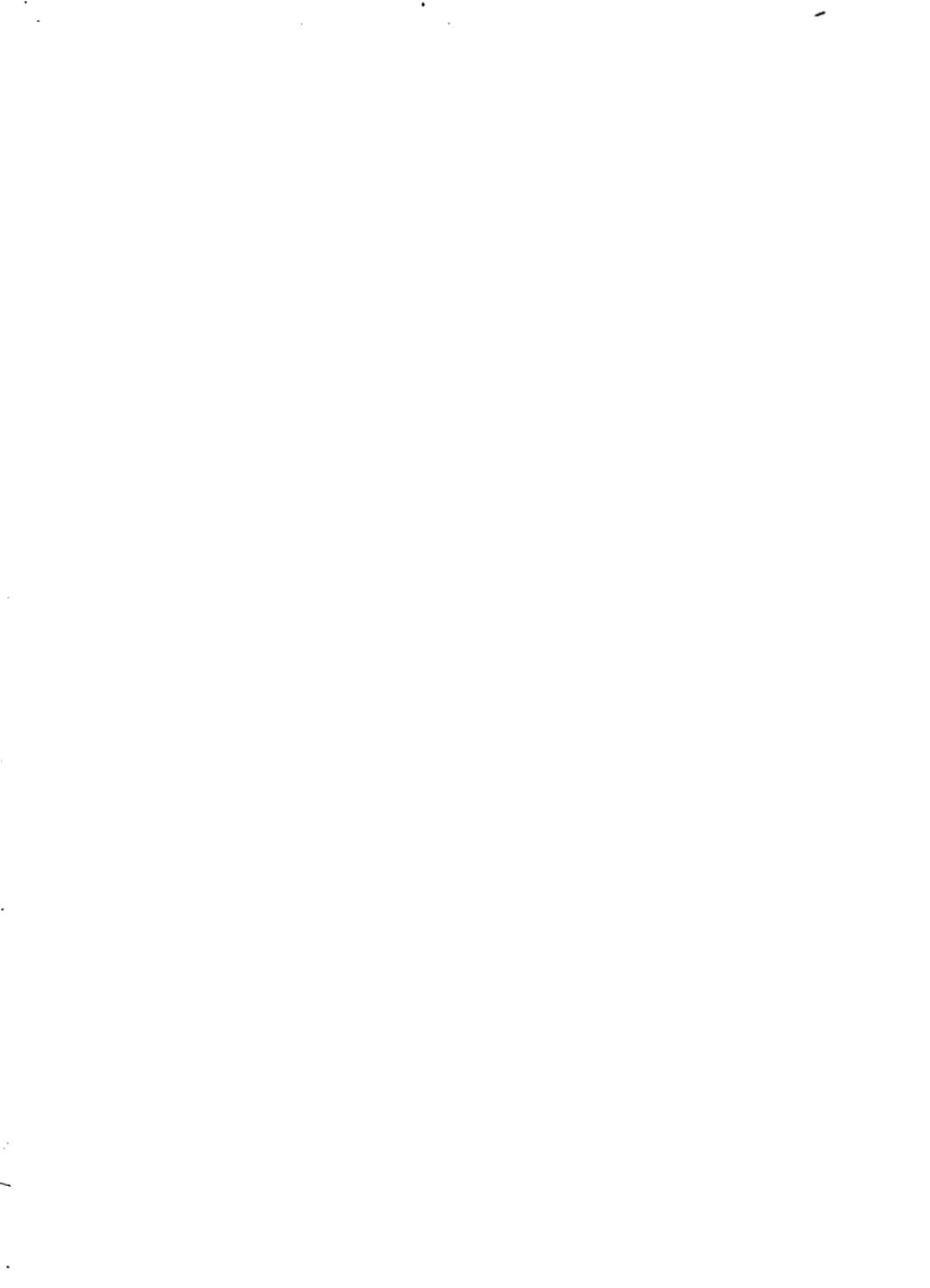
también la hallaron y también volvieron a gozar del calor y de la ternura y de la tranquilidad de los hogares queridos.

Los que, en horas espantosas de tormento y de agonía, dieron sus vidas por Dios y por la Patria, esos no podían volver ya a aquellos hogares terrenales de donde nosotros infames los arrancaron, porque cuando sonó la trompeta victoriosa del triunfo y de la liberación estaban ya en otro hogar más-alto y más seguro, en el hogar común a todos los bienaventurados.



TERCERA PARTE

REFLEXIONES



# CAPITULO I

## EN EL ESCENARIO DE LA TRAGEDIA

Hemos visitado los lugares donde se cometieron los crímenes: la carretera, aún no concluída; la cuesta de la Amargura, empinada y tortuosa; la iglesia parroquial, desmantelada y sucia; los huertos cercados de chumberas, próximos al pueblo: la ermita de San Marcos... Todo el escenario, en fin, donde el verano de 1938 se desarrolló el espantoso drama que dejamos relatado en los capítulos anteriores.

Por dos veces hemos recorrido esos lugares. A las informaciones verbales recibidas de los supervivientes, queremos unir las impresiones de la propia observación para aquilatar la verdad de los hechos, con el fin de ofrecer a nuestros lectores una historia y no una fábula de los martirios y de los asesinatos cometidos en Turón por los sicarios del Gobierno rojo.

Queríamos ser exponentes fieles de la verdad por respeto sagrado a nuestra conciencia, y para que resplandeciese aquélla hasta en los menores detalles del relato, para que éste apareciese en su ambiente propio, teníamos que

ver el cuadro por donde hace un año desfilaron las figuras atormentadas de los mártires, por donde pasaron también las estampas terroríficas de los asesinos, el cuadro, en fin, donde se cometieron tantas crueldades y tantos crímenes.

En esas visitas nos ha acompañado, no un amigo, que esto nos parece poco, sino un hermano por el antiguo y leal afecto, Pepe Márquez, abogado, propietario, juez municipal y no sabemos cuántas cosas más, del pueblo de Turón. También ha venido con nosotros, sirviéndonos de auxiliar informativo, el superviviente Eduardo Roda Martín, labrador, del mismo término, hombre de una memoria notable y de muy buen discurso.

---

Son las tres de la tarde del día 1.º de Junio de 1939. Acaba de cumplirse el aniversario de una de las fechas más terribles de la tragedia de Turón. El sol de hace un año alumbró, al salir, sobre estos mismos campos, catorce cadáveres de otras tantas víctimas, inmoladas el día anterior por la barbarie roja al Moloch de su odio sanginario.

Nada de cuanto en estos instantes nos muestra en conjunto la esplendente luminosidad de la hora trae al pensamiento ideas dolorosas ni fúnebres. Sin embargo, éstas han de surgir muy pronto; la claridad del cielo sin una nube, y el verdor del campo sin nota árida alguna han de esfumarse rápidamente en el espejo interior del alma, al parar nuestra atención en los lugares de martirio y muerte que nos señala nuestro guía.

Al pisar la carretera, regada hace un año con gotas de sudor y sangre, experimentamos una sensación extraordinariamente penosa; nos parece que los manes de los mártires salen como en procesión de fantasmas a recibirnos. Una brusca tensión de nuestro espíritu nos vuelve al punto y hora de aquel día, hermano del de hoy, que ya hemos evocado, para hacernos ver en este tajo abando-

nado ya las formas doloridas de los trabajadores forzados, medio desnudos, sucios y esqueléticos, golpeando afanosamente la masa reseca y dura de la montaña; para hacerlos ver también aquellas escenas de bárbaros apaleamientos y de feroces asesinatos; que son deshonra de la especie humana.

Marchamos lentamente, pisando con temor esta tierra, donde aun se marcan a trechos las huellas de las carretillas infernales; nos parece oír el ruido de los picos y de las palas, creemos aspirar el polvo acre de las excavaciones, y sentimos estremecimientos de miedo... De pronto un fusil que nos apunta bárbaramente, un demonio que nos sale al paso blandiendo un instrumento de tortura... Creaciones de la fantasía que nos angustian como en un delirio. Tal es la fuerza de sugestión que tienen estos lugares.

A un lado se ven los cortes del terreno con las señales de los picos en la pizarra de los estratos, señales que parecen signos de una escritura arcaica que la fantasía traduce en un poema de dolor y muerte; a otro lado, los vaciaderos lavados por la lluvia, entre cuyas piedras han florecido unas matas con tintas rojas y amarillas.

Dejamos la carretera y entramos en una cañada que apenas se acusa por una ligera depresión del terreno. A los quince o veinte pasos, nuestro guía, que va delante, se detiene, nos mira con expresión dolorida y, señalando con la mano al suelo, donde se ven amontonadas unas piedras, nos dice:

—¡Aquí hay dos!

Tres palabras tan breves, y sin embargo, nos estremecen con la violencia de una sacudida eléctrica. Resumen la agonía mortal de dos vidas. Son los primeros muertos que encontramos. Nos descubrimos y rezamos piadosamente por sus almas.

En esta pobre sepultura, a flor de tierra casi, duermen el eterno sueño los restos de dos mártires. Unas moscas verdosas con reflejos dorados entran y salen a través de

los intersticios que las piedras dejan entre sí. Junto a éstas se ven unos harapos, restos sin duda de las vestiduras que usaban las víctimas; a un lado se ven también unas alpargatas destrozadas, y a otro, una «bilbaina» negra... Un año hace que estos despojos están aquí; los huracanes invernales que azotan estas cumbres han podido arrastrarlos muy lejos, y, sin embargo, los han respetado. Son pruebas materiales de un doble asesinato. Acaso la Naturaleza no quiera borrarlas hasta que se haga justicia.

Nos apartamos de este triste lugar; damos la vuelta por la carretera para salvar una pequeña altura, y entramos en otra cañada parecida a la anterior. Nuestro guía nos lleva al pie de una encina y nos dice, tan lacónicamente como antes y con igual expresión melancólica;

—¡Aquí hay otro!

Nos descubrimos y rezamos. Este mártir ha sido más desventurado aún que los anteriores después de muerto. Su cadáver mal enterrado ha sido profanado por las alimañas. En torno a su pobre sepultura vemos esparcidos algunos huesos. Piadosamente nos apresuramos a recogerlos y a cubrirlos con matas, sobre las que ponemos unas piedras.

También vemos aquí restos de vestiduras, trozos de tela medio podrida; en uno de estos trozos distinguimos tres iniciales bordadas, J. M. C. En otro descubrimos un «detente». No queremos dejar abandonado este signo de devoción y de fe del mártir. Nuestro amigo Márquez desea llevárselo; nosotros también; es recuerdo y es reliquia; nos lo ofrecemos mutuamente, sin embargo; al fin, él, más generoso, nos lo cede.

Volvemos a la carretera. Eduardo, nuestro guía, conteniendo cuanto puede su emoción, marcha ahora a nuestro lado, apretando los labios, con los ojos muy abiertos; de vez en cuando se limpia el sudor que mana, abundante, de su rostro. Este hombre ha vivido las horas de terror y de martirio de la tragedia; ha padecido sus torturas; y ahora recuerda aquellas escenas terribles. De pronto, dice:

—Aquí, en la misma carretera, hay algunos enterrados.

Luego, señalando con la mano a diferentes lugares, añade;

—Allí hay otro, y más allá otro. Y por todas estas cañadas otros muchos.

Todos mostramos una expresión de profunda tristeza en el semblante; todos llevamos en el alma una sombra muy negra de amargura. Marchamos a través de un cementerio sin cruces, sin coronas, sin lápidas; y esto es terriblemente desconsolador y pavoroso. Estos muertos sin ofrendas, estos muertos, al parecer, sin amores, nos producen una piedad infinita. Y lloramos por ellos...

La tarde avanza, y es preciso abandonar estos lugares. Sin palabras, con abrazos y apretones de manos nos despedimos de nuestros amigos hasta otro día.

\* \* \*

Julio, 19. Acaba de cumplirse el aniversario de otro hecho memorable, el del Glorioso Alzamiento Nacional. A las ocho de la mañana, llegamos a la carretera. Márquez nos aguarda ya en el mismo sitio donde nos separamos la vez anterior. Poco después se nos une Eduardo. Hoy vamos al pueblo.

Avanzamos a pie carretera adelante. La mañana es espléndida, como mañana de verano. El campo, antes verde, en toda su extensión, se nos muestra ahora dorado en su mayor parte. Eduardo, algo más locuaz que el otro día, pero con la misma expresión de tristeza en el rostro, nos va contando al paso cuanto le traen a la memoria los lugares que vamos descubriendo. Aquí, allí, a un lado, a otro, en esta cañada, junto a aquella piedra, en todas partes ve recuerdos de escenas dolorosas y terribles.

Recorremos varios kilómetros de esta manera.

De pronto Márquez, señalando un camino de he-

iradura que se descuelga de la carretera por una pendiente abajo, nos dice:

—Esta es la cuesta de la Amargura.

Nos salta el corazón dentro del pecho. Decidle a un viajero: «Este es el desfiladero de las Termópilas» o «Estas son las ruinas de Numancia», y no experimentará emoción más profunda.

Descendemos por esta trágica pendiente, donde cada piedra y cada zanja tienen una historia propia de dolor y sangre. Eduardo habla ahora precipitadamente, sin interrupción. Es mucho lo que tiene que decir a cada paso. Tenemos que hacer frecuentes paradas para oír sus narraciones y tomar apuntes. A un lado y a otro, a todo lo largo del camino, se ven señales de excavaciones; son sepulturas de las que ya se han extraído los cadáveres.

Todos los detalles de la relación de nuestro guía son horribles. Señala con precisión los lugares y cuenta con aplomo los sucesos. Descendemos lentamente, porque todo el camino es una larga hilera de piedras funerarias.

Ahora está desierto; pero hace un año, todas las mañanas y todas las tardes se veía invadido por un rebaño de hombres torturados por todas las miserias y todos los dolores.

De nuevo sentimos la atracción irresistible del pasado; no es posible sustraerse a este fenómeno psicológico aquí, en este camino, donde todo es evocación dolorosa de una tragedia que lo llena desde el principio al fin. Y vemos por unos instantes, con los ojos de la fantasía, pasar a nuestro lado, envueltas en una niebla de polvo blanquecino, las figuras espectrales de aquellos hombres, mártires de una fe destinada a triunfar a costa de su sacrificio.

—Vamos—nos dice Márquez—. Y esta palabra, sonando a nuestro lado como un conjuro, nos vuelve a la realidad.

Continuamos nuestra marcha cuesta abajo. Eduardo sigue hablando y señalando con la mano a un sitio y a otro. Las primeras casas del pueblo están ya cerca. Pero antes de alcanzarlas nos sale al paso la fuente del Cho-

rrillo. Junto a ella, las ruinas de un pequeño santuario destruido por los rojos, presiden la canción «monorrímic» del agua. En esta fuente apagaban su sed los mártires a costa de vejaciones y de torturas físicas sin cuento.

\* \* \*

Entramos en la glesia con una sombra de temor supersticioso en el ánimo. Aquí sufrieron prisión los mártires; aquí murieron torturados algunos de ellos. Nada, a excepción de la arquitectura en la disposición de los paramentos y de las pilastras, de las bóvedas y de los nichos, da indicios de que este interior desmantelado sea un templo.

La más repugnante suciedad lo invade todo. Por las desconchadas paredes pululan millares y millares de chinches hambrientos. Pensamos con horror lo que sería de una persona que se quedara a dormir una noche en este sitio. Hace cerca de un año que quedó deshabitado, y todavía se ve tanta miseria. Eduardo nos dice que los piojos y las pulgas abundaban tanto como las chinches cuando estaban aquí los presos. Añadid a esto la basura acumulada día tras día y la pestilencia de tantos cuerpos sudorosos y cubiertos de roñas, de tantos harapos mugrientos, y podréis formar idea de lo que sería este lugar hace un año.

Una sensación de frío corre por la piel al espaciar la vista por estas naves, llenas de tinieblas y silencio. Un hálito de desolación parece respirarse en ellas. Nosotros amamos las cosas que tienen calor de humanidad o que despides resplandores divinos, y si no pensáramos que estos muros y estas bóvedas han sido primero santificadas por la palabra de Dios, y luego ungidos con el dolor de los mártires, saldríamos de aquí horrorizados como de una caverna poblada de vestiglos.

Los rojos, con odio satánico, bárbaramente, destruyeron todo lo que había aquí de sagrado. ¿Con qué fin hicieron eso? Con el de borrar de este sitio la idea de Dios. ¡Y luego trajeron a él a los mártires, que eran fieles de Dios.

para que todas las noches en sus oraciones pronunciaran aquí mismo su santo nombre!

Salimos a la calle. Es más de mediodía; la luz cegadora del sol nos deslumbra por unos instantes. Respiramos con placer como si acabáramos de librarnos de un peso o de un peligro. Sin embargo, la tristeza va con nosotros: la llevamos en el alma.

Atravesamos el pueblo, cuyas calles se nos ofrecen silenciosas y desiertas. Los pueblos experimentan crisis análogas a las de los humanos, y expresan estados de ánimo semejantes. Turón se nos muestra hoy como un convaleciente que acaba de salir de una grave enfermedad y se tonifica en un largo baño de sol.

Vamos a la ermita de San Marcos. Nos acompañan algunos amigos más, que nos cuentan muchas cosas del tiempo de la dominación roja, de los martirios y de los crímenes cometidos con los presos. Eduardo no habla ahora; marcha taciturno, limpiándose el sudor a cada instante.

Cruzamos un cauce seco, y por una empinada rampa subimos al cerrete donde se levanta la ermita. Desde este punto se dominan admirablemente, en un solo golpe de vista magnífico, el pueblo y sus alrededores.

Nuestros acompañantes nos señalan los múltiples lugares en que fueron inmoladas las víctimas caídas en las proximidades del pueblo. Allí, al pie de aquella peña, frente a nosotros, una excavación reciente, indica una exhumación. Más arriba, en aquel huerto rodeado de chumberas, fué vil y traidoramente asesinado otro mártir. Más a la izquierda, en distintos puntos, otros varios. A la derecha, en una árida pendiente donde destacan su oscura fronda unos algarrobos, nos indican el lugar de otro asesinato seguido de bárbaras mutilaciones. Y más allá, a un lado y a otro, sitios y más sitios que difícilmente alcanzan a ver nuestros ojos, nos los muestran como otros tantos lugares de tormento y muerte.

¡Turón! ¡Cuántas horas de dolor ha volcado sobre ti el destino! ¡Qué leyenda más negra han tejido esas horas

en torno a tu nombre! Pero tú, que has sido siempre un pueblo noble y cristiano, no tienes culpa de lo que aquí ha ocurrido. Tú has sido una víctima más de la barbarie humana. Por eso, desde esta altura, donde, con lágrimas en los ojos, ponemos término a la tarea de este día, te enviamos la expresión de nuestro sentimiento por tu martirio.



## CAPITULO II

### LOS ESPIRITUS DEL MAL

Al principio de estas páginas hemos dejado apuntado un juicio que nos ha preocupado hondamente siempre que hemos meditado en esta sombría tragedia de Turón. Y ese juicio es el que en todo momento nos ha movido y acuciado para llevar a cabo el trabajo de componerlas. Porque no son los hechos, bárbaros y monstruosos desde luego, los que por su simple exposición trágica atraen con mayor fuerza el interés, no es la narración histórica de los mismos lo que despierta más vivamente la curiosidad. Desde este punto de vista, la tragedia de Turón no es más que uno de los mil episodios de la revolución sangrienta que ha padecido España, y no ciertamente el más importante de cuantos se han desarrollado en ella.

El espantoso cataclismo social que ha conmovido a la nación española, y que ha costado a ésta ríos de sangre, tiene episodios de tal grandeza bélica unos, y de tales proporciones revolucionarias otros, que siempre serán asombro y espanto del mundo. El lector futuro de la historia

de esta guerra civil encontrará en ella páginas de carácter guerrero tan sublimes como la defensa de Oviedo, en la que un puñado de hombres cierra con su heroísmo el paso de la ciudad a un ejército veinte veces mayor; como la reconquista de Teruel, en la que resplandece el valor sublime del hombre en lucha, no ya con el hombre mismo, sino con la Naturaleza armada de sus armas más terribles y poderosas, la montaña inaccesible y el hielo infranqueable: como la batalla del Ebro, gigante colisión de máquinas de guerra, en la que queda desfigurada la faz de la tierra misma, deshechos los perfiles de las rocosas cumbres catalanas por la acción triturante de la metralla.

Y si de los hechos de carácter puramente militar pasamos a los típicamente revolucionarios, hallará páginas tan sombrías como las que narren las espantosas matanzas de Madrid, de Málaga, de Jaén, de Almería y de otras muchas ciudades y pueblos, en las que han perecido asesinados ferozmente por decenas y centenas de millares los hombres honrados, sin otra culpa que la de ser eso: honrados.

Entre episodios de magnitudes tan colosales, la tragedia de Turón es algo así como un juego infantil que ningún relieve alcanza, un accidente levisimo en el perfil monstruoso de la gran contienda española. Pero examinada esta tragedia desde el punto de vista que le es propio, entonces se agiganta, y sus proporciones se elevan sobre los demás sucesos de la revolución y de la guerra como un escorzo siniestro de la maldad humana.

Ya lo hemos dicho: La ceguera brutal de las masas agitadas por una pasión colectiva, en su impulso destructor, es capaz de empujar a los hombres a los más negros abismos, y de hacerlos ejecutores de las más tremendas abominaciones. En la acción turbulenta, arrolladora, de las multitudes enloquecidas por una idea buena o mala, encandecida por el delirio, el individuo no es tal individuo, su razón no existe en él tampoco; el hombre en esos instantes no es más que un músculo o un nervio de la gran

bestia colectiva, músculo y nervio sin otra misión que la de destruir cuanto encuentra a su paso con la inconsciencia brutal, característica, de las fuerzas incontrastables de la Naturaleza: un ciclón, una catarata, un terremoto.

En estos casos, todo crimen, todo acto de barbarie, tienen una explicación lógica; la misma que encontraríamos, a la destrucción de un campo o de un pueblo por el desbordamiento de un río. El individuo, en las muchedumbres enfiebradas, no es más responsable de sus actos que la gota de agua en el turbión. Moralmente, queremos decir. Porque es eso, la responsabilidad moral, lo que da a las acciones humanas el carácter por el cual se juzga de la bondad o malicia que ha presidido su ejecución. Todo el mundo sabe que no tiene el mismo valor moral un hecho delictivo cuando es realizado por un loco que cuando es ejecutado por un hombre cuerdo.

Venimos a colocarnos en el punto de vista que corresponde a esta cuestión. No se trata aquí de una comparación de números ni de volúmenes, sino de un análisis de conductas, de conciencias. De él ha de salir con relieves espeluznantes una figura siniestra que, brotando de un fondo antropológico, tiene, no obstante, perfiles satánicos: la Maldad.

En las matanzas de Madrid, como en las de Málaga, como en las de tantos otros lugares de la España roja, en aquellos primeros meses de la revolución, la locura dirigía todos los actos de las turbas y presidía las sombrías sesiones de los Tribunales de Sangre. Había en el ambiente rojo un caldeamiento de horno que turbaba las mentes y producía delirios de exterminio. Los efectos de aquel estado de conciencia colectiva fueron, ya lo sabemos, espantosos. Pero en el clima moral de aquellos días terrible, las figuras repulsivas de siempre, tiznadas por el humo de las hogueras en que ardían los pueblos y chorreando sangre de asesinatos, no perdían sus lineamientos humanos; eran figuras de hombres todavía...

En la tragedia de Turón, desprovista del fondo homé-



rico podemos decir, de los grandes cataclismos, de las grandes convulsiones sociales, en un ambiente de serenidad política comparable al de una situación normal, y para más terrible ironía en días luminosos y esplendentes de primavera y en un lugar sosegado y tranquilo, las figuras de los criminales, desde la del gobernador de Almería, que manda los hombres para que sean asesinados, hasta la del antropófago rojo que come carne humana, no son ya figuras de hombres, sino de monstruos o de demonios.

Y no se concibe esto sin admitir que en el fondo de algunas naturalezas humanas haya registros espantosos que no pueden ser tocados sin que el hombre se transforme en tigre. Y téngase en cuenta que esta hipótesis es la más generosa que puede aplicarse a esos individuos-fieras. Peor sería para ellos la de juzgarles como impostores de la sociedad humana, en la cual han vivido disfrazados de hombres, engañando a sus semejantes. Y esto es terrible.

Sea como fuere; en las cumbres y en las faldas de los cerros del Turón están los cadáveres y los despojos de sus rotas vestiduras, mal cubiertos de tierra todavía (1). Allí están los hechos; no es posible negarlos. La más elemental casuística se manifiesta en ellos para certificar, ante las conciencias sanas de los hombres de buenos sentimientos, refráctarias a tales horrores, que allí, ciertamente, sin ningún género de duda, hombres-fieras de esos que acabamos de nombrar, han perpetrado crímenes que deshonoran a la especie humana.

Para llegar a la afirmación concreta de que los autores de tan monstruosos hechos no pueden ser seres pertenecientes a ninguna categoría racional, es necesario hacer esfuerzos dolorosos de imaginación. Lo que la realidad afirma, el sentimiento de la dignidad humana lo rechaza, y es preciso atormentar nuestros nervios en un análisis, repulsivo como una autopsia, de la condición moral de los

(1) Al publicarse esta obra han sido recogidos ya todos los restos de las víctimas inmoladas en los montes de Turón, cuyos enterramientos eran conocidos.

asesinos para descubrir en el fondo sombrío de sus infames propósitos la repugnante desnudez de sus almas.

Cuando el gobernador civil de Almería escribía a Galán, jefe de la División del Ejército rojo que operaba en la Alpujarra; «Ahí te envío 300 fascistas: cuando se te acaben te mandaré más», ¿qué negros pensamientos cruzarían por su mente? Esa condicional «cuando se te acaben», ¿qué sentido podía dar al envío de aquellos desgraciados que no fuese el de ser asesinados? Y ese propósito malvado, esa intención siniestra, concebidos friamente, serenamente, ¿puede decirse que sean propios de una conciencia humana? ¿Dónde está en caso afirmativo la dignidad del ser racional? En el ánimo de ese hombre-fiera que friamente, serenamente, desde la oficina del Gobierno civil, con la displicencia de un traficante que despacha una factura mercantil cualquiera, redacta mensaje tan siniestro, no puede haber nada que se asemeje al alma humana. De haber habido algo, ese algo habría protestado violentamente en aquel instante y le habría obligado a soltar la pluma para llevarse la mano al corazón, movido, ni por un sentimiento de conmiseración hacia aquellos desgraciados, por otro, al menos, de respeto a la propia dignidad.

Y pasan los mártires de manos del sátrapa de Almería a poder del pretor de la Alpujarra, Galán. Y éste, tomando en su verdadero sentido el mensaje del otro, lo manda cumplir y ejecutar en todas sus partes como una sentencia, que tal era. ¿Se lavaría las manos después de tener en ellas el terrible mensaje? Lo dudamos. Lo que sí debemos creer es que, desde Berja, donde tenía su «corte», en aquellos días serenos de primavera, oiría las descargas que diariamente se hacían en los montes de Turón sobre aquel indefenso rebaño de misérrimos trabajadores forzados. Y Galán es por esto culpable de aquellos crímenes con Cañas Espinosa, y por esto tan repugnante moralmente como él.

No hay pasión política ni conveniencia de guerra que justifique los martirios ni los asesinatos cometidos en Turón. Entonces, ¿qué?

La figura moral de Galán es pareja de la del gobernador de Almería. Poder y facultades tenía el jefe militar para impedir aquellos crímenes, y no hizo nada por evitarlos. Esto basta. De nuevo se nos presenta la terrible cuestión: la carencia en este hombre como en el otro de humanidad espiritual. Que Dios nos perdone si vemos en ambos suplantada su obra más selecta, el alma humana, por el espíritu de Satán.

Galán y Cañas Espinosa, por la autoridad que ejercían, por los cargos que desempeñaban, estaban obligados a poseer una educación moral y una cultura intelectual que los capacitaran para merecer el calificativo de hombres civilizados. Estaban obligados, decimos. Podía exigirseles, pues, con todo rigor, cuando menos en su conducta oficial, el comportamiento debido a tan honrosa distinción. Y sin embargo, hemos visto cómo en esta sombría tragedia de Turón uno y otro, intelectual y moralmente, han procedido por que salvajes.

Y si esto ha podido ser en hombres obligados por la conciencia universal a tener sentimientos humanos, ¿qué debemos pensar de la conducta de sus sicarios, sacados de la hez podrida de los bajos fondos sociales? Si un gobernador civil y un jefe de División militar ofrecen tan elocuentes testimonios de incivilidad, ¿qué debemos esperar de aquellas miserables criaturas afloradas por la revolución de los antros tabernarios, de los prostíbulos, de los patios de Monipodio, de los infectos tugurios, en fin, donde alienta y bulle como en una gusanera toda esa escoria de la sociedad humana comprendida en la expresión general de gente maleante?

De esa cantera sacaba el Gobierno rojo los mandos subalternos de la tropa y no pocos oficiales y comisarios, los cuales alcanzaban jerarquías tanto más elevadas cuanto más feroces instintos revelaban. De esa calidad moral eran, pues, aquel célebre sargento Martín, aquel no menos célebre cabo «Tomillero» y otras «celebridades» por el es-

tilo, no menos dignas de ser citadas, encargadas de dar tormento y muerte a los mártires de Turón.

Estos victimarios feroces supieron desempeñar su oficio con una infernal maestría, en perfecta concordancia con la intención y el propósito de sus superiores. Pocas veces un servicio encuentra ejecutores más idóneos y diligentes, más fieles y escrupulosos en el cumplimiento del deber. Como que el suyo respondía admirablemente a todas las apetencias de sus instintos malvados. Como que atormentar y dar muerte era para ellos un placer. Esto es lo que se desprende de los hechos, porque son los hechos mismos los que hablan. La maldad «resplandecía» en los actos de aquellos verdugos con iguales matices siniestros que en la intención y en los propósitos de Galán y de Cañas Espinosa. Había perfecta concordancia moral entre éstos y aquéllos. Sus instintos eran de la misma especie.

Aquellos miserables encontraban motivos de goce y divertimento en los tormentos y en las ejecuciones que a diario practicaban, con un desenfado y un cinismo escandalosos e insultantes, en el hato de hombres aterrados puestos bajo su férula. Usaban de éstos, como ya hemos visto, para sus expansiones criminales, para recreo de su barbarie selvática, sin pensar más que en eso, en martirizarlos cruelmente y en matarlos cuando se les antojaba, cuando tenían gana de ejercitar la puntería o cuando deseaban ver cómo rueda un hombre despeñado por un terraplén, o cómo muere enterrado vivo.

Imaginad, por tanto, los sufrimientos de aquellos pobres presos políticos en manos de individuos tan bárbaros y tan crueles; las horas de angustia, de terror y de espanto unidas a los padecimientos físicos del hambre, la sed, la miseria, los apaleamientos brutales, el trabajo de bestias a que estaban condenados, y para fin de todo eso la muerte, unas veces a tiros, otras a palos y otras a golpes de esplocha. Y todo este drama aterrador desenvolviéndose friamente bajo la dirección escénica de Galán y de Cañas Espinosa, caso excepcional de barbarie, ejemplo único de

satánica maldad, en el escenario bravío de los montes de la Alpujarra.

El mundo no sabe nada de esto todavía. Los hombres de nuestro siglo conocen sí, historias terroríficas de martirios, de crueldades y de ejecuciones terribles practicadas en las edades tenebrosas de los tiempos pasados. Nuestra sensibilidad se estremece naturalmente todavía con esos relatos; pero vistos en la lejanía brumosa de civilizaciones inmensamente distanciadas de la nuestra, nos parece que nada de aquello tiene que ver ya con nosotros; que son cosas de otras gentes con las cuales no tenemos relación moral ninguna.

Pero el drama de los montes de Turón no es de los tiempos de Artajerjes ni de los de Domiciano, ni siquiera pertenece a la época de las ergástulas medioevales. Ese drama es de nuestros días, y si no podemos decir, porque nos horroriza, que sea obra de nuestra civilización, si afirmamos que es resultado, en parte al menos, de teorías filosóficas, sociales y políticas de nuestro tiempo, que pretenden dominar en ella para implantar el reinado del Anticristo en la sociedad humana. Y esto nos afecta a todos, y por lo mismo todos tenemos que ver en ese drama algo propio, algo que es carne de nuestra carne y sangre de nuestra sangre, para que, unánimemente, en un ansia de justicia, elevemos por tanta maldad el clamor de nuestra indignación y de nuestra protesta al Cielo.

## CAPITULO III

### SIMBOLISMO DE LA TRAGEDIA DE TURÓN

Si fuéramos «maniqueos» o «mazdeístas», en presencia de este bárbaro y cruel episodio, creeríamos que el principio del mal, Arhimanes, había triunfado en los montes de Turón; creeríamos que los espíritus de la destrucción y de la crueldad habían salido victoriosos contra las potencias creadoras del bien y de la justicia. Pero nosotros somos cristianos católicos, y no podemos dar a los hechos humanos otra interpretación que la que emana de la doctrina de Jesucristo y de los dogmas de su Santa Iglesia.

Por otra parte, nuestro propósito al componer este capítulo no tiene pretensiones esotéricas; es sólo una exégesis sentimental lo que pretendemos, una exposición lírica de las emociones experimentadas por nuestra alma a través de las horas de meditación y de trabajo que hemos empleado en la composición de esta obra.

En la historia de los hechos desarrollados en los montes de Turón hay detalles que estremecen por el sentido simbólico que encierran, por la semejanza que ofrecen a la imaginación con las incidencias de otro drama desarro-

Mado hace siglos, de aquel drama sublime de la Redención en la árida cima del monte Calvario. Y lo que entrevemos en los detalles, lo vemos, quizás más acentuado aún —cosa misteriosa!— en el conjunto, que se nos ofrece, sin grandes esfuerzos de la fantasía como un Auto Sacramental vivido realmente de aquellas escenas de memoria eterna que evocan la Pasión y Muerte de Jesús.

Estas consideraciones no son sólo nuestras; han pasado también por otras mentes. En el artículo ya citado en capítulos anteriores, publicado en un periódico de Almería por uno de los supervivientes de esta tragedia, pueden leerse las siguientes palabras: «Nuestro espíritu parecía desprenderse de la materia y elevarse a El, a Jesús. Y es que tanta analogía hay entre nuestro martirio y el suyo. (El subiendo la cuesta del Calvario, y nosotros la cuesta de Turón: El con la Cruz a cuesta, y nosotros con el pico; El martirizado por aquellos fariseos, y nosotros por éstos) que nuestro espíritu quería refugarse en Jesucristo para vivir eternamente a su lado».

La imagen expuesta no puede ser más exacta, ni más emocionante, en verdad; allí, se desarrollaba con caracteres humanos un trasunto misterioso del Drama divino: La cuesta áspera de Turón, hoy cuesta de la Amargura, representa la del Calvario como vía por donde el dolor de la inocencia atormentada pasó camino del sacrificio. Aquellos hombres, martirizados en su carne y en su espíritu por la crueldad farisaica de los sayones que los conducían, reproducen la Humanidad lacerada del Redentor en tránsito angustioso de la vida a la muerte. Y aquellos picos y jalas y barrenas que llevaban al hombro, como el Mártir llevaba el pesado madero en que había de morir enclavado, son la expresión dramática de la Cruz, símbolo del martirio, porque no se los habían dado con nobleza y lealtad para que trabajasen con ellos, sino perversamente, movidos de la crueldad, para que les sirviesen de instrumentos de tortura. Y el Calvario, allí está representado también por aquella cumbre montañosa donde el frío de la muerte

heló tantos corazones, y donde mal cubiertos de tierra quedaron abandonados los despojos de los mártires.

Las imágenes del Drama divino en la cumbre del Gólgota surgen en la fantasía a medida que la reflexión se detiene en los recuerdos. Con gran asombro encuentra el pensamiento en ellos analogías misteriosas con las escenas del Monte Calvario, tanto más singulares, cuanto más profundiza en el examen de esta cruel tragedia alpujarreña, en la cual sus incidentes más notables se ofrecen como una reproducción simbólica de las incidencias del Drama eterno de la Redención humana.

El cuadro sombrío del Gólgota se perfila en la cumbre montañosa de Turón teñida de una luz opalina que pone livideces pavorosas en los contornos de las cosas materiales; árboles y rocas, instrumentos de suplicio y figuras humanas. Y éstas se mueven en ese ambiente escénico saturado de tristeza, desde el principio al fin del drama, como si cumplieran bajo el signo de una fatalidad terrible las ceremonias rituales de un culto de dolor y muerte.

«Aparta, Señor, de nuestros labios este cáliz de amargura» ¡cuántas veces gemirían silenciosamente aquellos mártires! «Mas cúmplase tu voluntad así en la tierra como en el cielo», dirían después, confortado el espíritu con la resignación heroica de la fe que tiene su norte en la misericordia divina.

La figura atormentada de Jesús con la Cruz a cuestas se ofrece ahora a la imaginación; camina con dificultad, angustiado y sudoroso... Seguido de un soldado va un hombre con las vestiduras rotas, descalzo, sangrantes los pies y las manos, descubierta la cabeza bajo un sol de fuego; lleva al hombro un cuenco de madera; muestra el rostro enflaquecido, sombreadas las pálidas y hundidas mejillas por crecida barba; mechones de lacios cabellos le caen sobre la húmeda frente pegados a ella por el sudor. La mirada de este hombre es dulce y triste. Junto a la fuente, adonde el hombre llega seguido de su guardián, una muchacha está lavando. ¡Santo corazón de mujer, el suyo, se

enternece a la vista lastimosa del mártir!... ¿Qué podrá hacer por él; por su miseria, por su dolor? Ve cómo el sudor le baña el rostro y quiere enjugarlo; se quita su sombrero y se lo da para que se cubra con él... ¡Esa mujer sensible y piadosa es la Verónica!

La ternura y el heroísmo del alma femenina tiene en esta tragedia de Turón otras intervenciones simbólicas. Cuando hasta los mismos discípulos, acobardados, no se atreven a acercarse al Rabbi, allí están a su lado la Madre del Señor, la Magdalena y María de Cleofás dulcificando con sus miradas cernidas en la luz piadosa de las lágrimas la agonía del Mártir... Cuando ningún hombre se siente con valor para aproximarse a los mártires de Turón, unas heroicas mujeres se atreven a acercarse a ellos para darles siquiera el aliento de sus miradas, que es consuelo divino, porque nada hay en el mundo que tenga tanta virtud para endulzar un tormento como la mirada confortadora de unos ojos de mujer iluminados por la llama del amor.

«Cerca del cortijo de los Máximos —dicen nuestros apuntes— amarraron a un hombre desnudo al tronco de una encina; allí, entre insultos y blasfemias, sus verdugos lo azotaron y martirizaron bárbaramente...» ¿Quién no ve en este cuadro la figura dolorida del Señor, amarrado a la columna del palacio de Pilatos, sufriendo los golpes y los ultrajes de la despreciable turba judía. El hombre amarrado a la encina murió allí mismo, atravesado a bayonetazos, es verdad; pero había desempeñado ya la parte que le correspondía en el drama que representaban todos, y su misión quedaba cumplida.

Los asesinos se repartieron las vestiduras de sus víctimas; cada vez que dan muerte a alguno le arrebatan las prendas que pueden aprovechar, y hasta se las disputan a veces unos a otros... El alma se estremece al pensar en esto, recordando cómo también los delcidas se repartieron las vestiduras de Nuestro Señor al pie de la Cruz.

Pero allí murió también un hombre que era un ladrón;

un hombre que era de la misma secta de los fariseos, al cual éstos habían condenado como a los otros al suplicio del monte Calvario. En la relación que nos han facilitado los escasos supervivientes de la tragedia, figura el hecho, ya relatado como todos los demás en los capítulos anteriores: «El día 10 de Mayo, en la cuesta de la Amargura mataron los rojos a dos hombres que habían quedado algo rezagados por falta de fuerzas para continuar la marcha, y ante este incalificable acto de barbarie, un preso por delito de robo, natural de Motril, llamado José Rodríguez Sánchez, protestó indignado, diciendo que el Gobierno no mandaba allí a los hombres para que los matasen, y entonces le ordenaron salir inmediatamente de la fila y allí mismo lo fusilaron».

Este hombre, ¿no es Dimas, el Buen Ladrón? Cualquiera que fuese el delito por el cual había sido condenado a trabajos forzados, le salva el destello de conciencia que resplandeció en él, le salva su muerte provocada por un noble sentimiento de amor al prójimo. Y en aquel momento terrible para el desgraciado, en aquel instante pavoroso en que vio las bocas mortíferas de los fusiles, como ojos negros de la muerte, fijos en él, es de creer que oiría las voces quedas de sus compañeros muertos, que le dirían con acentos de hosanna: «Esta noche estarás con nosotros en el Paraíso!».

El drama no ha terminado todavía. La expresión litúrgica del símbolo tiene aún que dar su nota más emocionante, más sublime. En lo alto del cerro, un poco a la derecha de la carretera, como se viene de Turón, al pie de una encina hay una sepultura; es la de un mártir que se llamaba en vida Juan Moya Collado. «Este hombre, que era muy joven, casi un niño —dicen los que fueron sus compañeros de martirio— era muy religioso. Murió haciendo confesión pública de su fe católica. Sus últimas palabras fueron; «Perdónalos, Dios mío, que no saben lo que hacen».

Se siente correr por los nervios el frío de esas emociones intensas y profundas que no tienen expresión posible

en el humano lenguaje. Aquel hombre moría como Jesús elevada su mirada al Cielo para pedir al Eterno Padre que se compadeciese de sus verdugos. Aquel hombre, en momento tan patético, era la representación del martirio y de la fe de todos sus compañeros, renovando la escena en que la fe y el mártirio y de Jesús, clavado en el madero, se ofrecían a Dios Padre en prenda de la Redención del género humano.

Vuelven las cuadrillas del trabajo aquella tarde del 31 de Mayo de 1938. En la incierta luz del crepúsculo se esfuman los perfiles de las lejanías alpujarreñas, y pierden sus contornos los montes y los valles. En el cielo, teñido aun de vagos resplandores diurnos, unas estrellas audaces lanzan los primeros destellos de la jornada que empieza para ellas. Bajan los hombres por la cuesta de la Amargura formando un cordón de figuras humanas borrosas que se tuerce a derecha y a izquierda siguiendo las ondulaciones del camino. Bajan, como siempre, en silencio, atraillados por el terror que sus guardianes, fusil en mano, les inspiran. Pero aquella tarde, entre el rumor de sus pasos por la pedregosa senda, habría podido oírse, si oídos piadosos hubieran podido escucharlo, el susurro quejumbroso de sus corazones doloridos murmurando:

—«¡Consummatum est! ¡Consummatum est!».

Tiembla el suelo de España conmovido por la furia de la guerra. Desde el Pirineo a la Alpujarra trepidan las montañas y los valles sacudidos por los espasmos frenéticos de los cañones que rugen, coléricos, lanzando huracanes de metralla. Se desgajan los montes y se derrumban los pueblos. El cielo se cubre de pardas nubes de humo y polvo que ponen livideces de angustia en la llama del sol y tienden tinieblas de muerte por la faz de la tierra. Y resucitan los muertos, esto es, pasan a la inmortalidad gloriosa de la Historia los héroes y los mártires. (1).

---

(1) El lector echará de menos en este trasunto simbólico la representación de uno de los personajes de la Pasión, caracterizado por su perfidia, de Judas, queremos decir. Pues bien, para que el Auto tan trágicamente desarrollado en Turón ofrezca to-

• • •

El misterio de la redención de España, que no es otro el significado de esta tragedia conmemorativa de la del Gólgota, se cumple. En las cumbres de los montes de Turón, con dolor terrible de Humanidad atormentada, han sufrido pasión y muerte las víctimas propiciatorias. Y el milagro ha de realizarse. Por las circunstancias excepcionales que han concurrido en su martirio, esas víctimas representan en el misterio a todos los españoles que han muerto por Dios y por la Patria. No hay redención posible en el humano linaje sin dolor intenso, tenebrante, de la carne y del espíritu. Por ese dolor han pasado los mártires de Turón en horas terribles de tormento, y por ese dolor, quintaesenciado en ellos, se ha redimido España.

El pueblo deicida, el pueblo maldito se quedó sin patria cuando cometió su crimen. Errando anda todavía por la haz de la tierra, casi dos mil años después de haber cometido el delito nefando. «Anda, anda, anda». Palabras de un judío cobarde convertidas en maldición espantosa de toda su raza, que no ha tenido perdón aún, «porque la palabra de Dios es infalible y eterna».

Proscritos también por sus propias culpas, andan ya lejos de la patria española los causantes de su dolor y de su ruina.

El misterio de la redención de España lleva su símbolo a las últimas consecuencias. Con el peso agobiador de sus sombríos remordimientos, por tierras extrañas que les nie-

das las similitudes posibles con el Drama divino la voluntad de Dios ha querido, sin duda, que la reencarnación de esta figura siniestra aparezca también en él. Nosotros, por un sentimiento de piedad a la vez que de repugnancia hacia esa miserable criatura, hacia ese hombre despreciable que fué, como Judas, codicioso y traidor, no hemos querido estampar su nombre en este capítulo. En los que narran los permementos sangrientos de este episodio lo encontrará el lector. Con poco que fije su atención en la "conducta" de cada uno de los actores de este drama terrible, hallará el personaje que decimos; su identificación no es dudosa.

gan hasta la adopción, van mendigando limosnas de vecindad los culpables del sangriento drama, que no quisieron reconocer la «divinidad» histórica y tradicional del nombre y del ser de España.

Ya no volverán a tener patria los que no renuncien a su credo impio. Como los descendientes de Herodes y de Assawero, andarán siempre errantes de pueblo en pueblo, sin hallar acogimiento en ninguno, rechazados en todas partes como leprosos. Sólo aquellos que, limpios de sus culpas, purificados por el dolor de la expiación y del arrepentimiento, quieran reconciliarse con su patria y volver a ella, la hallarán, y podrán comulgar con sus hermanos en la epifanía gloriosa de España **UNA, GRANDE Y LIBRE.**

El misterio de la redención de España se ha cumplido. Los mártires de Turón, sufriendo pasión y muerte en el Gólgota de una montaña alpujarreña, han hecho posible el milagro. Ellos representan en el símbolo de la redención española a todos los mártires de la causa hispánica, porque el dolor de todos culmina en ellos, como el dolor del género humano culmina en el dolor de Jesucristo Nuestro Señor.

¡La Patria ha resucitado! ¿Y ahora?

El alma se estremece ante la solemnidad grandiosa de la nueva vida que se nos muestra en el «Testamento» que los mártires nos han dejado escrito y sellado con su sangre. Impio y réprobo y maldito será el que lastime, falsee o traicione la Idea sagrada contenida en ese Testamento.

Los ángeles cantaron: «Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad». Y el Señor dijo a sus discípulos después de su resurrección: «La paz sea con vosotros».

La gloria de Dios es infinita y es eterna: su reconocimiento alcanza a todos los hombres y abarca todos los tiempos. La paz es premio de aquellos que tienen buena voluntad, que es conciencia del deber y resolución de cumplirlo.

Hombres de buena voluntad son los que exige la Patria

en estos momentos. Y ya hemos dicho lo que debe entenderse por buena voluntad.

Eso es también lo que desde la otra vida, la vida gloriosa y eterna del Cielo, nos demandan los que han muerto aquí abajo por la Patria en pago de su dolor y de su sacrificio. Y eso es, en fin, lo que Dios nos pide para que seamos dignos de merecer la paz. Y para que mejor podamos cumplir el deber sagrado que nos haga acreedores a tan alto merecimiento, para que no nos extraviemos en el error, nos ha dado en el Caudillo el modelo de perfección en que inspirar nuestra conducta de hombres cristianos y de buenos españoles.





IN MEMORIAM

## A los Mártires de Turón

¡Caballeros de España! Vuestra suerte  
macerada en dolor, prenda es de gloria;  
que el martirio la carne vuelve escoria,  
pero en astro al espíritu convierte.

Rendisteis la existencia en trance fuerte  
labrando una inmortal ejecutoria,  
cuyo blasón esculpe en la memoria  
al mérito que es causa de la muerte.

¡Descansad, Caballeros! ¡Ya triunfaron  
vuestros ideales! Y en su honor dispuestos,  
no dejarán secarse vuestras palmas

Ni los seres que en vida os adoraron,  
ni la Patria que ampara vuestros restos,  
ni el Cielo donde moran vuestras almas.



# APÉNDICE

Relación nominal de los presos políticos que componían  
la primera expedición enviada por los rojos a Turón

D. José Alemán Illán  
» Juan Abad Palacios  
» Antonio Alonso Sánchez  
» Rafael Aguilera Valls  
» Miguel Almansa Cuevas  
» Salvador Antequera Vázquez  
» José Andújar Sueza  
» José Berenguer Castro  
» Ramón Barón Jiménez  
» Herminio Boga Contreras  
» Antonio Bueso Jiménez  
» José Boga Contreras  
» Eduardo Bueso López  
» Francisco Cuevas Cano  
» Diego Caparrós Galindo  
» Diego Callejón Fornieles  
» José Cerdá Morales  
» José Cárcamo Sánchez  
» Pedro Carmona Rull  
» Eduardo Contreiras Soria  
» José Cassinello Barroeta  
» Juan Estrada López  
» Fernando Escobar Navarro  
» Pedro Espinar Jiménez  
» Francisco Escámez Morales  
» Salustiano Fábregas Muñoz  
» Tomás Ferrer Gallurt  
» Vicente Ferrer Ferrer

D. Manuel Figueroa Piqueras  
» Ricardo Fernández Chaulet  
» Pedro Fernández Valverde  
» Joaquín Gómez Gómez  
» Alfredo Guzmán Martínez  
» Ramón Galer, Martínez  
» Fernando García Espín  
» León Gil Díez  
» Juan González Ferrer  
» Manuel García Fuentes  
» José Manuel García García  
» Luis Gay Padilla  
» Antonio Herrera Sánchez  
» Felipe Iribarne Gener  
» Juan Ibáñez Castillo  
» Alfonso Jiménez Riquelme  
» Pedro Jiménez Jato  
» Sebastián López Bonilla  
» Francisco López Giner  
» Gabriel López Ruiz  
» Juan Lázaro Abad  
» Rodrigo López Quiñones  
» José Lázaro Abad  
» José López Martín  
» Ramón Martos Aival  
» Luis Melgarejo Martínez  
» Antonio Martínez Aguilar  
» Juan Márquez Fernández

D. Antonio Martínez Soler  
 » José Moya Moreno  
 » Ángel Maldonado Valverde  
 » Juan Manuel Martínez Martínez  
 » Lucas Martínez Flores  
 » Francisco Martínez García  
 » Luis Martínez Núñez  
 » Dionisio Martínez Martínez  
 » Manuel Moreno Gómez  
 » Francisco Moya Rodríguez  
 » Antonio Martínez Becerra  
 » Francisco Navarro Delgado  
 » José Ojeda Martínez  
 » Francisco Oliveros Ruiz  
 » José Oliveros Ruiz  
 » Antonio Padilla Céspedes  
 » José Luis Rodríguez Cantón  
 » Diego Rodríguez Rodríguez  
 » Antonio Rodríguez de la Fuente  
 » José Rodríguez Hernández  
 » Gabriel Rodríguez Córdoba  
 » Alfredo Romero Cortés  
 » Andrés Restoy Mateo  
 » Tristán Soriano Martín  
 » Eduardo Salvador Ferrando  
 » Andrés Salmerón Salvador  
 » Nicolás Torres Gómez  
 » Ricardo Valls Valls  
 » Juan Valverde López  
 » Luciano Verdejo Acuña  
 » Florian Valverde Pastor  
 » Enrique Velasco Angulo  
 » Daniel Villalobos Sánchez  
 » Manuel Villanueva Senén  
 » José Andrés Sánchez  
 » José Arance Egea  
 » Antonio Acosta Garzolini  
 » Antonio Alemán Illán  
 » Blas Alacio Rodríguez  
 » Francisco Baena Zurita  
 » Bruno Ballesteros Aliaga  
 » José Berrueto Lloret  
 » Pedro Castro Márquez  
 » Vicente Carmona Maturana  
 » Santiago Caro Arredondo  
 » Juan Cruz Espinosa  
 » Francisco Cano Ojeda  
 » Diego Carrasco Ortega

D. Gabriel Carvajal López  
 » José Caparrós Sánchez  
 » José Carretero Fuentes  
 » José Casas López  
 » Enrique Enciso Gallurt  
 » Eduardo Esteban Godoy  
 » Eduardo Ferrer B. de Aquino  
 » Nicolás García Gálvez  
 » Marcos García Puche  
 » José González Domenech  
 » Pedro García Haro  
 » Tomás Gil Alarcón  
 » Patricio García Ruiz  
 » José Gutiérrez Sierra  
 » Augusto González Álvarez  
 » José Aliaga Martínez  
 » Ángel Jiménez Jiménez  
 » Hermenegildo Herrera Pintor  
 » José Jurado Ferrer  
 » Ángel León Rojas  
 » Salvador Llamas Ramis  
 » Faustino S. Membrives Martínez  
 » Francisco M. Manzano Triviño  
 » Ginés Márquez Soler  
 » Francisco Mulero Quesada  
 » Federico Oliver Sánchez  
 » Rafael Ortega Ferre  
 » Francisco Pérez Escobar  
 » José Pérez Martínez  
 » Luis Salmerón Sevilla  
 » Antonio Salas Medina  
 » José Romero Abadía  
 » José Salvador de Tébar  
 » José Velázquez Velázquez  
 » Tomás Valera González  
 » Antonio Valverde Lozano  
 » José M. Zaragoza Garrido  
 » Juan Góngora Moreno  
 » Manuel Galdeano Rivera  
 » José Abad Góngora  
 » Nicolás Avivar Fascio  
 » Servando Azcárate Delgado  
 » Gumersindo del Aguila Cunchillo  
 » Antonio Algarra Ramírez  
 » Francisco Argente del Castillo  
 » Miguel Almanza Compani  
 » José Antequera Martín  
 » Francisco Anquetera Martín

D. José Álvarez Pérez  
 » Antonio Arcos Amat  
 » Juan Almansa Cañizares  
 » Natalio Andrés Sánchez  
 » Joaquín Bañón García  
 » Juan Bautista Lafont Caballero  
 » José Blanes Cortés  
 » José Ballesteros Martínez  
 » José Ballesta Pérez  
 » José Alvarez Magro  
 » Juan Cervantes Acuña  
 » José Cantón Moreno  
 » José Cañizares Aguilar  
 » Federico Castillo Romera  
 » Gracián Cárdenas Cárdenas  
 » Francisco Céspedes Serrano  
 » Andrés Domech Gallego  
 » Pedro Delgado Moreno  
 » Ignacio Díaz R. de Fata  
 » José A. Díaz Ruiz Coello  
 » Juan Espinosa Zapata  
 » Daniel Fuentes Milán  
 » Nicolás Fernández Vargas  
 » José Fernández López  
 » Manuel Vallecillo Aguilera  
 » Rafael Fuentes Sánchez  
 » Bruno Fernández Portillo  
 » Serafín Fernández Maldonado  
 » Diego Flores Flores  
 » José Guerrero Ferrer  
 » Fernando González Sáez  
 » Manuel Gómez García  
 » Jaime Granados García  
 » José García Santisteban  
 » José Gil Ortiz  
 » Juan García Padilla  
 » Rafael García Torres  
 » César García Pérez  
 » Francisco García Sánchez  
 » Luis Herrero Galdón  
 » Daniel Herrada Martínez  
 » Antonio Herrero Molina  
 » Juan Jiménez López  
 » Enrique López Andrés  
 » José López Andrés  
 » Juan López López  
 » Andrés López Martín  
 » Antonio López Escobar

D. Jesús Muñoz de Diego  
 » Luis Martínez Yeste  
 » Juan Moya Collado  
 » Rafael Moreno Contreras  
 » Rafael Maldonado García  
 » Juan Martínez Soriano  
 » Antonio Morales Mateos  
 » Valetín Moreno Ibáñez  
 » Juan Mirón Moreno  
 » Leopoldo Miralles Cano  
 » José Manrique Martínez  
 » Luis Martínez Gálvez  
 » Juan Martínez Carballo  
 » José Martínez Alonso  
 » Juan Marcos Sánchez  
 » Juan Navarro Hanza  
 » Lorenzo Orellana Domingo  
 » José Ortigosa Caja  
 » Marcelino Paredes Muñoz  
 » Francisco Pérez Vargas  
 » Antonio Pérez Amat  
 » Manuel Paqtor Navarro  
 » José Pérez Fernández  
 » Juan Padilla Guijarro  
 » Miguel Pérez Rubio  
 » José Pérez Gómez  
 » José Quintas Durán  
 » Antonio Ruiz Sánchez  
 » José Rueda Madolell  
 » Jesús Reche Zaragoza  
 » José Rodríguez Sánchez  
 » Luis Roca González  
 » José Rodríguez Ortega  
 » José Romero Alcaraz  
 » Antonio Reche López  
 » Alfonso Ruiz de Elvira  
 » Manuel Romero Bretones  
 » José Rodríguez Ruiz  
 » Eduardo Roda Martín  
 » José Romera Martín  
 » Antonio Relafío Rojas  
 » José Romero Cortés  
 » Antonio Rodrigo Sánchez  
 » Gregorio Ruiz Pblido  
 » Antonio Ruiz Palazón  
 » Mariano Ramirez Cortés  
 » Francisco Salinas Sánchez  
 » Luis Soria Vizcaino

D. José Salvador Romero  
» Julián Storch Cortés  
» Leonardo Santander Santander  
» Diego Jeraz Flores  
» Rafael Salmerón Tapia  
» Antonio Simonet Campos  
» Federico Torres Cuesta  
» Manuel Valdivieso Teruel  
» Rafael Fernández Portillo

D. Diego Villegas Martín  
» Enrique Viciana Arcos  
» Juan Vallejo Salvador  
» José M.ª Gallego Almansa  
» Ginés Jiménez Navarro  
» José María Martínez Romero  
» Joaquín Ramírez Cortés  
» Antonio Rodríguez Reche

### NOTAS IMPORTANTES

1.º El número de hombres de la primera expedición era de 301. En la relación anterior figuran solamente 265. Quedan excluidos de ella 36 individuos, dos por ignorarse sus nombres, uno, aunque preso político, por su indigna conducta, y los restantes, no solo por su calidad de presos comunes, sino también por el vil oficio de sicarios que desempeñaron entre sus infortunados compañeros de cautiverio.

2.º La lista de los presos que componían la segunda expedición, de 202 hombres, no hemos podido obtenerla. Por eso no la publicamos en este volumen.



---

7 Ptas.